Un thriller de espías

PABLO POVEDA

MATAR O MORIR

SERIE
DANA
LAINE



Pablo Poveda

Matar o Morir

Un thriller de espías

First published by Pablo Poveda Books 2020

Copyright © 2020 by Pablo Poveda

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Pablo Poveda asserts the moral right to be identified as the author of this work.

First edition

Proofreading by Ana Vacarasu
Cover art by Pedro Tarancón

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



Pablo Poveda Books

1

Un pequeño bolso de Prada se interponía entre las miradas de las dos. Reunidas después de años junto a un montón de desconocidos en una terraza del Parque del Retiro. La madre camuflaba sus ojos en unas gafas oscuras ovaladas y observaba, por encima del hombro de la hija, al músico que recorría el parque con su acordeón.

—Somos ya adultas… No puedes entrar y salir así de mi vida, sin más —dijo Dana enfadada.

Cuando alguien respondía de esa manera, estaba manifestando lo contrario: que sí podía hacerlo, que aún existía una puerta a la esperanza de que todo cambiara de la noche al día. Cuando alguien mencionaba esa frase, significaba que aún quedaba amor en su interior para la otra persona.

—Sé que no me he comportado del todo bien durante estos años —dijo la mujer, una señora rubia y delgada con la piel brillante y tostada y las venas del cuello marcadas. Se movía con delicadeza, derrochando un halo de elegancia y altivez que se percibía a leguas. A simple vista, representaba todo lo contrario de aquello que era Dana. Dio un sorbo al Spritz que tenía delante, tragó y fijó la atención en el rostro de la agente—, pero soy tu madre. ¿No?

—Sí.

—Merezco una oportunidad. Quiero arreglar las cosas, hija.

Dana se mordió el labio inferior. La voz de la mujer era sugerente, demasiado convincente para remover un fango de emociones dormidas que habitaban en las entrañas de la agente. No deseaba caer de nuevo en sus juegos psicológicos. Su madre sabía cómo romper sus defensas.

—¿Qué es lo que quieres? —cuestionó cruzándose de brazos. El encuentro se alargaba demasiado—. ¿A qué has venido?

La señora sonrió, lanzando señales contradictorias.

Por una parte, la mueca de su rostro ante la terquedad de su hija. Por otra, una mirada de desprecio contra la resistencia marcada.

—A nada. Sólo quería asegurarme de que estabas bien.

—Pues ya me ves. Lo estoy —dijo Dana y dio el último trago a una lata de Coca-Cola Light. La mujer volvió a mirarla con desdén—. Y veo que tú también.

—¿Sigues con ese chico? —preguntó con picardía—. El traductor.

Dana apretó los puños.

—Era filólogo.

—No importa. No estabas enamorada. Mejor así.

—Pero… ¿Y tú qué sabes?

—Lo sé —respondió confiada y con voz autoritaria—. El amor verdadero es complejo de entender, pero fácil de percibir… Entra como una brisa fresca en el cuerpo, te ilumina, te ilusiona, se apodera de ti con el placer de una droga y, cuando se termina lo hermoso, te destruye como una terrible enfermedad. El amor es bello, hija, pero estar enamorada nos hace frágiles y tú no lo eres.

Dana miró hacia otro lado. No daba crédito.

—Es increíble que estemos teniendo esta conversación…

—¿Estás con alguien ahora?

La brusquedad de su interrogatorio ponía más tensa a la agente. Antes de acudir al encuentro, se había prometido comportarse como una persona normal, pero su madre no lo estaba poniendo fácil.

—No, no estoy con nadie, ¿vale? En estos momentos, no tengo espacio en mi vida para una relación.

—No lo necesitas —respondió—. Es indudable que somos madre e hija.

—Gracias, pero se acabó. No pienso formar parte de esta farsa —dijo molesta—. ¿A qué diablos viene todo esto?

De pronto, la madre hizo un cruce de piernas, aireando el vestido negro que llevaba, y abrió sus brazos a modo de sumisión.

El corazón de Dana bombeó con fuerza. Cada movimiento de esa mujer ponía a prueba sus sentimientos. Las manos tostadas por el sol se acercaron a las de la joven agente. Después de muchos años, sintió el tacto de un ser querido. Una caricia fue suficiente para que la luz se abriera paso entre tanta oscuridad. Dana vio sus rasgos de cerca, los mismos que había heredado. La voz de la mujer se quebró y sus ojos aparecieron por encima de las monturas de sol. Era una artista del suspense.

—Dana, hija. Estoy muy orgullosa de ti —respondió con las cuencas vidriosas—. Aunque nuestra relación no sea ideal, veo que te has convertido en una mujer independiente como yo… Espero que con el tiempo me perdones y lo entiendas.

—Pero… —respondió temblorosa—, ni siquiera sabes qué he hecho durante estos años… Ni siquiera me has contado dónde te has metido todo este tiempo que has estado ausente…

—No es necesario —dijo tajante—. Soy tu madre y puedo ver más allá de tus palabras. No necesito darte explicaciones.

El pulso de la agente se aceleró. Las palmas de las manos le sudaban. Contra viento y marea, se prometió a sí misma que esas lágrimas no podían salir de sus ojos. Al menos, delante de ella.

La niña interior despertó. Las figuras se distorsionaron. Dana regresó al día en el que su madre se marchaba dejando un reguero de sangre. El día en el que le dijo que fuera fuerte. Y no lo estaba siendo.

Un chispazo eléctrico saltó entre las manos. La mujer separó sus dedos y se puso en pie. La magia había terminado. Volvía a mostrarse rígida y distante. La agente no entendió qué pasaba.

—¿A dónde vas?

—Tengo que marcharme, hija —dijo agarrando el bolso de la mesa. Su voz había tomado un tono cordial, frío y neutro. Inclinó la cabeza, asomó los ojos por encima y sonrió—. Estoy orgullosa de ti. Cuídate.

Eso fue todo. Lo había hecho de nuevo. Entrar y salir de su vida, como de una tienda de ultramarinos. Y no le faltaba razón. Podía hacerlo cuando se le antojara porque a una madre se le llegaba a perdonar todo, o casi todo. Eso pensaba la agente.

Queriéndolo o no, mientras el episodio de su infancia siguiera abierto, quedarían heridas infectadas de preguntas sin respuesta.

Paralizada, contempló a la mujer alejándose para mezclarse entre la multitud que paseaba por los alrededores del lago. Pensó en seguirla, detenerla y no dejarla marchar hasta que le contara la verdad. Pensó en lo estúpida que había sido, aceptando el encuentro. Pensó en terminar con todo de una vez.

Se miró las manos, aún temblorosas y húmedas. Estaba paralizada.

De pronto, el teléfono vibró en el apretado bolsillo de su vaquero.

Laine despertó del hechizo y comprobó la llamada.

—Ponce, ¿qué sucede?

—Siempre ocurre algo, Laine. Incluso cuando dormimos —dijo el agente al aparato—. ¿Dónde estás?

—Déjate la metafísica para otro día. En el Retiro.

—Vaya… Pues mueve el culo. Tenemos trabajo.

2

Atravesó el centro de Madrid montada en su Ducati Scrambler negra, abstraída en sus pensamientos y sin quitarse de la cabeza la imagen de su madre. ¿Por qué lo había hecho?, se preguntó por enésima vez.

El claxon de un vehículo la alertó del peligro. De repente, frenó con brusquedad y vio cómo un autobús había estado a punto de arrollarla. Las bocinas de los coches pitaban desesperadas. La agente tenía la boca pastosa y el corazón latiendo a toda velocidad. El ruido era ensordecedor. Un puñado de conductores arremetieron contra ella con toda clase de vulgaridades. Pero eso no era lo que le molestaba. Lo que de verdad le irritaba era que su madre la hubiese distraído, una vez más.

Con el motor encendido, metió puño a la bestia italiana y salió de allí como un proyectil, desapareciendo de la escena.

Tomó la carretera con dirección A Coruña y alcanzó los aledaños del CNI en cuestión de minutos. Ingresó en las instalaciones, aparcó la moto y pasó los controles pertinentes que se habían convertido en parte de la rutina. Como su madre, los funcionarios que la atendían, tenían rostros familiares de los que nunca sabría nada.

Las reglas eran claras: cero preguntas, cero empatía.

Dada la urgencia, no había tenido tiempo para cambiarse de ropa.

Vestida con una chaqueta de cuero, una camiseta blanca, algo desgastada, por la que se le transparentaba la costura del sujetador negro, y unos vaqueros oscuros y rotos por las rodillas, despertó las miradas de algunos agentes trajeados que desconocían quién era.

—¡Agente Laine! —exclamó una voz masculina cuando Dana pisó su sección. Giró la cabeza. Un mechón oscuro se movió con ella. Ponce, vestido de traje, con el cabello fijado hacia atrás, dejando a la luz las canas que poblaban su cabeza, se aproximó. La miró de reojo, sin pudor, y chasqueó la lengua—. ¿Lo haces a propósito o eres así de descuidada?

—No empieces, Ponce —contestó ella, poniendo los brazos en jarra—. No tengo el día para tus bromas.

—Lo digo por tu bien, agente. Escudero te va a amonestar… No es la primera vez que te saltas las reglas. ¿Crees que eres especial? ¿Diferente al resto?

Dana clavó sus ojos en los del compañero.

—¿Lo crees tú?

—Eso es lo que menos importa —contestó sin vacilar—. Eres mi compañera y punto, pero aquí no ponemos las normas, sólo las obedecemos, y hay quien se cabrea cuando alguien se pasa de listo... En este caso, de lista. ¿Tanto te cuesta ser como el resto?

Antes de responder, la agente Escudero apareció a lo lejos, por la puerta de su despacho.

—Agentes, solicito su presencia en mi oficina.

La cabeza de Dana llegaba al pecho de Ponce, que era de robusto como un escudo de la guardia pretoriana. Laine miró hacia arriba y sonrió.

—Para ser como el resto, ya está el resto, ¿no? Anda, vamos.

* * *

Londres. Eso fue lo primero que dijo la jefa, segundos después de que mirara con desaprobación la indumentaria de la agente Laine.

Escudero y Dana habían tenido una conversación previa respecto al asunto. No era necesario volver a ella. Tan sólo deseó que aquel acto inconsciente no le trajera más problemas.

La segunda palabra que salió de su boca fue terrorismo. Después hizo una pausa. Por supuesto, la asociación de aquellos dos vocablos no producía ningún tipo de placer. Londres era un nido de agentes secretos. Lo había sido durante la Segunda Guerra Mundial, como París, Berlín o Ginebra, y ahora lo era para hacer frente a las diferentes amenazas que ponían en peligro la estabilidad de Europa y sus intereses. Dada la multiculturalidad de la capital, Londres poseía una numerosa comunidad musulmana. En las últimas décadas, había sido el refugio de un gran número de radicales que vivían camuflados entre las comunidades musulmanas.

A menudo, el MI5, el servicio secreto inglés de seguridad interna, se las arreglaba para que Scotland Yard y la INTERPOL pusieran de su parte, por lo que no solía ser necesario el amparo de agencias extranjeras. Sin embargo, dada la situación social a raíz del Brexit, y

las recientes colaboraciones entre la agencia española y la británica, el MI5 había solicitado la presencia de un agente del CNI como soporte en una misión antiterrorista.

—¿Apoyo? ¿Es así como lo llaman ahora? —preguntó Ponce al escuchar la explicación—. Agente, quieren asesoría.

—Nos interesa llevarnos bien con el MI5.

—Si han solicitado un informador, ¿por qué nos envía a los dos? —preguntó Laine.

—Es importante protegernos —aclaró Escudero.

—Nunca han sido de fiar —contestó Ponce—. Eso es lo que quiere decir.

La jefa resopló y se dirigió a su escritorio. Allí había dos carpetas de color marrón con una goma que las cerraba. La mujer las agarró y se las entregó a los subordinados.

—Un agente inglés les contactará cuando lleguen al hotel —explicó sin más detalles—. Se harán pasar por un matrimonio que está de vacaciones y utilizarán nombres falsos para identificarse.

Ponce gruñó y miró a Laine con una sonrisa juguetona. El agente abrió la carpeta y dio un vistazo al informe.

—Criptomonedas… —murmuró.

—Así es —afirmó Escudero y prosiguió—. No es nuevo que utilicen estos métodos para la financiación de las células terroristas o el blanqueo de dinero. Hasta el momento, el MI5 y la INTERPOL tenían controlados los sistemas que empleaban para las transacciones. El rastro que dejaban tras la conexión, permitía dar con ellos. Sin embargo, parece que han encontrado otra manera más eficaz y silenciosa.

—¿Tarjetas SIM?

—Así es.

—Con todos mis respetos, señora, ¿qué demonios pintamos Laine y yo en este asunto? Somos agentes de campo, no ratas de cibercafé.

—Hicieron un buen trabajo en Barcelona.

—¿Disculpe? Aquello fue una broma…

Dana observaba el partido de tenis dialéctico que tenía delante. Por algún motivo, a Ponce no le apetecía lo más mínimo viajar al Reino Unido.

Escudero apretó la mandíbula. No estaba acostumbrada a que cuestionaran sus órdenes.

—Por eso, agente Ponce —dijo elevando el tono de voz y tensando cada sílaba—, porque fue una broma que casi termina en un desastre. La misión se completó con éxito y fuimos capaces de detener el virus informático que habían propagado por los cajeros automáticos. Puede que no escogiéramos el método más ortodoxo para resolver la misión, pero Berlinger, el enviado de la INTERPOL, nos ha hecho buena propaganda.

—Entiendo —dijo él, tragándose la réplica.

Escudero se acercó a los dos y los agarró por el brazo con delicadeza. Era la primera vez que establecía un contacto físico con ellos. Dana la miró. En el fondo, esa mujer pretendía transmitir confianza y eliminar el miedo a un ridículo internacional. El CNI no pasaba por su mejor momento y nadie quería ser parte de un experimento presenciado por agentes de otros países.

—Preparen el equipaje y concéntrense en la misión —comentó mirándolos—. Pueden estar tranquilos… Si el MI5 nos ha llamado, significa que tampoco tiene idea alguna de lo que hace.

* * *

La puerta se cerró. La pareja de agentes se dirigió al pasillo en silencio. Había sido una corta jornada de oficina. Caminaron hacia el ascensor y entraron en él.

—¿Has oído eso? —preguntó Ponce, que parecía haber aguardado hasta ese momento.

—¿Criptomonedas?

—No. Matrimonio —respondió con una mueca, formando una arruga en el lado derecho de su rostro—. Eso implica dormir juntos, Laine.

—Por supuesto… en camas separadas.

—No esperaba menos de ti.

—Ni yo de ti.

Cuando llegaron al aparcamiento, Laine se subió a la moto y Ponce a su vehículo. Ambos quedaron en verse más tarde, pues en unas horas se encontrarían vestidos como una pareja normal, tomando rumbo al país del pescado rebozado y la cerveza negra.

Durante el trayecto a casa, Dana se preguntó por qué les habían elegido para esa operación. Se trataba de una misión delicada. Tanto a su compañero como a ella, les incomodaba más fallar que la propia amenaza terrorista.

Aunque Ponce tuviera toda la razón y ninguno de los dos estuviera preparado para salir airoso de un asunto informático, Laine no estaba dispuesta a regresar a Madrid con un fracaso.

3

Tres días, setenta y dos horas. Ese era el plazo máximo que el CNI había dado al servicio de inteligencia inglés para que dispusieran de sus agentes, un periodo razonable. Nadie sospecharía de ellos.

No obstante, aquello también tenía sus inconvenientes.

Con la maleta abierta encima de la cama, Dana colocaba en el interior las prendas básicas que necesitaría en su viaje: un par de vaqueros negros como los que llevaba encima y unos pantalones más elegantes de color crema. También puso unos loafers que guardaba para ocasiones informales, una blusa blanca, tres camisetas básicas blancas y tres negras. Hizo una pausa y se dio cuenta de que no tenía espacio para la ropa interior.

—¡Oh, no! —exclamó y vació la maleta. Lo odiaba. De pequeña, su madre le había enseñado a viajar sin equipaje y ahora desconocía qué era lo indispensable para un fin de semana en el extranjero. Entornó los párpados—. Menudo desastre eres, amiga.

Tiró todas las prendas sobre la cama exceptuando las camisetas y los vaqueros. Después metió la ropa interior de manera desordenada, lanzó el neceser encima del montón y caminó hacia el armario ropero en el que guardaba la caja fuerte. Introdujo el código de memoria y abrió la puerta. En su interior había dinero, una sortija

de su madre, una pistola CZ 75, el arma reglamentaria de los agentes; una llave de la motocicleta y tres pasaportes falsos. Comprobó ambas identidades y eligió el que le habían asignado en el informe. Una vez dentro del avión, sería Giulia Rizzo, una bonita parmesana que trabajaba como traductora de textos en Madrid. Esposa de Vasco Alves, un ingeniero de sistemas, de nacionalidad portuguesa pero con sangre española. Una linda y extraña pareja, como muchas de las que embarcaban cada día en el aeropuerto de Barajas. Antes de cerrar la puerta, recordó que su CZ 75 se quedaría allí. Tuvo un mal presentimiento, pero las órdenes eran concisas y su misión era única y exclusivamente para orientar al MI5.

Dana regresó a la maleta y tuvo un presentimiento extraño de aquel viaje. Tenía emociones confusas. Era la primera vez que iba con Ponce a un país extranjero y en una misión de varios días. Aunque confiaba en él, no habían intimado lo suficiente para compartir tanto tiempo. Él no era un hombre sencillo, ni ella una mujer que aguantara a cualquiera. Suspiró. Por otro lado, le ilusionaba la idea de poder profundizar más en el pasado de su compañero.

Pasó la cremallera alrededor de la maleta y cerró el equipaje. Comprobó la hora y se aseguró de que todo estuviera en orden.

—*Ciao, Giulia Rizzo*… —dijo en voz alta frente al espejo imitando el acento italiano. Conocía de sobra al personaje que iba a encarnar. La habían formado para ello, aunque su italiano comenzaba a estar un poco oxidado por falta de uso—. *Che sarà sarà*…

Después agarró la maleta y cerró el apartamento con un fuerte estrépito que hizo temblar las paredes.

* * *

Un taxi la dejó en el aeropuerto. No tenía noticias de Ponce, ni siquiera un mísero mensaje de texto para acordar dónde se iban a reunir. No le importó. Pasó el control de seguridad sin problemas y buscó la puerta de embarque de su vuelo en la pantalla informativa.

No le gustaban los aeropuertos, a pesar de que hubiese pasado por ellos en cientos de ocasiones. Quizá, esa fuera la razón. El aeropuerto era un lugar aséptico, sin vida, aunque estuviera lleno de actividad.

Personas que iban y venían, con más o con menos ilusión pero, a fin de cuentas, personas que nunca se quedaban, a excepción de los operarios que allí trabajaban y lidiaban el día a día y el deseo de escapar también de sus puestos, aunque fuera por unas horas. Para ellos, lo fácil era subirse a cualquier vuelo con un destino remoto, mientras que lo difícil era no hacerlo para seguir con la rutina.

A medida que se acercaba a los bancos que había junto a las puertas de embarque, vio una figura masculina sentada de espaldas. Fue fácil reconocer a su compañero, puesto que sobresalía entre los demás.

La cabeza de Ponce, con un cráneo pronunciado y esa nuca de pelo corto y canoso, casi al estilo militar, era una seña de identidad única.

Recorrió el pasillo de baldosas brillantes y bordeó la bancada para aproximarse por uno de los laterales. Entonces lo vio, estaba comiendo un emparedado de máquina, junto a su equipaje gris de mano y una botella de agua mineral. Era la primera vez que lo veía de esa manera. El agente notó su presencia, terminó de masticar y giró la cabeza.

—Esto sí que no lo esperaba —dijo Laine dejando su maleta al lado y sentándose junto a él—. Podrías haberme avisado.

—Los viajes en avión me dan hambre y las dietas que nos dan, no cubren un buen almuerzo —respondió y le ofreció la segunda mitad del sándwich. Ella negó con la mano y Ponce dejó el envase sobre el banco. Después se limpió las migas con una sacudida—. ¿Lista para nuestro viaje romántico?

—¿Has leído el informe? —contestó Dana, esquivando la impertinencia. Su madre decía que toda mentira, escondía una verdad.

Incluso las bromas lo hacían y Ponce era muy dado a ellas.

Lo hacía con arrojo, sin miedo, y con un tono que era capaz de ruborizar a su interlocutor. Dana nunca se sintió cómoda. Ni antes de conocerlo, ni tampoco después. Con los años, había aprendido a pasar de largo, a contestar con un improperio o a ignorar lo que la otra persona había dicho.

—Tranquila. No pienso ponerte más tensa de lo que ya estás —comentó y dio un trago a la botella—. Y sí, lo he leído antes de venir. Espero que tú también hayas hecho los deberes.

A medias, pensó ella. Con un día tan cargado de emociones, no había logrado concentrarse en los detalles de la operación, aunque

no lo necesitaba. Ponce tomaría el mando y no habría discusión alguna al respecto.

—Espero que nos faciliten lo nuestro, ya sabes.

Ponce se rio de una manera que no le gustó a Laine.

Por megafonía anunciaban la apertura de puertas de su vuelo.

—Tu primer viaje, ¿verdad?

—Sí. Por eso no entiendo por qué me han elegido a mí.

—Te están poniendo a prueba. No te preocupes. Es más sencillo de lo que parece. Aprenderás cómo funciona el oficio. No esperes fuegos artificiales, porque no los habrá.

—Lo único que deseo es que no haya accidentes.

Él se giró por completo y la miró a los ojos.

—¿Contratiempos, Laine? Descuida. Pase lo que pase, nunca habremos viajado a Londres. No lo olvides.

Ella se guardó las palabras y se puso en pie. Una cola de viajeros se colocó frente al mostrador del vuelo. Un hombre y una mujer revisaban los billetes y los documentos de identidad de los pasajeros.

Ponce sacó el pasaporte portugués. Entre las páginas se encontraba el billete. Después le pidió a Dana el suyo.

—¿Para qué lo quieres? —preguntó extrañada.

—Mira —contestó y mostró las páginas interiores del suyo. Había varios sellos de diferentes países extracomunitarios. El de Dana estaba en blanco—. Vaya panda de chapuzas.

—¿Qué tiene de malo?

—¿Quién se va a creer que es nuestro primer viaje de casados?

—Estamos dentro de la zona Schengen, aún.

—No son estos los que me preocupan —dijo y señaló a las azafatas—. En fin, vamos.

Una vez en el interior del avión, Ponce le dio a elegir y ella escogió la ventana.

Le gustaba mirar al exterior, le recordaba a su niñez y la trasladaba a un lejano estado de felicidad en el que la inocencia reinaba su vida. Ella y mamá. Las dos juntas recorriendo el mundo. Ahora sólo quedaban imágenes ligadas a emociones dispersas.

El avión se preparaba para despegar. Dana sacó unos auriculares inalámbricos de su chaqueta de cuero y los conectó al teléfono. Ponce observaba a las azafatas.

—¿Piensas pasarte el viaje mirando a esa chica?

—Soy un tipo curioso —respondió prestando atención a las instrucciones—. Relájate, Laine. Sólo me preguntaba si, en caso de accidente, ella sabría cómo salir de aquí, sin entrar en pánico.

—Ojalá no lo sepamos nunca —contestó la compañera.

El silencio regresó a los asientos. Las luces se apagaron, el avión se puso en marcha. Dana buscó el álbum *Ride the Lightning* de Metallica y pulsó la tecla de reproducción.

4

El vuelo transcurrió sin sobresaltos. Salir del aeropuerto de Heathrow fue menos tranquilo, aunque no les quedó más remedio que armarse de paciencia y esperar. Allí sus credenciales no tenían ningún tipo de uso de manera oficial. Tan pronto como salieron del avión, Ponce comenzó a dirigirse a su compañera por el nombre de Giulia, tras el intento fallido de llamarla *amore mio*. Dana no podía hacer otra cosa que tomárselo con calma. En ámbitos públicos, debía forzar su acento castellano, mezclándolo con eses fuera de lugar y comiéndose algunas consonantes al final de cada palabra. A Ponce se lo habían puesto más fácil, ya que su relativa sangre española le permitía hablar sin esfuerzo.

—No está nada mal, si te soy sincero.

—Te lo agradezco, pero no necesito tus cumplidos —respondió ella—. Ambos sabemos que eres incapaz de diferenciar a un italiano de un portugués.

—Veo que empiezas a sentirte más cómoda —contestó él y los dos rieron. Aquel momento distendió la tensión que se acumulaba en el aire—. Esto puede ser divertido.

A la salida, donde familiares y amigos esperaban a los viajeros recién llegados, no encontraron a nadie que sujetara un cartel con

sus nombres en él. Ponce peinó la salida con un vistazo rápido, aprovechando la altura que la vida le había dado. Sin éxito, decidieron buscar la parada de taxis, a la espera de recibir noticias.

—Es extraño —dijo él, rascándose el mentón. El ruido de los coches, el olor a carburante y humo de cigarrillos y la algarabía de transeúntes despistados, formaban un ambiente caótico—. Pero no me sorprende. Supongo que hay demasiada seguridad.

Antes del suspiro que pondría cierre a la frase, un desconocido se acercó a ellos. Iba vestido con un traje azul, una camisa blanca impoluta y unos zapatos marrones lustrosos. El hombre, de unos cincuenta años de edad que no aparentaba a primera vista, llevaba un abrigo negro de tres cuartos con las solapas del cuello bajadas y tenía el cabello teñido de rubio para disimular su natural color rojizo.

—*Excuse me, sir. Do you have a lighter?* —preguntó sacando una cajetilla blanca de cigarrillos Kent del bolsillo interior. Ponce asintió y miró a la agente. Buscó el Zippo de gasolina en su pantalón y le ofreció la llama sin soltar el mechero. El agente se fijó en los gemelos de la camisa. Uno tenía grabado un león con corona y el otro un unicornio.

Dana observó al hombre, expectante. Todo pasó en cuestión de segundos. No entendió qué sucedía y no quería interferir en la interacción.

—*Thanks, sir* —dijo el tipo mostrando una sonrisa cordial tras prender el cigarrillo y siguió caminando en dirección contraria.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dana, que había perdido de vista al desconocido—. ¿Le conocías?

Ponce se rio en silencio y miró al suelo.

Después flexionó las rodillas y se acercó a un billete de tren usado que había a escasos centímetros de sus pies.

—Sutiles hasta para saludar. Hay que joderse —comentó, agarró la cartulina y se puso en pie para entregárselo a Dana—. En el reverso había un mensaje escrito a mano.

—*Take the cab*.

—No se fían ni de su sombra.

Una bocina llamó a la pareja.

—*Taxi?* —preguntó un conductor paquistaní con acento cerrado.

—Bingo —dijo el agente—. He aquí nuestro hombre.

No era la primera vez que visitaban la ciudad, aunque sí la primera que Dana se desplazaba por motivos laborales. Formar parte del Centro Nacional de Inteligencia hacía que los viajes se convirtieran en un asunto extraño que no daba lugar a ninguna clase de placer, aunque fuera por momentos. Así lo percibía, aunque su compañero parecía estar acostumbrado a la incertidumbre de la situación. Le hubiese gustado sentirse como él, pero era incapaz de controlar los nervios.

El taxista conocía su destino antes de que Ponce le diera las indicaciones. Al subir, se puso en marcha. Laine se dejó llevar, confiando en que el compañero supiera lo que hacía.

Bordearon el inmenso parque de Hyde Park, bajo la tranquilidad de un atípico día soleado y la lentitud del tráfico de una tarde que se apagaba lentamente. Atravesaron el West End, cruzando Picadilly con sus históricos edificios de cuatro alturas, las fachadas de corte decimonónico, los bajos ocupados por conocidas firmas textiles, las franquicias de comida rápida, los luminosos carteles de publicidad y

los rincones más oscuros por los que, durante la Segunda Guerra Mundial, soldados americanos y británicos se dejaban caer en busca de prostitutas. Las baldosas de Picadilly radiaban historia y ésta se transmitía con el mero hecho de estar allí presente. El conductor de acento exótico los llevó hasta Leicester Square, una concurrida y céntrica plaza que conectaba con Trafalgar Square y Covent Garden. Era uno de los epicentros londinenses donde también se encontraban varios de los cines más grandes del mundo, como era el caso del Odeon Theatre, o el reloj de acero de diez metros de altura y de fabricación suiza que dominaba la plaza. Allí, rodeado de teatros, junto a un famoso local de helados y en un edificio clásico de ladrillo rojo, se encontraba el hotel Radisson Blu Edwardian. A la hora de pagar, el conductor dejó claro que la carrera ya había sido abonada. Sin más dilación, bajó las maletas del maletero y se despidió de la pareja.

Bajo el soportal de arcos y las cinco alturas de ventanales, Ponce alzó la vista al cielo, preguntándose si sería allí donde se hospedarían.

—Ya nos podrían haber dado el Ritz —dijo con desacuerdo.

Cuando Dana se lanzó a pedirle explicaciones, un botones se hizo cargo de las maletas y caminaron hacia el interior del hotel. De nuevo ese rubio teñido, con aspecto agradable y buenos modales, se aproximó a ellos.

—*Welcome to London* —dijo para después cambiar el registro—. Señores Alves, mi nombre es Patrick Wellington. Lamento este recibimiento. La situación es delicada.

Ponce lanzó una mirada de precaución a su compañera para que no se fuera de la lengua.

—Podemos hablar en inglés —dijo Laine tras estrechar la mano, arrastrada por la mala imagen que habían dejado algunos agentes en el pasado—. No es ningún problema.

—Lo sé y se lo agradezco, pero yo tampoco tengo inconveniente para hablar otros idiomas —explicó, terminando con una sonrisa equidistante. Dana no tardó en recibir el mensaje. Desconocían quién podía estar también en el vestíbulo de aquel hotel. Dado que todo el mundo hablaba inglés, no estaba de más dificultar el espionaje ajeno.

—*Capisco*.

—Si les parece, tómense su tiempo para acomodarse y les espero en cuarenta minutos en Tom Cribb —indicó con absoluta normalidad y sin rodeos—. Es un pub, tendrán la cocina abierta si desean comer algo.

—Se lo indicaré al taxista.

El hombre arrugó la frente.

—Les aconsejo ir andando —matizó—. Está a menos de una milla de aquí, en la calle Oxendon con Panton.

—*Fine* —respondió Ponce despidiéndose y agarró a Laine del brazo para llevarla a la recepción—. Estos nunca cambiarán. Estoy convencido de que la estancia corre también a cargo de ellos.

—Muy generoso, ¿no crees?

—No, en absoluto —contestó—. De hecho, ha sido un error garrafal por parte de Escudero.

—¿Por qué nunca miras el lado bueno de las cosas?

Ponce volteó el rostro.

—Porque no existe, Giulia —contestó enfadado, harto de los movimientos de novata—. Y te lo demostraré en unos minutos.

Conforme terminó, cambió su expresión por completo y regaló una sonrisa a la azafata que los atendió. Rellenaron el formulario y guardaron las tarjetas magnéticas de la habitación.

Después fueron hacia el ascensor. Cuando las puertas se abrieron, el agente tocó por el codo a su compañera.

—Algún día mirarás y te darás cuenta de que todo este tiempo sólo hubo un lado, ni bueno, ni malo. Sólo uno.

* * *

La habitación era espaciosa, más de lo que habría sido una normal, aunque no alcanzaba la categoría Premium. Nada más abrir, Dana se fijó en la ventana y en la cama de matrimonio que había para los dos.

La cristalera estaba formada por cuatro ventanales por los que se podía ver la plaza. Junto al alféizar interior, una mesa de cristal redonda y dos sillones de piel. También había una cómoda de madera oscura, un escritorio del mismo color y una mesilla de noche.

El botones del hotel dejó el equipaje en la puerta y esperó a que Ponce le diera una propina, el cual respondió escaqueándose:

—*Sorry. Only euros* —dijo excusándose de no llevar libras esterlinas con él a la vez que agitaba la mano. Al botones le habría

dado igual.

El agente cerró y se topó con la expresión de su compañera.

—Ya te vale.

—¿Qué? Eso es muy español —contestó a la vez que le hacía una señal de silencio con el índice de la mano. Después apuntó hacia el teléfono de la mesa y el conducto del aire acondicionado. Dana entendió que la habitación estaría pinchada con micrófonos. Era una visión muy paranoica de quienes, se suponía, habían solicitado su ayuda. Pero, de lo contrario, Ponce no le hubiera dicho nada.

—¡Ay, menudo viaje! —exclamó fingiendo entablar una conversación con su pareja. Primero desconectó el cable del teléfono e inspeccionó el aparato. Después ordenó a su compañera que buscara entre los muebles—. Será mejor que dejemos las cosas y nos marchemos, antes de que me entren ganas de dormir un rato.

Ella comprobó la cómoda, el escritorio, la mesilla de noche y los conductos de ventilación del cuarto de baño. No había rastro de micrófonos.

En silencio, Ponce intentó comunicarse con la agente.

—Nada —susurró Laine, pero él no estaba convencido. Se quedó unos segundos en blanco, frente a un cuadro, y su compañera se preguntó qué tendría de especial aquella pintura—. ¿Ahora qué?

—Ahora, amore mio, voy a enseñarte lo que es la pasión —dijo. Ella no entendió nada. Ponce tiró el cuadro, fingiendo un brusco movimiento, y se dejó caer contra el suelo—. ¡Ay! ¡Dios, qué dolor!

—¿Estás bien?

—¡Ay! Qué torpe soy. Me he tropezado con este maldito mueble —dijo incorporándose del suelo. Con el extremo del zapato señaló

los trocitos de cristal que protegían la lámina, el marco partido y un punto negro de tacto metálico—. Ven, ayúdame, y trae agua. Creo que me he cortado.

Dana agarró una de las botellas que había sobre la mesilla, la abrió y roció el micrófono de líquido. Aguardaron unos segundos.

—Te lo dije —comentó el agente, recuperando la normalidad en su voz—. Es un viejo truco.

—¿El del micrófono o el del marido patoso?

—Ambos. ¿Te ha gustado?

Dana meneó la cabeza.

—¿Crees que han sido ellos? —preguntó la agente desconcertada —. ¿Y si hay más?

—Descuida. Uno es suficiente. La tecnología evoluciona —contestó y se limpió los cristales que se le habían pegado al traje—. Desconozco si han sido ellos, la INTERPOL o si Scotland Yard se alegra de nuestra llegada. En cualquier caso, actúa como si nada hubiera sucedido, pero ándate con ojo. No puedes confiarte.

—Entendido —respondió, abrió su maleta y sacó el neceser. Luego fue al cuarto de baño.

—No me fastidies, Laine. ¿Te vas a maquillar ahora? —preguntó el agente. Dana se puso un poco de colorete en el rostro. Eso llamaría la atención y captaría la mirada del gentil pelirrojo. Después se perfiló los labios con carmín. Era consciente de lo que hacía, conocía sus atributos y cómo sacarle partido a la actitud de un hombre que se perdía en sus ojos. El contraste de su pálida piel con el tono azabache de su pelo, la brillante mirada de color esmeralda y

el vivo matiz de sus labios, la volvía irresistible. Ponce lo pensó, pero fue incapaz de regalarle unas palabras bonitas—. ¿Qué pretendes?

Cerró la barra de labios, la dejó en la bolsa de tela y roció un poco de perfume sobre el cuello.

—Lista —dijo enfundándose en la chaqueta de cuero—. Si van a utilizar todos sus trucos, yo también quiero emplear los míos. ¿Nos vamos?

—Hay que fastidiarse… *Andiamo, ragazza*.

Dana salió al pasillo, asegurándose de que nadie les esperaba allí.

Llamó al ascensor y Ponce colgó el cartel de no molestar sobre la manivela de la puerta de la habitación. Antes de abandonar el hotel, solicitó que les cambiaran la habitación cuando regresaran. Quién sabía si, esa vez, no tendría que romper otro cuadro.

5

Caminaron hasta Tom Cribb, el pub inglés, tal y como su contacto les había indicado. La tarde se volvía más y más oscura. El crepúsculo apenas se veía entre la conglomeración de edificios y construcciones que se levantaban hacia el infinito. De pronto, Dana sintió cómo la humedad del aire se le pegaba a la piel. El clima era diferente, así como el aire que respiraba. Subió la cremallera de la chaqueta de cuero e intentó resguardarse. Observó a Ponce, que se movía con la normalidad de un robot y comprendió lo que muchas personas decían y ella nunca había creído: algunos seres humanos nacen con un talento innato para ciertas profesiones. El de Ponce era el de ser impasible ante cualquier situación, no sentir frío, ni miedo, ni dolor. Era obvio que los dos agentes no poseían las mismas destrezas, pero Dana estaba orgullosa de ser como era.

Llegaron a la puerta del pub, varios minutos antes de la cita acordada.

El interior de Tom Cribb era de madera, como muchos de los bares ingleses e irlandeses que había, no sólo en la ciudad sino también repartidos por todo el mundo.

La entrada estaba custodiada por dos sillones fijos, cubiertos de escay y ocupados por cuatro hombres vestidos de camisa. Entre

ellos, una mesa rectangular sobre la que había varios vasos de cerveza Guinness. Un poco más adentro, bajo una televisión, colgaban dos cuadros con fotografías de boxeadores, un guante enmarcado que debía pertenecer a alguna leyenda local. Después del baño de caballeros, las mesas eran diferentes, más pequeñas y con taburetes, también de escay, separados y bajos. Ponce buscó con exhaustivo interés el rostro de aquel hombre entre los clientes. Olía a patatas con mantequilla y a bistec. El camarero servía un plato de Fish and chips a uno de los que bebían en la entrada. Una mano se alzó entre la multitud para indicarles la dirección.

—Menudo lugar para conversar —murmuró Ponce—. Esperaba algo más british.

—¿Existe algo más british que esto? —respondió Dana riéndose. Y ahí residía la esencia de las agencias de espionaje. Además de excesivas horas de oficina, papeleo y burocracia, el CNI carecía de glamour. Las solicitudes para colaborar con el centro se disparaban con cada estreno de James Bond en el cine. Por supuesto, la mayoría de ellas, por no decir todas, eran rechazadas. El espionaje de los años 20 entre humo de cigarrillos, calles oscuras de París y gabardinas, era cosa del pasado, así como las partidas de póquer, las persecuciones de coches en Saint-Tropez y las fiestas con traje de gala y champaña. Existían dos caras. La administración era un lugar sórdido y oscuro. En ocasiones, las prácticas de los servicios secretos eran crueles e inhumanas. Pero lo cotidiano residía en lo mundano, en lo imperceptible al ojo del ciudadano. Una realidad que se había distorsionado con el tiempo, para hacer hermosa una profesión dura y exigente.

Llegaron a la mesa de madera y se sentaron en los taburetes. Wellington los analizaba expectante, de espaldas a la cristalera que daba a la calle. Dana desvió la vista al exterior, a los rostros desconocidos que cruzaban sin mirar hacia ellos, como si un muro invisible los separara.

El inglés pidió tres pintas de cerveza Spitfire, una curiosa marca local que usaba el famoso caza de la RAF como nombre.

—¿Tenéis hambre? —preguntó mirando a los españoles.

—Pide unas patatas —dijo el español y el inglés se levantó de su asiento. Después, Ponce se acercó a Dana—. Si vas a beber, llena el estómago.

Las cervezas no tardaron en llegar a la mesa. El inglés actuaba como un anfitrión familiar, aunque no lo conocieran de nada. Los españoles estaban ansiosos a que empezara a hablar.

—Entonces, ¿de qué se trata? —disparó Ponce, una vez Wellington estuvo quieto en su asiento—. Ahora que se han acabado los trucos de cartas…

El agente del MI5 miró con rapidez a sus dos interlocutores. Tenía los ojos tan claros que no parecían humanos.

—Por supuesto. Lamento que no haya sido la manera más adecuada de citarles pero, en este instante, el departamento no pasa por su mejor situación —explicó—. Scotland Yard nos está presionando con la colaboración de la INTERPOL. Ustedes saben de sobra lo complicado que es seguirle la pista a esta nueva amenaza de aficionados.

—Aficionados que provocan decenas de muertes cada vez que actúan —respondió Dana—. No deberíamos subestimar sus acciones.

—Precisamente por eso, señora. Son imprevisibles, no planifican, saben cómo permanecer invisibles y, lo peor de todo, cualquiera de ellos puede ser un fanático.

Ponce escuchaba atento en silencio. Pegó un trago al vaso de cerveza, se aclaró la garganta y dio un ligero golpe sobre la mesa.

—Sí, este mundo es un lugar hostil y peligroso. Somos conscientes de ello. Ahora, ¿nos va a decir a qué hemos venido aquí?

Wellington ladeó la cabeza.

—Pensaba que les habían puesto al corriente de la misión.

—Refrésquenos la memoria.

El inglés suspiró y pestañeó.

—La Policía nos ha informado de varios robos de teléfono en los últimos tres días —explicó. Ponce y Dana ponían atención—. Sí, ya sé que en una ciudad tan grande, se producen hurtos a diario. La cuestión es que estos teléfonos pertenecían a gente importante.

—Perdone que le interrumpa —dijo Laine—, pero no entiendo qué tiene de extraño. Estas personas no utilizan modelos actuales porque son fáciles de rastrear. Lo más normal es que usen viejos terminales sin 3G y tarjetas de prepago.

—El informe mencionaba algo sobre criptomonedas —agregó Ponce, perdido entre tanto término informático—. ¿Qué tiene que ver con los robos?

—Es lo que intento explicar —señaló el inglés—. Los robos fueron deliberados. No escogieron las víctimas al azar, ni tampoco buscaban dispositivos caros para la reventa. Nada de eso. Querían las tarjetas SIM para acceder a los datos del teléfono, obtener las contraseñas

de las cuentas de gestión de criptomonedas, traspasar los ahorros a otros usuarios y eliminar el rastro. Están robando dinero para un fin que desconocemos y por eso pedí que les enviaran aquí. Las leyes son antiguas y aún no condenan este tipo de actos como lo que son.

—Creo que se ha equivocado de personas —dijo Ponce—. Hablamos de ciberdelincuencia. De eso se encarga el CNP. ¿Qué hay de los ladrones?

—El MI5 ha localizado a tres, eso es todo. Dos de ellos son paquistaníes y uno argelino. No podemos hacer ruido, ni molestar a quien se nos antoje. El alcalde de Londres es musulmán y la comunidad árabe se siente coaccionada y desamparada, así que SY nos aprieta. Por supuesto, el Brexit no ayuda a que hagamos nuestro trabajo con eficacia. Toda acción descuidada es un motivo más para alimentar el odio y la fractura entre las dos partes de la sociedad.

—Si no pueden mover ficha, ¿qué diablos vamos a hacer nosotros?

—El agente Berlinger nos habló de cómo ustedes rastrearon a la mujer mexicana casi sin medios —respondió rotundo, poniendo toda su esperanza en ellos. Dana y Ponce se miraron y aquello bastó para entender que el agente de la INTERPOL estaba devolviéndoles la pelota. El ridículo que habían evitado, lo iban a hacer ahora—. Tenemos la certeza de que estos tres hombres trabajan para un cuarto individuo.

—No fastidies —dijo Ponce con sorna.

—Queremos encontrarlo.

Dana dio un sorbo al vaso de cerveza para refrescarse la boca. El ambiente era cálido. El aire estaba viciado por el olor que llegaba de la cocina. Una trampa, un maldito callejón sin salida. El inglés buscaba ayuda para recuperar el dinero. Aquel no era su trabajo, ni tampoco se trataba de terrorismo. Los dueños de los teléfonos debían pagar una buena recompensa al MI5. Se preguntó por qué Escudero lo había permitido.

¿Estaba al corriente de ello?, se cuestionó.

Quiso creer que no, que sólo obedecía órdenes de Arturo Navarro, el cabrón mandamás que, junto a Berlinger, había visto cómo le daban la medalla a Escudero y a su equipo.

—¿Qué ganamos nosotros?

Wellington dirigió la mirada a Laine y se olvidó de Ponce por unos segundos.

—Agente Rizzo —respondió con una sonrisa y se volvió serio—. Si encontramos a esa persona en un plazo de 48 horas, el MI5 estará en deuda con el CNI. Entonces, ¿qué opinan? ¿Nos ayudarán?

Sus palabras sonaron con fuerza. Estaban casi convencidos, pero Ponce era reticente a ceder sin antes plantear una cuestión.

—Wellington, si es que se llama así —dijo al terminar la cerveza y dejando el vaso a un lado del tablero—, ¿cómo sé que puedo confiar en usted?

La situación se tensó. La sangre de Laine retumbaba en su cabeza. Puede que aquel órdago estuviera fuera de lugar. Quizá supiera desde el primer instante lo que estaba pasando allí y ella no se hubiera dado cuenta de ello. Las facciones del inglés se

estrecharon. Sus pupilas se volvieron afiladas. Sin desviar la mirada del agente, dio un trago y apoyó el vaso.

—Señor Alves, a estas alturas, no le voy a engañar. Sabe tan bien como yo que no puede —respondió dejando caer los brazos sobre las rodillas—, pero asimismo sabe que, además de los intereses de mi país, soy un hombre de ambición que posee los suyos como supongo que también hace usted.

—Su español mejora por segundos, siga.

—Esta misión es mi prioridad. Londres, además de lo que he mencionado, es un nido de víboras de las distintas agencias internacionales. Americanos, rusos, franceses... Algunos han sido descubiertos, pero no todos. Creemos que quien está detrás de estos robos, no tiene nada que ver con la comunidad musulmana, sino que la usa como humo para confundir a Scotland Yard y alborotar a la sociedad. Han robado más de cincuenta millones de libras esterlinas en menos de cuarenta y ocho horas. Por supuesto, sin saber a dónde han ido. Ayúdenme a encontrar a esa persona, antes de que lo hagan los rusos, los chinos o los americanos.

—No olvide que usted es el inglés.

—A título personal, Alves. No tengo interés alguno en el Brexit.

Ponce se rascó el mentón y dio otro trago.

—En caso de aceptar —dijo—, dos condiciones, dos garantías.

—Ustedes dirán.

—Si damos con la persona sospechosa, estaremos presentes los tres y compartiremos la información que nos proporcione durante el interrogatorio —apuntó—. Eso sí, nada de grabaciones, ni de registros hasta que hayamos abandonado el país. ¿Está claro? Nada

hasta que pisemos la Península. Luego puede hacer con sus informes lo que le salga del gaznate.

—Por supuesto. ¿Y la segunda?

El español miró a su compañera y le puso la mano encima del hombro.

—Consíganos dos armas sin historial —respondió con una sonrisa socarrona—. Mi esposa y yo no vamos a meternos en esta ratonera con el cinto vacío.

* * *

La luz amarillenta iluminaba la calle por la que regresaron al hotel. Londres se apagaba lentamente, aunque no lo hiciera nunca del todo.

La cerveza no le había sentado muy bien y ahora una niebla espesa se posaba en lo alto de sus cabezas. Caminaron en silencio cien metros, tras despedirse del inglés. Se verían a la mañana siguiente, a primera hora, frente al Royal London Hospital, al este de la ciudad, una zona nada agradable para el turismo.

Eso fue todo lo que les dijo y los agentes sólo pudieron resignarse a aceptar.

Whitechapel era un distrito conflictivo para realizar el trabajo de campo. Además de la del East London, Whitechapel albergaba cuatro mezquitas más y seis centros islámicos repartidos por la zona Este de la ciudad. Estarían vigilados, no sólo por los creyentes, sino también por quienes temían la presencia de la Inteligencia.

Llegaron al hotel sin cruzar una palabra. La recepcionista lamentó no poder cambiar la habitación por falta de estancias libres. No les importó. Mejor así, pensó Dana, que lo último que deseaba era volver a presenciar una escena mientras buscaban micrófonos escondidos.

Cuando entraron, todo seguía como lo habían dejado. El agente echó los cristales a un lado con el pie y se sentó en la cama.

—Has estado callado más de la cuenta —dijo ella quitándose la chaqueta—. ¿Qué te preocupa?

—Me inquieta que Navarro piense que no estamos de su lado —respondió—. Queramos o no, no podemos tomar parte de otro que no sea nuestro jefe. Escudero y él pronto librarán una guerra interna y, créeme, nadie quiere tomar parte.

—No podemos mantenernos al margen.

—No. En eso te doy la razón, agente —dijo, se quitó la chaqueta del traje y comenzó a desabotonarse la camisa—. Hagamos nuestra labor, que es para lo que hemos venido.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Ponce la miró confundido.

—¿Ponerme cómodo? Necesito un descanso, Laine.

—¿No creerás que vamos a dormir juntos? —preguntó ella señalando a la cama.

Él se rio.

—Duerme en el suelo o en el sillón, pero yo no me muevo de aquí —dijo con soberbia y confianza—. No fastidies. ¿Cuántos años tienes?

Ella no respondió. Ponce tenía razón, pero no entendía por qué le intimidaba dormir con él. Sabía que no le iba a poner la mano encima, ni siquiera había intentado un acercamiento desde que se conocían, pero lo había visto coqueteando con otras mujeres y eso le confundía. Por otro lado, llevaba meses sin compartir la cama con un hombre, del modo que fuera.

Se lavó la cara y vio a Ponce de refilón, sin que se diera cuenta. Se había desvestido y ahora tenía el torso desnudo. El pelo rizado y gris le cubría el pecho. Estaba fuerte, aunque no marcado, y le recordaba a un Sean Connery de joven en aquellas películas antiguas. ¿En qué estás pensando?, se preguntó mirándose al espejo.

Tras una ducha caliente, se puso una camiseta para dormir y se acurrucó en el otro extremo de la cama.

Ponce roncó durante la noche, tranquilo y relajado. Ella durmió algunas horas, despertándose a ratos a causa de los rebuznos del compañero y la incertidumbre que les acechaba. No podía dejar de pensar en la mirada de Wellington. No podía deshacerse de la idea de que les habían tendido una trampa.

Sólo podía confiar en Ponce, el mismo que le había ordenado que no se fiara de nadie.

Miró el reloj, cerró los ojos y se tapó con el edredón.

En unas horas, el sol saldría de nuevo.

6

Despertó sola. Los rayos de luz le calentaban el rostro.

Desorientada, tardó unos segundos en darse cuenta de que había dormido en una cama que no era la suya, en una ciudad que apenas conocía. Se sintió sola y abandonada por momentos, pero recordaba esa sensación de sobra y tardó poco en olvidarse de ella. El último sueño fue profundo e intenso. Por alguna razón, el encuentro con su madre había abierto capítulos archivados en el subconsciente. Por suerte, los sueños tardaban poco en desaparecer.

Estiró las piernas y se movió hacia el costado para salir de la cama. Ponce se había esfumado de la habitación, dejando un rastro de colonia varonil en el aire. Sobre la sábana quedaba un círculo de arrugas ya frío, aunque el vaho del agua caliente aún seguía presente en el espejo del cuarto de baño.

Caminó por la habitación, se puso los vaqueros y comprobó el teléfono. Ni siquiera un mensaje de texto. Buscó su número en la agenda, lo marcó y saltó el contestador automático. El terminal estaba fuera de cobertura.

Soltó un bufido. Detestaba ese lado de Ponce, la forma en la que hacía las cosas, sin contar con nadie, a su aire, sin que los demás le importaran lo más mínimo.

Minutos más tarde, vestida para su encuentro, bajó al vestíbulo y preguntó por él, describiendo sus rasgos más llamativos. El recepcionista le indicó que estaba en la cafetería del hotel y que el desayuno se incluía en la reserva.

Cuando llegó al comedor, encontró a Ponce vestido de traje, con la raya del pelo marcada como si hubiera usado una espada, leyendo un ejemplar de The Guardian y disfrutando de una taza de café y un plato de huevos revueltos. El desayuno era un buffet libre con diferentes tipos de comida. Dana estaba hambrienta, pero antes de atacar a las proteínas, se dirigió a la mesa del compañero.

—No sabía que eras un madrugador —dijo dejando su chaqueta sobre la silla que había frente al agente.

Levantó la vista de las páginas y regresó a su café.

—Tienes mala cara —respondió con voz neutra—. Espero no haberte molestado con mis ronquidos.

—Será mejor que vaya a por un café —dijo ella y se separó de la mesa. Regresó con un plato de huevos revueltos, salchichas a la plancha, dos rebanadas de pan, un zumo de naranja y un café doble.

Los ojos de Ponce se abrieron sorprendidos.

—Gracias, pero ya he desayunado.

—Es para mí —dijo ella sentándose en la silla. Él la volvió a mirar, esta vez de forma paternalista—. ¿Algún problema?

—¿Dónde lo metes?

Dana apretó los puños.

—¿Por qué eres así? Si tuviera sobrepeso, ¿me harías la misma pregunta?

—No sería necesario. Sabría dónde lo guardas.

—Vete al cuerno. No me extraña que estés solo. Ninguna mujer te aguantaría más de una cita.

—Tú lo haces.

—¿Tengo otra opción? —preguntó. Él no parecía inmutarse, aunque era consciente de que había cabreado a su compañera—. Te vuelvo a repetir que deberías ir a terapia. Llevas demasiados años cargando con esa amargura ahí dentro.

La respuesta silenció la conversación. Hacía mucho tiempo que un desayuno tan rico en grasa y colesterol no sabía tan bien. Pasar hambre tenía su recompensa, después de todo. Dana era consciente de que la jornada sería larga y prefería armarse de calorías antes que depender de los extraños horarios que compartían los ingleses.

Lo último que le apetecía era terminar la jornada ante un cubo de pollo frito en una franquicia de comida rápida.

—¿Qué sabes de criptomonedas? —preguntó el agente agachando la cabeza. La tensión había desaparecido. Cambiar de tema como de camisa era su especialidad—. He estado poniéndome al día esta mañana sobre estos asuntos.

—Sé lo justo y necesario —dijo ella cortando una salchicha en dos partes—. Divisas virtuales con el fin de democratizar el libre mercado y terminar con el monopolio de la banca. No obstante, el mayor uso que se le da es para blanquear dinero del narcotráfico, realizar compras ilegales en la Dark Web y hacer transacciones millonarias evitando los cortafuegos de los bancos y de los gobiernos.

—Ajá. Sigue, por favor.

—El dinero negro se ingresa en una cuenta suiza o en un paraíso fiscal —prosiguió—. Después se compra Bitcoin o Ethereum, que son las dos divisas con más valor dentro del mercado, con el fin de lavarlo o emplearlo con otros fines. La versión legal es que se utiliza como inversión para comprar productos en la red.

—No me interesa la versión legal.

—Entonces, igual que lo que sucedió en Barcelona, la criptomoneda se emplea para la compra de armamento o tecnología ilegal.

—Interesante.

—Para serte sincera, me incumbe más bien poco.

—Puede que Wellington tenga razón y que los robos hayan sido deliberados. Lo cual me hace dudar de nuestra presencia aquí. Si lo hubieran querido, habrían enviado a un especialista en espionaje cibernético, no a dos agentes de campo.

—Vaya, empiezas a abrir los ojos —dijo ella, atacando ahora a los huevos revueltos—. Dime, ¿hay algo más que te haya iluminado?

Ponce sonrió con desprecio.

Le gustaba atacar, pero no podía tolerar los ataques, aunque fueran de broma. Dobló las páginas del diario, le dio la vuelta y se lo acercó a la agente. El periódico se había hecho eco de uno de los robos. Los reporteros de The Guardian eran conocidos por publicar los secretos que Edward Snowden reveló sobre el programa de datos de la NSA y el sistema de vigilancia civil que el gobierno de los Estados Unidos tenía en marcha.

El titular era menos impactante que el famoso caso americano, pero daba algunas pistas de quién podía estar detrás. Las únicas

fuentes del periódico señalaban al DAESH, un hecho que ponía contra las cuerdas a los servicios de inteligencia británicos. La noticia informaba de cómo, gracias al conocimiento de hackers experimentados, los delincuentes accedían a los datos de Google a través de la SIM, para después tener el control de las contraseñas guardadas y de las cuentas asociadas. Un sistema de seguridad blindado, según afirmaba la famosa compañía americana, que ponía en duda la privacidad de los usuarios. Los ciberdelincuentes en cuestión, a través de un programa informático, habían conseguido burlar los propios cortafuegos del proveedor de servicios, dejando al descubierto los perfiles de los usuarios y el libre acceso a estos. Según fuentes policiales, se podría tratar de un delito de ciberdelincuencia sin más precedentes, si no fuera que dos de las víctimas del robo almacenaban una gran suma de divisa virtual.

Dana terminó la noticia y se fijó en el nombre que la firmaba. Cristine Hendricks, memorizó en silencio y dio un sorbo al café.

—¿Cómo te quedas?

—Es evidente que sabían a quién robar —contestó Dana revisando la noticia—, pero tal vez tengan razón y sea cosa de una célula yihadista. Se les subestima demasiado. Son terroristas, están librando una guerra y se preparan como nosotros. No sé qué más necesitamos comprobar para entender que son un verdadero peligro.

—Eso es lo que quieren que pensemos todos —replicó Ponce—. Desde la ciudadanía hasta los propios servicios secretos. En efecto, estoy de acuerdo en que son el enemigo, pero esta partida no es de ajedrez. Aquí jugamos todos, así que no me extrañaría que esto

formara parte de una cortina de humo, de intereses gubernamentales de otros países o del propio Reino Unido.

—Tienes que dejar de ver esos documentales en la televisión.

—Estoy hablando en serio, Laine. Me he dado cuenta esta mañana. Se cuece algo gordo y Navarro lo sabe —continuó con voz grave—. Han enviado a dos agentes de campo a una tarea de supervisión. Sé que para ti no significa nada, pero esta historia me resulta familiar.

—Te refieres a lo sucedido con el agente Rosales, tu compañero.

—Hablo de que el MI5 solicitó la presencia de un agente de campo para destapar una posible célula terrorista que busca financiación —contestó. Sus palabras volvían a encenderse de ira como había sucedido aquella mañana en la cantina de «La Casa», cuando le contó por primera vez cómo había caído su compañero el 19 de diciembre de 2016—. Hablo de que estamos aquí, ante un asunto que nos la trae floja, bajo el mismo contexto, desarmados y con el único apoyo de un inglés del que desconocemos si es de fiar.

—Nadie lo es. Tú lo dices a menudo —contestó parafraseando al compañero—. Debes pasar página. Eso fue hace tres años. No estabas allí, no sabes qué le sucedió a Rosales, más allá del informe que redactaron. Ni siquiera quien lo hizo está vivo. Este trabajo es así y tiene sus consecuencias.

—No quiero confundirte, pero si Wellington nos consigue un arma, más vale asegurarse de que funciona, antes de que tengas que usarla de verdad —dijo apretando el puño izquierdo, esforzándose por contener la furia que abrasaba su estómago—. Yo no soy Rosales, ni hago las cosas como las hacía él. No es cuestión

personal, ni busco una venganza. Para mí, son todos la misma basura, por muchos ideales que tengan, y te juro que me importa un carajo que el puente de Westminster vuele por los aires. Nosotros cumplimos órdenes y regresamos vivos a España.

Dana asintió.

No supo muy bien cómo interpretar las palabras del agente, pero tenía una ligera intuición del complot conspiratorio que le había intentado explicar. Se quedó, sobre todo, con lo último. Cumplir órdenes y regresar vivos a casa. Esa era lo que primaba y la única forma de lograrlo era manteniendo los pies en el suelo y la cabeza fría.

Ponce, en ocasiones, actuaba como una bomba de relojería a punto de estallar. Y ese era uno de los miedos que, de manera inconsciente, hacía sentir incómoda a Laine.

7

Whitechapel era famoso por ser el barrio donde Jack el destripador mataba a sus víctimas. Pasaron por un extenso parque, antiguo lugar donde se encontraba la Capilla Blanca, escena del primer crimen del homicida inglés. Con el tiempo, cambiaron el nombre del parque por el de Altab Ali, en recuerdo a un trabajador bangladesí asesinado a finales de los años setenta por un grupo de jóvenes racistas. Ali no fue la única víctima de la época. Los problemas con la inmigración en la parte este de Londres existían desde hacía mucho tiempo y permanecían vivos entre las calles.

A medida que se alejaban del corazón de la metrópolis y el taxista recorría la A11, también llamada Whitechapel Road, los rótulos en árabe se hacían más visibles. Centros para enviar dinero, bancos, tiendas textiles, carnicerías halal, librerías y tiendas de música islámica; casas de empeño, cafeterías con nombres de ciudades de Oriente Medio y, sobre todo, ciudadanos vestidos con las prendas acordes a sus creencias: desde hombres con túnicas blancas y mujeres con velo, a grupos de señoras tapadas.

Dana miró por el cristal trasero y vio lo lejos que quedaban las torres de edificios del distrito financiero de la City. Por las ventanas laterales, el paisaje era diferente a lo que había visto hasta ahora.

Edificios de ladrillo, de dos o tres alturas, con las fachadas ensombrecidas por la contaminación. Comercios mugrientos en los bajos, calzadas infestadas de tiendas ambulantes, mercadillos y furgones aparcados en doble fila, pintarrajeados con espray. Ni rastro de las grandes firmas.

La avenida era larga y de ambos sentidos. Los rayos de sol de la primera hora de la mañana habían desaparecido, dando paso a un cielo nuboso que lo hacía todo más gris. Dana pensó que Whitechapel no era el lugar más tranquilo para regresar a casa por la noche. Los callejones perpendiculares parecían guardar sórdidos secretos.

—Una aguja en un pajar —comentó Ponce atento a su ventanilla —. Eso es lo que hemos venido a buscar.

Al lado izquierdo de la calle, un enorme edificio de ladrillo marrón y de tres plantas, con un reloj en lo alto, tenía inscritas en dorado las siglas del hospital. Una enorme marquesina protegía la entrada e informaba de la historia del edificio, así como de su origen, el diseño y la renovación que se iba a llevar a cabo. En cuanto el coche se acercó a la construcción, en una parada de autobús y junto a cinco mujeres con velo, vieron Wellington, que se protegía del frío con las solapas del abrigo.

—Ahí está nuestra amigo —dijo señalando al agente del MI5. Después se dirigió al conductor—. *Over there. Drop off, please.*

El taxista hizo lo que se le ordenó. Ponce pagó el viaje y ambos caminaron hacia su cita.

—Bienvenidos a Whitechapel —comentó con ese humor negro que caracterizaba a los ingleses—. ¿Han descansado?

—Mejor no pregunte —contestó Laine.

—¿Tiene lo que le pedí? —disparó Ponce sin mediaciones.

El espía inglés asintió.

—¿Han leído la prensa esta mañana? —preguntó mirando a los agentes. Después sacó una cajetilla de Kent y se encendió un cigarro. Al lado de Ponce, el inglés parecía un muñeco de trapo. Ofreció tabaco a los agentes y ambos lo rechazaron—. Me temo que les mentí ayer.

—¿De qué habla?

—Cuando dije que disponíamos de cuarenta y ocho horas, me equivoqué —contestó tirando una bocanada de humo—. En realidad son veinticuatro. ¿Les apetece una taza de té? Conozco un buen lugar en esta zona. Síganme.

Ponce esperó a que se adelantara unos pasos y se acercó a la compañera.

—Será que soy un poco desconfiado, pero este idiota nos toma el pelo.

—Será eso —respondió ella al ver que Ponce era incapaz de entender el humor del británico.

Los tres agentes cruzaron la acera y echaron a caminar por la calle Brady en dirección a las vías del tren. Los bajos pasaban de ser pequeños restaurantes a convertirse en locutorios y tiendas de telefonía. El silencio reinaba en la calle.

El inglés dirigía la ruta mientras mantenía una conversación banal con Ponce. Dana, detrás de los dos varones, comprendió que las garantías del MI5 tardarían en llegar.

* * *

Los tres agentes entraron en un locutorio regentado por Saleem, un hombre de unos cuarenta y cinco años, vestido con una túnica de rayas blancas y grises. El comerciante poseía una mirada gris, la tez oscura y tenía el rostro cubierto por una frondosa y blanca barba. El interior apestaba a animal muerto, a especias y a grasa.

Durante la caminata que separaba el hospital de su destino, Wellington tuvo tiempo para ponerlos al día.

Saleem era paquistaní, original de Ahmedabad, y había llegado veinte años atrás al este de la ciudad en busca de un porvenir para él, para su mujer y para su hija pequeña. Pronto, con las oleadas migratorias que se asentaron Whitechapel, una zona que había sido el distrito de la droga y de la prostitución, el MI5 no tardó en buscar colaboradores que informaran de lo que sucedía entre las comunidades del barrio. Saleem era uno de los contactos que se había ofrecido voluntariamente, a cambio de un pasaporte británico. Las promesas, como siempre, alimentaban la sed de la desesperación. El tendero nunca obtuvo la documentación, pero sí una compensación económica mensual y el permiso para moverse por el país sin problemas. La situación se complicó con la

insurgencia del DAESH y el fundamentalismo que se contagiaba como la gripe en las mezquitas londinenses.

La radicalización era un secreto a voces.

Todos eran hermanos y ninguno de ellos delataría al otro, ya fuera por miedo o por lealtad.

Los informes al MI5 dejaron de ser detallados. Saleem tenía miedo y parecía encontrarse en un aprieto. Tal vez por su negocio, un viejo locutorio que ofrecía servicios de compra y venta de terminales, transferencias internacionales y tarjetas de teléfono para llamar al extranjero con tarifas económicas. O tal vez por su integridad. Aquella era la parte legal, y detrás quedaban los trapicheos en los que Saleem estaba metido entre bambalinas, un asunto que el MI5 pasaba por alto.

El agente Wellington era uno de los supervisores del distrito. Gracias a Saleem y a otros dos colaboradores, Scotland Yard había desmantelado varios pisos de radicales en los que se instruía a los más jóvenes. También habían logrado frustrar dos atentados con bombonas de gas butano en el centro de la ciudad y en la sinagoga que hacía frontera con Whitechapel. La documentación obtenida fue crucial para evitar futuros desastres.

Según Wellington, la noche anterior, después de la reunión con los españoles en el pub, Saleem contactó con él a través del teléfono de las emergencias, un número prepago que cambiaba cada quince días para evitar las escuchas de llamadas y el seguimiento por GPS. Alterado y en una breve conversación, el hombre relató que había visto al individuo que estaba detrás del robo de las tarjetas. Parecía preocupado por su negocio, así como por sus hermanos

musulmanes, que comenzaban a sospechar de su colaboración con los servicios secretos. Hacía semanas que la presencia policial había aumentado.

Sabía que podía costarle muy caro. El MI5 no era omnipresente.

Tras una acalorada discusión, reclamando los impagos que le debían, sólo quiso transmitir que no había relación con la gente del barrio, sino que se trataba de un hombre blanco, moreno, de pelo corto y barba cerrada. Un completo desconocido. Después se negó a responder las preguntas de Wellington, excusándose en que no volvería a colaborar hasta que no le pagaran. Antes de colgar, pidió que no le contactaran hasta pasar unas semanas.

Pero nadie podía decirle al MI5 lo que debía o no hacer, y menos, en su territorio. Tras la llamada, Wellington no dudó en que sus huéspedes conocieran al soplón antes de que se diera a la fuga. Puede que así aprendieran algo de su escuela y regresaran a España con una lección sobre cómo interrogar a un traidor.

Aquella mañana gris de brisa atlántica, Saleem se mostró intranquilo cuando vio llegar al inglés acompañado de un hombre y una mujer.

Tres europeos.

No era la clientela habitual.

—Buenos días, Saleem —dijo el inglés adelantándose a los españoles—. Mucho trabajo, por lo que veo… ¿Estás solo?

Al tendero le temblaban las manos y las guardó bajo el mostrador.

Asintió con la cabeza. Las palabras no lograban salir de su boca.

Dana se mosqueó y miró a su compañero, que contemplaba firme la interacción del británico.

—Sí, estoy solo. Señor...

—Ahora no, Saleem —interrumpió. El hombre no se movía del mostrador—. Quiero que le cuentes a estas dos personas lo que me contaste anoche.

—Señor... —dijo tartamudeando con los ojos vidriosos y la frente empapada de sudor—. Márchese, por favor...

—Saleem, no empieces. El Gobierno saldará su cuenta contigo respecto a los últimos pagos. ¿Desde cuándo no lo ha hecho? —volvió a interrumpir. Wellington se impacientaba—. Venga, Saleem, quiero que lo escuchen. ¿Cómo era el hombre que vino ayer a la tienda? ¿Era árabe? ¿Lo habías visto antes en la comunidad? ¿Era el mismo que me describiste? ¿El que buscaba gente para un trabajo de dinero fácil?

—No. Señor, de verdad...

—Empiezas a cansarme, Saleem. ¿No querrás que pida una orden para tumbarte la tienda? Puedo arruinarte la vida si no colaboras.

—Se lo ruego, señor, márchese...

La paciencia de Wellington llegó a su límite.

El paquistaní lo estaba dejando en evidencia delante de los españoles. La vergüenza era algo que un inglés no podía soportar.

—Acompáñame al almacén. Será mejor que hablemos a solas.

—Señor, eso no, no haga eso…

—Ya lo creo que sí —dijo y se giró hacia los dos agentes—. ¿Podéis esperar fuera? Aseguraos de que no entra nadie.

—Claro —dijo el español mirando al tendero con cara de pocos amigos—. Haz tu trabajo.

Dana y Ponce salieron al exterior y colgaron el cartel de CERRADO.

En el interior, la voz de Wellington, con ese fuerte acento inglés tan educado, subió los decibelios. Los agentes cruzaron de acera, para evitar sospechas, y se colocaron junto a la puerta de una vivienda.

Desde allí, veían al tendero todavía tras el mostrador y a Wellington a escasos centímetros de su rostro.

—Ese hombre… actúa de un modo extraño —comentó Laine.

—¿Y quién no? Está atrapado en un callejón, viendo la muerte de cerca.

Ponce estaba nervioso y cansado. Palpó los bolsillos del abrigo y se dio cuenta de que no tenía cigarrillos.

—Iré a pedirle al inglés —dijo.

Cuando arrancó a andar, Wellington había pasado del mostrador y se disponía a arrastrar al tendero hacia el almacén.

El tiempo se paró y el español se detuvo.

—¡Laine, al suelo!

Un fuerte estallido reventó los cristales de la tienda.

Los aparatos del escaparate volaron por los aires. La onda expansiva destrozó las ventanas de los vehículos aparcados junto a la entrada. Un denso humo salía del interior del local.

Conmocionada, Dana se puso en pie y vio a su compañero de rodillas sobre el asfalto. La explosión la había dejado sorda de un

oído, pero sabía que era algo temporal. Las piernas le pesaban y le costaba respirar. Ponce se acercó a ella.

—¿Estás bien? —preguntó. Ambos miraron hacia la tienda. No había rastro de Wellington, ni tampoco de Saleem. Ponce se cubrió el rostro con las manos. Las primeras cabezas asomaban por las ventanas de las viviendas—. Vámonos, carajo. Vámonos de aquí.

—¿Y qué pasa con Wellington?

Ponce echó a caminar en dirección a las vías del tren.

—No empieces a fastidiar con tus preguntas —dijo dejándola atrás—. ¿No eras tú quien decía que este trabajo es así y tiene sus consecuencias? Pues ahí las tienes con ración doble. Es un milagro que podamos andar...

Dana siguió sus pasos hasta alcanzarlo.

—Tenemos que llamar a la Embajada para que nos envíen un coche.

—Sí, claro. Diles que manden dos. Camina, Laine, camina más rápido.

Se oían las sirenas de los vehículos de policía, que se acercaban al lugar de la explosión.

Una ambulancia pasó por la calzada como un proyectil. Ponce se dirigió a la estación de Bethnal Green. Según su la información ofrecida por su teléfono, el próximo tren los llevaría hasta Liverpool Street. Para entonces, serían libres, aunque sólo durante el tiempo que tardara la policía en asociar a Wellington con ellos.

El tren llegó, pagaron los billetes y subieron al vagón.

Dos asientos libres junto a la puerta sirvieron para descansar unos minutos. Los pasajeros comentaban lo sucedido. El humo de la

explosión se divisaba a lo lejos. La noticia había corrido como la pólvora por la red.

—Haz esa llamada, agente.

—¿Estás seguro? Aún podemos salir por nuestro propio pie. Tardarán horas en atar cabos.

—No, nada de eso. La hemos cagado y tenemos que largarnos ahora mismo, Dana —dijo el compañero. Cuando se ponía serio, utilizaba su nombre de pila—. Si nos cazan, además de meternos en un buen lío, comprometeremos la imagen del país y las relaciones exteriores. Llama a la maldita Embajada y diles que se inventen lo que sea, pero tenemos que volar a Madrid lo antes posible.

8

Fracaso. Esa era la única palabra que podía definir el resultado de la misión. Nadie debía saber que los agentes Laine y Ponce habían pisado tierras británicas. Ahora, las cámaras de vigilancia que observaban cada rincón de Londres, tenían registradas imágenes de los españoles junto al espía inglés.

La colaboración con la Embajada fue inmediata. Un avión privado esperaba para el despegue en el London City Airport, un aeropuerto de una sola pista, diseñado para viajes de negocios.

El Bentley de color negro cruzó la zona financiera de la ciudad, bordeando el río Támesis, hasta llegar a la pista de despegue. Del interior salieron los agentes, escoltando a una mujer de cabello rubio y recogido, vestida de traje y con unos sesenta años de edad. Era la embajadora, que saludó a uno de los vigilantes del aeropuerto y acto seguido, los tres españoles tomaron las escaleras para subir al avión.

El ruido de los motores impedía hablar con claridad. La situación era tensa, pero inevitable. Se complicaría aún más si los agentes no regresaban a España.

El avión se puso en marcha, el motor arrancó con fuerza y necesitaron apenas un minuto para despegar. Dana se agarró al

apoyabrazos.

—Espero que sepan lo que están haciendo —dijo la embajadora con las manos sobre las rodillas, intranquila y molesta por el viaje innecesario. Ella tendría que dar explicaciones más tarde a sus superiores. Pero, ¿de qué servía representar a una patria, cuando se era incapaz de dar el brazo a torcer, en una situación así?, se cuestionó Dana mientras escuchaba las palabras de la señora. Todos querían trabajar en la posición mejor pagada, acudir a las galas y tener una agenda de contactos influyentes para el futuro de sus carreras, pero nadie quería verse salpicado en un escándalo que afectara a su imagen personal.

—Agradecemos la rapidez con la que ha resuelto la situación —respondió Ponce—. Tenga claro que lo mencionaremos en el informe.

La mujer miró al agente con indiferencia.

El viaje fue largo para los agentes. Quizá más para Dana que para su compañero. Esta vez, no volaban como en la ida. No había cielos rasos, ni recuerdos bonitos. Esta vez, ella sólo tenía un yunque en la boca del estómago que le impedía respirar con normalidad.

Unas horas después, la avioneta sobrevolaba el aeropuerto de Madrid, preparándose para el aterrizaje. Ponce, que no le había dirigido más que unos monosílabos a su compañera, giró el rostro, y le tocó la rodilla para captar su atención. Ella retiró la pierna.

—Sabía que no iba a funcionar —dijo inexpresivo.

—¿El qué?

—Nuestro matrimonio —respondió y dibujó una sonrisa en sus labios, sin llegar a reírse—. Lamento lo de los ronquidos. Es por culpa del tabaco.

El avión inició el descenso. Era un día soleado en la ciudad.

La puerta se abrió y el aire que entró desde fuera era más seco, pero olía a hogar. La embajadora fue la primera en abandonar el interior, limitándose a decir adiós sin escuchar la respuesta.

Un Mercedes negro la esperaba al otro lado de la ventana. Ponce suspiró, se levantó e invitó a Laine a ser la segunda. Un BMW azul marino entró en la pista de aterrizaje y se detuvo tras el vehículo de la embajadora. La puerta delantera del sedán alemán se abrió. Un hombre con traje y gafas de sol bajó y tiró de la puerta trasera. De allí salieron unas piernas delgadas cubiertas por una falda negra que le llegaba a las rodillas. Los agentes habían alcanzado la superficie cuando Escudero se apeó del vehículo y caminó hacia ellos. Tenía la mirada opaca y los brazos cruzados. No eran buenas noticias, no se alegraba de verlos tan pronto.

—Es la primera vez que la noto tan fría, y ya es decir… —comentó Ponce a su compañera—. Mala señal, Laine.

La ventisca hacía que su cabello, como el de la Dana, se moviera libre y sin orden.

Los labios de la supervisora estaban tensos y pegados el uno al otro. Sus ojos no traían cumplidos ni muestras de cariño. Laine no entendía esa postura. Después de todo, ellos eran su equipo.

—Bienvenidos a España —dijo sin ofrecerles la mano. Los protocolos, mejor para otra ocasión.

—Yo también me alegro de verla, Escudero —contestó Ponce pasando por delante de ella para subirse en el asiento del copiloto. A Dana le sentó aquel gesto como una patada en la espinilla. Su compañero ni siquiera le había preguntado si quería compartir espacio con la supervisora.

Laine chasqueó la lengua, clavó sus ojos en la nuca del agente y se metió en la parte trasera. Después tomó varias respiraciones con disimulo y giró el rostro hacia la ventanilla, evitando a su jefa. Ponce parecía de hielo, sentado sin abrir la boca y con los ojos clavados en el cristal frontal. Escudero se limitó a fingir que no estaba allí. Las represalias llegarían en el interior de su oficina, el lugar donde le gustaba descargar las reprimendas. El conductor le abrió la puerta a la supervisora y los cuatro pusieron rumbo a «La Casa».

* * *

Una vez más, allí estaban, en aquel despacho de madera, sin vida, con las fotos de familia, la planta y el cuadro del monarca colgado de la pared.

Una vez más, después de casi treinta horas, regresaban a la oficina de Escudero.

Sin embargo, esta vez no iban a recibir órdenes, sino que serían ellos los que dieran una explicación sobre lo sucedido.

En el interior de ese cuarto, Escudero no tuvo reparos en manifestar su insatisfacción. Dos de sus agentes habían hecho el ridículo en una misión encubierta.

—Scotland Yard ha reconocido a dos españoles acompañando al agente Wellington del MI5 en las últimas veinticuatro horas—dijo antes de que tuvieran derecho a explicarse—. Dos ciudadanos, identificados como agentes secretos, en una operación de la que el Ministerio del Exterior británico no estaba al corriente. Les envío para una auditoría y se produce un ataque bomba en el corazón de Whitechapel en el que han fallecido tres personas. Para agraviar más la situación, una de las víctimas era del MI5. Como cabía de esperar, las cámaras de seguridad han registrado todos sus movimientos, así como la huida tomando un tren en Bethnal Green y abandonando Liverpool Street a la espera de un coche oficial. ¿Quieren que siga?

—Existe una razón para todo lo que ha sucedido, señora.

—No tenemos mucho tiempo, agente. En estos momentos, Navarro está pensando qué le va a decir al ministro cuando le pida explicaciones. Como comprenderán, la salud de las relaciones exteriores, ahora mismo, pende de un hilo.

—Se lo puedo aclarar, si me lo permite.

—Será mejor que empiece desde el principio, Ponce —ordenó, ignorando a Laine y clavando sus pupilas en los ojos del subordinado —. No me obligue a preguntarle.

Ponce estaba quemado moralmente y tampoco se esforzaba por ocultarlo. Para él, aquella misión había sido una trampa, profesional o mortal, pero una encerrona que había tomado como algo personal. Dana entendía la postura de su compañero, aunque difería en sus creencias. ¿Cómo podía estar tan seguro de ello?, pensó. Había sido la última en llegar y, quizá por eso, lo cuestionaba todo. Su falta de experiencia le impedía comprender la profundidad de las rencillas

que había entre los diferentes miembros de los departamentos. Para eso, alguien debía ponerla al día y tenía la impresión que esa persona nunca iba a aparecer. Ponce y Escudero llevaban casi toda su vida trabajando para el centro.

El agente se limitó a relatar el encuentro con Wellington, explicando cómo les habían intentado espiar, instalando un micrófono en la habitación del hotel, y cuestionando por qué habían permitido que eso sucediera.

Escudero entornó los ojos con curiosidad.

—No lo hicimos —respondió interrumpiendo al subordinado—. Tenían dos habitaciones reservadas en el NH London. ¡Un momento! No me diga que...

—¿Por qué nadie nos avisó de ello al llegar?

Escudero explotó.

—¿Acaso es usted nuevo? ¿Qué esperaba, un estúpido cartel con su nombre y una limusina? ¡Maldita sea, agente! ¿Se burla de mí?

En efecto. Ninguno de los dos se molestó en preguntar dónde iban a pasar la noche, dando por sentado que alguien los recibiría al pisar tierra firme.

Escudero estaba alterada antes de llegar a la mejor parte.

Ponce suspiró y continuó.

—No importa. La agente Laine y yo aplicamos el protocolo de seguridad con éxito en cuanto llegamos al hotel.

—Y no han dejado rastro, ¿verdad?

—Nuestras maletas se han quedado allí.

—¿Qué?

—Cálmese, señora —intervino Ponce—. No existe un solo registro legal.

—No me tome por inexperta, Ponce. Su cara está recorriendo la red. Siga.

A nadie le importaba la versión de Dana, pero no era algo que le preocupara. Sabía que su compañero manejaría la situación mejor que ella. No era momento para buscar protagonismo ni colgarse una medalla. No era lugar para interrupciones. Cualquier palabra podía ser malentendida.

Ponce le habló acerca de la reunión que habían tenido en el pub, sin entrar en los detalles de la conversación. Al parecer, Wellington era la persona que había hablado con Navarro y después con Escudero. Continuó con una versión ligera de lo sucedido esa misma mañana en Whitechapel, reservándose los detalles que el británico les había dado acerca del bangladesí, la llamada de aquel hombre blanco y la teoría de que, detrás de los robos, no hubiese un comando yihadista.

Dana percibió que Ponce ocultaba sus intenciones a la supervisora. Estaba arriesgando demasiado, llevando lo personal a una situación crítica.

De nuevo, volvía a mezclar el pasado con el presente, desconociendo si existía alguna relación, aunque estuviera ciegamente convencido de que así era. Por su parte, Laine detestaba que hiciera eso, porque le obligaba a tomar parte de un lado: el profesional o el moral, en un mundo en el que la ética no existía y la persona se debía limitar a aceptar las órdenes sin ponerlas en duda.

—¿Es cierto eso que dice, agente Laine? —preguntó Escudero, todavía con los brazos cruzados, pegados entre sí como si fueran de cemento.

—Así es —respondió asintiendo con la cabeza—. No nos quedó otra opción que recurrir a la Embajada.

Escudero entornó los ojos de nuevo. No parecía convencida.

—Hay algo que no me termina de cuadrar en su relato —dijo rascándose el mentón con las uñas—, y presiento que no me están contando toda la verdad. Saben que podrían destrozar su carrera, ¿cierto? Les pido que colaboren para encontrar una solución, aunque ésta no les libre de lo que les va a caer...

—Una bomba, Escudero. Nos ha explotado un maldito suicida —señaló Ponce acusándola con el índice de la mano derecha—. El avión podría habernos repatriado en una caja de madera.

Escudero miró impasible la reacción del agente, que se mostraba alterado y dolido por la falta de empatía de su jefa. Entonces aguardó unos segundos y se dirigió a Laine.

—¿Nos disculpa? —preguntó con voz suave y educada. Un tono poco habitual que indicaba peligro. Ponce había cruzado el límite de su paciencia—. Quisiera tener una conversación con el agente Ponce en privado.

—Sí, claro.

—De momento, regrese a su escritorio y redacte el informe de la misión… Y esmérese. Estoy convencida de que Navarro estará impaciente por leerlo.

Dana miró de refilón a su compañero, dio media vuelta y abandonó el despacho. Una vez fuera, la ansiedad acumulada en su

cuerpo se disipó. Observó el resto del departamento, que trabajaba en silencio y con normalidad, como si nada de lo que habían hablado en ese despacho, hubiera sucedido.

Empezaba a sentirse confundida, así que optó por buscar respuestas. Se estaba posicionando al lado de su compañero, guiándose por la emoción y no por la lógica. Ponce estaba convencido de que los habían utilizado para otros fines pero, ¿por qué a ellos? Si nadie le iba a contar qué razón tenía para pensar así, lo averiguaría por su cuenta.

Se sentó frente al escritorio, encendió el ordenador y buscó la hemeroteca de informes y registros digitales. Levantó la vista para asegurarse de que nadie la observaba. A lo lejos, dentro de aquella pecera insonorizada, Ponce y Escudero movían los brazos, gesticulando con pasión, en lo que parecía una discusión acalorada. Regresó a la pantalla, estiró las falanges y tecleó un apellido: Rosales. No tenía demasiadas expectativas en ese caso, pero siguió su intuición. Era un comienzo. Una lista de documentos apareció segundos después. El último tenía fecha posterior al atentado de Berlín.

Entonces comenzó a leer.

9

Uno de sus talentos era la lectura rápida. En la escuela, siempre salía la primera cuando realizaban competiciones de memoria visual. Era capaz de asimilar el contenido de una página en cuestión de segundos. Sus ojos se movían en diagonal por la pantalla, sin perder un dato de lo que abarcaban los informes. En efecto, así como le había contado Ponce, el agente Gerardo Rosales había caído en combate el 19 de diciembre de 2016, siete horas antes del ataque terrorista en autobús de la Breitscheidplatz que dejó once víctimas.

Un tiroteo en un piso franco, tres radicales yihadistas y dos agentes secretos. Rosales muere, el alemán del DNB termina herido y sólo dos de los tres terroristas logran escapar. La única versión de los hechos existente es la que el agente del DNB dio al salir del hospital.

Un mal día, pensó Dana al leer la historia. Pero en la búsqueda relacionada con Rosales existían más documentos. Algunos de ellos eran muy antiguos, de décadas anteriores. Al parecer, había sido un veterano allí dentro, formando parte de las extintas filas del CESID, reconvertidas más tarde en lo que ahora era el CNI. Había sobrevivido a la criba de los noventa, como Navarro o Escudero. Era un secreto a voces. Una anécdota del pasado. Con la elección del

presidente Aznar, llegó el cambio en las entrañas del Estado. Rosales había operado en Varsovia, antes de la caída del comunismo. También en Croacia y en Odesa, cayendo como prisionero de las milicias que pedían la anexión a Rusia. Antes de Berlín, su última misión extranjera había sido en Grecia, durante la crisis financiera y el auge de los partidos políticos radicales.

Los informes revelaban su capacidad de aguante en los interrogatorios y las torturas. Era uno de los pocos agentes que había logrado huir por su propio pie, sin tener que usar la presión gubernamental. Rosales era camaleónico, experimentado e invisible cuando se movía.

Dana comprendió que Ponce estuviera resentido por la pérdida de su compañero. Rosales había caído en el olvido en cuestión de años y ahora la agente ocupaba su lugar. Una ligera culpa cayó sobre ella.

¿Debía estar a la altura?, se cuestionó.

No, no tenía por qué hacerlo.

Había aprendido que las personas no son reemplazos de otras, que cada una es única y diferente al resto y que ella destacaría por lo que era, no por lo que esperaban de ella que fuera.

Quince minutos después, se sentía empachada de información. Convencida de que Ponce se había dejado guiar por los fantasmas del pasado y ese rencor visible por el caso de Rosales, movió la flecha del ratón hacia la pestaña superior para cerrar la ventana, cuando encontró un archivo que había pasado por alto.

Se llamaba Operación Doble y tenía fecha de tres días antes al atentado.

Al principio, pensó que había sido un error del buscador, pues no tenía relación con Rosales. Después pensó que no era así, y que el documento contenía los términos de búsqueda en su interior.

Fijó su atención en el nombre, desplazó el puntero e hizo doble clic. El documento requirió una clave. Pensativa, movió las manos en busca de inspiración, pero no supo qué teclear.

De repente se oyó un estruendo.

La puerta de la oficina de Escudero se cerró y Ponce salió acalorado, con paso firme y directo al pasillo que unía los departamentos del edificio.

La agente cerró rápidamente todas las ventanas, nerviosa por que la descubrieran metiendo las narices donde no debía. Escudero apareció por el umbral de su oficina.

—Laine —dijo, acercándose unos metros a ella. La agente se giró y la miró con atención. La jefa estaba pálida, tenía la mandíbula tensa. La conversación con Ponce había sido desagradable—. Será mejor que se tomen el resto del día libre.

—Pero...

—Los dos —insistió—. Les vendrá bien un respiro antes de hablar con Navarro.

—¿Está segura?

—Les hago un favor, Laine —contestó seria—. No juegue a ser la buena chica.

Haciendo alarde de sus silencios, Laine apagó el ordenador, agarró su chaqueta de cuero y abandonó el departamento. Cuando salió al pasillo, desde la ventana vio al compañero fumándose un

cigarrillo en el aparcamiento. Parecía hastiado, nervioso y muy cansado.

Llamó al ascensor, pero lo estaban utilizando en las plantas superiores. Tomó las escaleras a toda prisa, moviendo los pies como si estuviera en un ring desconcentrando a su adversario. Necesitaba respuestas a sus preguntas. Quería que Ponce le contara lo que había hablado con Escudero. Quería dejar de ser un estorbo, un maniquí sin derecho a decidir. Quería explicarle que tal vez nunca fuera como Rosales, pero que estaba a la altura de cualquier situación, si era capaz de verla como una compañera y no como un parche al vacío que había dejado el difunto espía. Quería saber qué demonios significaba la Operación Doble.

Llegó a la planta baja, corrió hacia el aparcamiento, con la esperanza de encontrar a su compañero. Le costaba respirar, pero eso no la iba a detener.

Por desgracia, cuando salió al exterior, no había rastro de Ponce ni de su coche. Tan sólo encontró una colilla aplastada en el suelo.

* * *

Un taxi la llevó de vuelta a su piso de la calle de Ponzano, situada en el corazón del barrio de Chamberí. El estudio seguía desangelado, ajeno a los cambios de vida, sin fotografías familiares ni decoración superflua. Dana no tenía plantas, ni tampoco animales. Más bien, era fácil de encontrar alguna que otra botella de cerveza vacía en la

cocina, pero eso era todo. Por no haber, no existía ni el desorden, ya que sus posesiones eran escasas.

Llevaba acumulando demasiados días intensos, así que agradeció estar de vuelta en su propia vivienda durante unas horas. Era consciente de que aún tenía que afrontar lo peor: la reunión con Navarro.

De vuelta a casa, no pudo dejar de pensar en la historia del agente Rosales, ni tampoco en el nombre de ese fichero clasificado.

Sintió las manos hinchadas y el estómago revuelto, fruto de los nervios, el desorden de comidas, los cambios de presión atmosférica y el estrés que había acumulado en las últimas horas. Pensó en ir al gimnasio, golpear el saco y sudar la camiseta, pero se encontraba débil y prefirió tumbarse en el sofá. Con las piernas en alto y la mirada puesta en un rayo de sol que entraba desde la calle, atravesaba la ventana del salón y golpeaba en la madera de la madera del suelo, volvió a pensar en el nombre de esa reportera inglesa que había filtrado el robo de las tarjetas SIM y la muerte de Wellington.

—Cristine Hendricks —murmuró en voz alta.

Alargó el brazo con el fin de alcanzar el teléfono, pero lo había dejado en el mueble de la entrada. Esperó unos segundos y se puso en pie.

Caminó hasta la cocina, abrió la nevera y sacó un tarro de mermelada de frambuesas. Después se untó una rebanada de pan y buscó el portátil. Lo encendió y lo conectó a la VPN como medida de seguridad por si acaso sus movimientos fueran vigilados. Empezaba

a razonar como Ponce, pensando que ellos eran los primeros a los que el CNI vigilaba.

Después se imaginó a su compañero, pero se dijo que él, probablemente no tendría ni ordenador personal.

—Es tan arcaico… —murmuró en voz alta mientras se conectaba a la red. Buscó el nombre de la periodista inglesa en la red, dejándose llevar por el instinto. Tenía la certeza de que era otro posible comienzo.

Cristine Hendricks era una reportera especializada en asuntos de Estado. Los enlaces a las noticias no tardaron en aparecer en la pantalla. Echó la vista atrás y relacionó su nombre con los hechos de Berlín.

Hendricks había escrito sobre aquello.

Había estado allí también.

Los artículos rozaban el sensacionalismo. Algunos medios la acusaban de mentirosa. Su marca personal había sido desprestigiada por poner en evidencia la eficacia de las agencias de seguridad europeas.

En especial, la alemana.

Las redes sociales se llenaban de comentarios anónimos negativos, que la tachaban de traidora por haber destapado el modo de operar del DNB, el MI5 o la CIA. Una campaña de difamación que, pese a todo, no había conseguido dejarla sin empleo. Dana era consciente del peligro que acarreaba su trabajo. Borrarla del mapa no era tan complicado y estaba convencida de que habría recibido amenazas desde diferentes frentes. Tras el caso de Edward Snowden, su imagen se había hecho pública y eso también la

convertía en la voz de quienes no querían mostrar su rostro por miedo a las represalias. Cristine Hendricks era el altavoz de las gargantas profundas, que era el nombre que recibían en el periodismo los traidores que aireaban los secretos gubernamentales más comprometidos.

Se había convertido en un problema, pero hacerla desaparecer suponía un escándalo y un riesgo muy alto.

Buscó su contacto en la red.

Hendricks era consciente de su situación, por lo que no tenía una presencia demasiado activa en las redes. Utilizaba claves de encriptación PGP para que contactaran con ella. Era un modo fácil y seguro. El emisor enviaba un mensaje privado a la clave que ella hacía pública. Ese mensaje sólo podía ser desencriptado por el receptor, quien poseía la llave maestra. De esta manera, no existía interceptor que pudiera decodificar el contenido del mensaje.

Para Dana, aquel era un mundo nuevo por descubrir y del que apenas tenía formación, pero si quería contactar con ella, debía aprender las normas del juego.

Empleó algunas horas en leer artículos sobre cómo utilizar la encriptación PGP hasta que logró crear su propia llave. Cuando levantó la mirada de la pantalla, descubrió que había anochecido en la calle. Las horas pasaban sin darse cuenta cuando se concentraba en una tarea importante.

Veamos qué sabes, dijo para sus adentros, abriendo el gestor de correo electrónico. Tenía una bala, un intento para llamar la atención de aquella mujer sin que sospechara de ella. Le explicó quién era, sin dar detalles, y le ofreció información acerca de Whitechapel, a

cambio de sus conocimientos sobre el atentado de Berlín y la Operación Doble. Se estaba tirando un farol.

Se identificó como una de las testigos de la explosión, pero no le contó que había sido la española que las cámaras de seguridad habían cazado. Después pulsó el botón de enviar y aguardó en silencio unos segundos.

Se arrepintió de haberlo hecho.

¿Y si Navarro la estaba vigilando?, reflexionó.

No era el mejor momento para jugar a ser una soplona. Una sensación de intrusismo y traición se apoderó de ella.

Estás haciendo lo correcto, se dijo.

Ahora no tenía vuelta atrás.

Se levantó del escritorio, buscó el teléfono y llamó a su compañero mientras esperaba una respuesta, pero Ponce había apagado el teléfono.

Los minutos pasaban lentos. El interior de aquel estudio se volvía frío y oscuro. Estaba tan abstraída en sus pensamientos, que era incapaz de leer una novela para distraerse o ver una película que le hiciera olvidar, por unas horas, quién era Dana Laine.

Encendió la televisión, la apagó a los treinta minutos y regresó a la nevera, hambrienta por la ansiedad. El frigorífico seguía vacío, como en tantas otras ocasiones, a la espera de un poco de inspiración por su parte.

Comprobó la hora y se dio cuenta de que los supermercados ya estaban cerrados. Por suerte, en Madrid los horarios eran relativos y siempre había un local abierto. Agarró la chaqueta y se dispuso a

abandonar el apartamento para comprar algo de comida en la tienda de ultramarinos que había en la esquina, pero un ruido la detuvo.

El altavoz del ordenador emitió un sonido que la hizo retroceder. Un chispazo le atravesó la columna. Giró el rostro y miró hacia la pantalla. Tenía una notificación. Vaciló en dejarla para más tarde, pero la tentación fue superior al sonido de sus tripas.

Allí estaba Hendricks.

Un correo electrónico había llegado a su bandeja de entrada.

10

Un mensaje breve, una línea que fue suficiente para que el trasero de la agente se apretara contra la silla.

"La bomba fue detonada a distancia por un teléfono móvil".

Eso fue todo.

Hendricks ni se molestó en despedirse.

A Laine le sudaban las manos, sentía la fría humedad entre los dedos. No supo qué responder y se quedó paralizada con la mente en blanco. Si era cierto lo que confirmaba la periodista, la teoría a la que todos apuntaban, se derrumbaba. En ese caso, aquel tendero, Saleem, estaba diciendo la verdad y los robos de los teléfonos tenían otro fin.

Volvió a llamar a Ponce, pero no obtuvo respuesta. Detestaba esa actitud de lobo solitario, la misma que ella empleaba cuando no quería saber nada del resto, la misma que su madre le había enseñado a base de lecciones de moral y ausencias demasiado largas. Pero esta ocasión era diferente. Necesitaba compartir el secreto con alguien en quien pudiera confiar y se sintió muy sola al no poder hacerlo.

En cuestión de segundos, cambió de opinión, pidió comida china a domicilio y se sentó delante del teclado. Estaba imantada a la

pantalla. Un puñado de posibilidades se cruzaban en su cabeza como si estuviera acercándose a algo, a pesar de la incertidumbre que llenaba aquel cuarto de la calle de Ponzano.

Empezó de nuevo. ¿A dónde se remontaba esa historia?, se cuestionó. Un horizonte se abrió en su reflexión. Suspiró aguantando la calma, que no era sencillo entre tanto desconcierto.

Comenzó con la explosión de Londres como punto de partida.

Habían pasado veinticuatro horas desde su huida, tiempo suficiente para que los tabloides comenzaran a llenar la red y los diarios con titulares llamativos. Empero, hasta el momento, las noticias que habían publicado los medios europeos informaban de lo mismo, como si se hubieran puesto de acuerdo para contar una sola noticia.

Un ataque terrorista, dos víctimas mortales y un espía del MI5.

Las iniciales de Wellington no aparecían por ninguna parte, ni tampoco las razones por las que se encontraba ahí. Nombres de las víctimas, alarma social, Brexit y nuevos brotes de racismo. La comunidad londinense se manifestaba en contra de la violencia, clamando la unidad de todos sus ciudadanos y el respeto por las diferentes creencias. En las manifestaciones cantaban Don’t look back in anger una vez más, como himno contra la masa más crítica y nacionalista. Scotland Yard callaba y el MI5 se mantenía a la sombra. La muerte del agente Wellington pasaba inadvertida para la sociedad, sin homenajes ni condecoraciones.

Toda una carrera barrida por una explosión.

La agente sospechó que existían intereses para ocultar la verdad.

Dado que los diarios no le sirvieron de mucha ayuda, fue al buscador y tecleó el nombre del inglés. No encontró registros sobre Wellington como agente. Pensó que, al igual que ellos, estaría utilizando un sobrenombre. Era la mejor manera de complicar las búsquedas. Las cámaras no siempre podían acceder a todos los rincones, aunque Europa se estaba convirtiendo en un continente vigilado por sus gobiernos.

Sin rastro del agente, optó por buscar imágenes del Primer Ministro británico, en diferentes actos públicos. Un movimiento inteligente, pero insuficiente. Wellington aparecía en una de las fotos, a lo lejos, junto al resto de miembros de seguridad y escoltas que acompañaban al representante político.

Curioso, pensó. Los tipos como él no se dedicaban a husmear los barrios de los inmigrantes.

Las horas pasaron, los restos de los fideos se amontonaron en la caja de cartón blanco. Una lata de refresco de naranja se apoyaba sobre el escritorio. Los números del despertador digital de la mesilla cambiaban. Estaba perdiendo horas de sueño, de descanso, a sabiendas de que aún tenían que enfrentarse a Navarro al día siguiente, pero no le importaba. Se encontraba absorbida en la búsqueda de una prueba que confirmara lo que pensaba.

Después de rastrear sin éxito el ciberespacio en busca de Wellington, releyendo los artículos que Hendricks había publicado sobre las miserias del MI5 y la CIA, y cerciorándose de que no existía ninguna conexión entre ellos, le tocó el turno a Gerardo Rosales.

Estaba agotada, le dolía la sien, pero sentía que merecía la pena.

La muerte de Rosales había servido para crear un mártir a raíz de la nada. Una vida al servicio de la seguridad, no sólo en España, sino también en Europa. La pérdida se utilizó como justificación para el refuerzo que llegó más tarde: nuevas plazas vacantes en el CNI, una subida salarial a los empleados y la ampliación del número de agentes en cada una de las ciudades más importantes de España. En realidad, habían encontrado, por azar o a conciencia, una justa razón para estar, aún más presentes, en otro de los puntos más conflictivos de la península: Cataluña.

En España, los diarios se habían limitado a informar de los hechos de 2016, publicando extensos reportajes sobre el periplo del terrorista, aunque sin profundizar en la pérdida del agente. No existía rastro del agente alemán hospitalizado. Tampoco del segundo terrorista desaparecido.

Todo apuntaba a un acto individual realizado por el mismo que había arrollado a las víctimas desde el furgón, para luego huir al país transalpino.

Bloqueada, antes de abandonar la tarea y meterse en la cama, abrió el último enlace que encontró en la décima página del buscador.

A esas alturas, no esperaba dar con nada relevante, pero la inercia la llevó a pulsar el botón.

El medio era un portal de noticias falsas, conspiraciones de Estado y otros asuntos relacionados con ufología. La red estaba llena de páginas de esa índole. Nadie, con un poco de criterio, podía tomar aquello como información veraz y contrastada.

El titular arrancaba con la muerte del agente Rosales, a la que los medios generalistas no habían prestado atención por supuestas presiones desde el Ministerio del Interior. En el artículo aparecía una foto del agente, mucho más joven, junto al expresidente Rodríguez Zapatero y otras personalidades conocidas en un evento público. Había llovido desde entonces. La imagen podía estar modificada, pero a Dana le dio la impresión de que era auténtica. Rosales tenía contactos, se relacionaba tan bien como Wellington, y eso sorprendió a la agente. Aquellas fotografías servían de carnaza para la conspiración fácil que alimentaba al lector.

Rosales guardaba un secreto y lo habían matado para que callara.

La agente desechó esa posibilidad. Por lo general, las agencias no funcionaban así, ni tampoco tenían una política de silencio como las que practicaban la Gestapo o la Stasi durante la Segunda Guerra Mundial. El mundo se había vuelto demasiado curioso como para eliminar la existencia de otra persona sin dejar huella. Por otro lado, el artículo negaba que el cadáver hubiese sido repatriado a España. Atacaba al actual Presidente por ocultar información y por rebajarse a las exigencias que el DNB y la CIA. Para dotar el artículo con algo de credulidad, más abajo se mostraba una fotografía de baja calidad, realizada con un teléfono móvil y en la distancia. En ella aparecía una mujer con gafas de sol y vestida de negro, la cual debía ser la esposa de Rosales, junto a un niño pequeño. Para la sorpresa de Dana, su compañero Ponce no estaba en la imagen.

Con los ojos enrojecidos por la deshidratación y la falta de reposo, suspiró y comprobó que esa noche no descansaría más de

cuatro horas, si es que lograba conciliar el sueño.

Después se metió en la cama y cerró los ojos, pensando en todo lo que había leído esa tarde. Respiró profundamente sin éxito, se levantó y calentó agua para preparar una infusión. No lograba aquietar la mente.

Por desgracia, esa última noticia le robaría el poco tiempo que le quedaba.

* * *

Dos cápsulas de café, una ducha fría y veinte minutos de ejercicios cardiorespiratorios fueron insuficientes para que pensara con claridad.

Le pesaba la cabeza, la jaqueca le propinaba fuertes dolores en el cráneo. Agarró una tableta de Ibuprofeno, se metió una pastilla en la boca y le dio un trago a los restos del refresco de naranja, ahora ya desbravado, que había dejado sobre el escritorio, la noche anterior.

Con la mente más clara, apartó todas las posibles teorías absurdas y se quedó con un detalle, el único que parecía dar sentido a la desaparición del agente español.

Una hora más tarde, cruzó la puerta principal de las instalaciones de «La Casa» y divisó una silueta en la cantina que le resultó familiar. Allí estaba Ponce, el ausente, el desaparecido. Sentado a la mesa, de espaldas a ella, se movía despacio, como si estuviera disfrutando de la soledad del primer café de la mañana. Casi nadie

desayunaba allí, ya que la mayoría lo hacía antes de llegar a su puesto de trabajo. Sin embargo, Ponce era diferente. Madrugaba más que el resto, como si formara parte de una brigada especial, y solía aparecer antes que ninguno, excepto cuando se encontraba operando en alguna misión. En ocasiones, los rumores decían que había llegado a pasar la noche descansando encima del escritorio.

Dana se acercó por detrás. El agente percibió la presencia. Cuando Laine fue a tocarlo en el hombro, éste se giró, apartando la espalda de la mano de ella. La agente frenó el movimiento y retrocedió.

—Ey, ¿qué hay? —dijo ella sin demasiada emoción. Su tono de voz manifestaba el cansancio acumulado—. Te llamé ayer varias veces por un asunto importante. No puedes hacer eso todo el tiempo.

—¿Tan importante que no podía esperar hasta hoy? —preguntó despreocupado—. Tienes un aspecto horrible, Laine. ¿Has vuelto a beber sola?

—Vete a la mierda —contestó irritada y decidió no sentarse. Esa mañana no iba a tolerar su arrogancia—. No estoy de humor.

—Tú nunca lo estás y tampoco hoy nadie lo va a estar por aquí. Las cartas que tenemos, son malas. Las noticias corren como la pólvora y nuestra cara está a punto de salir en los telediarios. Genial, ¿verdad? Fue bonito mientras duró.

—No te pongas melodramático ahora. Sé que te importa un bledo lo que digan. ¿Qué pasó ayer en el despacho de Escudero?

Él hizo una pausa.

—No es asunto tuyo —contestó tajante—. Mantente al margen del tema, por tu bien y por el de los demás. Esto no es para ti.

—Hermano mayor, sí que lo es. Estamos salpicados a partes iguales y no pienso quedarme callada.

—No, Laine. No lo es y déjalo estar.

—Es por Rosales, ¿verdad? Sigues pensando que nos tendieron una trampa, como a él.

El agente levantó la mirada. Estaba furioso. Dana había metido el dedo en la llaga a primera hora de la mañana. Ponce tampoco tenía buen aspecto. Probablemente, habría pasado la noche en vilo, luchando contra sus demonios internos. Desde hacía años, aunque intentara disimularlo, Ponce vivía en un infierno personal.

—Lo que yo crea o no, es asunto mío —respondió con la frente arrugada—. Reconozco que cometí el error de hablarte más de la cuenta acerca de él, así que voy a decirte una cosa y no pienso repetirla en lo que nos queda de servicio —señaló levantando el índice de la mano derecha—. No quiero que vuelvas a sacar el tema. No vamos a volver a hablar de ello jamás. ¿Vale?

—Lo siento —dijo ella, todavía de pie—, pero la llevas clara.

—Sólo te pido eso, agente —insistió con voz firme—. Te lo estoy diciendo por las buenas.

Dana no le tenía miedo, por muchas amenazas que infundiera. Sabía que Ponce estaba de mal humor y que utilizaba su temperamento para espantar a las moscas que volaban a su alrededor. Pero ella no era un insecto, ni Ponce quería que se alejase. Su aguda intención le dio a entender que sólo necesitaba un respiro, que tenía miedo a abrirse y desvelar dolorosos episodios del

pasado. Nadie quiere sufrir, pero las personas heridas, en ocasiones, necesitan seguir aferradas a ese trágico recuerdo para dar sentido a sus vidas, creyendo que aquello les había convertido en quienes realmente eran.

—¿Por qué no fuiste a su entierro?

Ponce dio una palmada sobre la mesa. La cucharilla del café chocó contra la taza. La cantina estaba vacía y nadie se percató del golpe.

—¿Estás sorda?

—¿Viste el cadáver?

Los brazos del agente se abrieron.

—¿De dónde has sacado eso? ¿Ha sido Escudero?

—Si nadie me cuenta la verdad, la busco por mis propios medios —aclaró demostrando que no necesitaba la ayuda de terceros para hacer su trabajo—. Responde, ¿lo viste?

Negó con la cabeza, chasqueando la lengua y agachando la mirada.

—Fui a la misa, pero no al entierro. Era una despedida para su familia.

—¿Su mujer lo vio?

—¿Y yo qué cojones sé, Laine? ¿Qué estás buscando? —preguntó, después dio el último sorbo al café y se puso el abrigo. Acto seguido comprobó la hora—. Maldita sea, has conseguido que me sentara como una mierda el desayuno... Andando, no quiero llegar tarde.

El agente inició su paso legionario hacia la salida de la cantina. Laine se adelantó y lo agarró del antebrazo para detenerlo.

—¡Ponce! —dijo.

Él no se giró.

—¿Qué?

—Sobre lo que pasó ayer en Whitechapel —contestó ella. Él levantó una ceja expectante. La mano de la mujer todavía le sujetaba el brazo—. Fue un teléfono lo que activó el explosivo.

Ponce soltó todo el aire de los pulmones. Ella no supo cómo interpretar dicha reacción. Luego se soltó de la mano con un gesto suave y Laine lo dejó marchar.

—Supongo que tenemos una conversación pendiente —dijo con voz grave, todavía dándole la espalda—. Si estás conmigo, más te vale callarte y guardarte lo que sepas. No le digas ni una palabra a Navarro de esto.

11

El despacho de Navarro era el doble de espacioso que el Escudero. Se hallaba dos plantas por encima del departamento de los agentes de campo y la única barrera que había antes de entrar en él, era la de dos escritorios en los que trabajaban Miranda y Ruiz, dos veteranos que se habían convertido en los tentáculos del mandamás. Eran el filtro de todos los informes, noticias y peticiones que aterrizaban en aquella planta.

El agente Ruiz se levantó cuando vio la llegada de los Laine y Ponce acompañando a Escudero. Los tres se acercaban en silencio. La discordia era palpable en el trío. Escudero no podía evitar los nervios, cada vez que se encontraba cerca de Navarro. La historia entre ellos dos se remontaba a los inicios del CNI, a la renovación de los altos cargos y a una guerra de poderes en la que Escudero salió mal parada. El ser humano, tal vez perdone pero, nunca olvida.

—Adelante, pasen por aquí —dijo la mano derecha del superintendente, indicándoles el camino hacia la puerta del despacho. La otra compañera se limitó a saludar en voz baja, como si con ella no fuera el asunto, y mantuvo la mirada puesta en la pantalla del ordenador—. El señor Navarro les espera.

Dada la urgencia del encuentro, Ponce se limitó a guardar silencio. No le gustaba aquella planta, ni tampoco la gente que trabajaba allí. Para él, no eran más que una panda de sanguijuelas y burócratas de oficina. Funcionarios que habían pasado toda su carrera entre las paredes de aquel edificio, saliendo en escasas ocasiones para un acto fiable y seguro, en donde lo único que peligraba eran los canapés del catering. Una especie que se multiplicaba como esporas, dejando en la sombra a quienes se jugaban el pellejo en la calle. Una minoría que cada vez era más pequeña.

Ruiz tocó la puerta con los nudillos y abrió.

—Adelante, pasen —dijo la voz cascada de Navarro. El asistente desapareció en cuanto los tres cruzaron el umbral de la puerta. Colocados como en un fusilamiento, Escudero se situó entre los dos subordinados, unos centímetros por delante, formando un triángulo de poder. El despacho era austero, con una gran pantalla en la pared lateral, un escritorio con ordenador personal, una planta en el suelo, una bandera de España tras la silla de oficina y una pecera redonda en la que nadaba un pez de color naranja.

Navarro se puso en pie cuando la puerta se cerró. No escondió el enfado. Serio, tal como solía estar, hacía pausas al moverse para generar desconcierto. Era un perro viejo, se veía a la legua, pero era el responsable de lo que sucedía allí dentro.

—Será mejor que vayamos a los hechos y nos dejemos de formalidades, ¿les parece? —preguntó sin ánimo de esperar una respuesta, pues no la necesitaba. Se acercó a una tableta digital que había en el escritorio y proyectó varias imágenes en la gran pantalla.

Cuatro capturas borrosas en blanco y negro, suficientes para identificar los rostros de Laine, Ponce y Wellington. Habían sido extraídas de las cámaras de seguridad de la ciudad de Londres. Si Navarro las tenía en su poder, ya habrían circulado por las oficinas de los diferentes servicios secretos europeos.

El jefe sacó un puntero láser del bolsillo y apuntó a la tercera foto. Había sido tomada momentos después de la explosión, cerca del puente que conectaba con la estación de tren que les permitió huir.

—¿Qué pueden decir de esto? —preguntó como si fuera un profesor de universidad poniendo a prueba a sus alumnos. Los dos agentes no soltaron palabra. Navarro apagó la luz roja y se giró hacia ellos antes de darles tiempo a contestar—. Era una misión encubierta. No iban a dejar huella y ahora sus caras están relacionadas con el CNI. ¿Qué se supone que debo hacer como responsable, agentes?

Escudero desvió los ojos al suelo. Ponce observó al superior y Dana mantenía la mirada fija en el pez.

Entonces, alguien decidió romper el silencio.

—Hicieron lo que debían —respondió Escudero, dejando el odio a un lado y sacando fuerzas de la nada—. ¿Cree que hubiese sido mejor esperar?

Navarro dibujó una mueca en sus labios.

—¡Señor, Escudero! ¡Señor!

—Sí, señor, perdón —contestó y las mejillas se le enrojecieron. El bochorno de la situación le provocó sudores fríos en todo el cuerpo. Navarro la puso en ridículo delante de sus hombres.

—Tuvimos que adaptarnos al plan, señor —dijo Ponce, desviando la atención de la conversación para que Navarro no se ensañara con su jefa—. Desde que pisamos Londres, todo fueron cambios de agenda. Íbamos a asesorar al MI5 en tareas burocráticas y terminamos siendo víctimas de un ataque terrorista.

—¡Me importa un carajo lo que fueran a hacer! —respondió alzando la voz contra el agente. Tenía el cuello colorado como un pavo—. ¡Han fracasado! Si no debían estar ahí, ¿por qué estuvieron? Y si entonces estuvieron, ¿por qué no estudiaron antes que podían ser identificados por una cámara? ¿En qué cojones pensaban, agentes?

Un silencio sepulcral recorrió la habitación como una onda expansiva. La voz de Navarro era grave, seca y contundente.

—Tal vez sepa que las misiones de campo no permiten demasiada planificación —dijo Ponce, arrojando una flecha—. Ya no le digo cuando se trata de un atentado.

El comentario fue directo a la moral de Navarro, quien llevaba demasiados años fuera de la realidad exterior. Tanto él como Escudero habían formado parte de la vieja cantera, saliendo a la calle, haciéndose pasar por simpatizantes de ETA o los GAL. Pero, por seguridad, no existía registro alguno de las misiones de campo que Navarro había completado después. Poco a poco, con los cambios, se aferró a un sillón en el que se sentía cómodo. Desde allí, vio caer a los más grandes, así como disfrutó de una escalada de poder asociada a su larga carrera. Para Ponce, Navarro era el ejemplo de la epidemia que destruía las instituciones desde dentro. Un jefe con una diluida trayectoria de la que apenas se recuerdan

momentos memorables, pero con ansias de quedarse hasta el final y dispuesto a cortarle la cabeza a quien intente destronarlo.

—Déjese las lágrimas en casa, Ponce, y escuche lo que tengo para usted —contestó el superior, impasible ante la réplica del agente—. Londres era un salvoconducto para misiones posteriores. Ustedes iban, contentaban a los británicos con lo que fuera y regresaban a casa como dos héroes. Con eso, al CNI le habría bastado para retomar las relaciones con ellos y proceder a un envío de agentes, esta vez con un acuerdo de por medio. Pero no, no ha podido ser así. No sé cómo lo hacen, pero tuvieron que abortar en menos de veinticuatro horas, de nuevo. Pues bien, gracias a ustedes dos, ahora el ministro está en un apuro del que veremos cómo sale. Y termine bien o no, les aseguro que nos afectará a todos, de alguna manera. Por suerte, el Rey ya ha contactado con la Casa Real Británica para limar asperezas. Eso nos dará algo de tiempo.

—Le repito que no fue nuestra intención provocar ningún escándalo.

—¿Por qué fueron a ver a ese tendero? No les enviamos allí para eso.

Ponce se mordió la lengua y Laine lo notó.

—Wellington dijo que era importante, señor —agregó Dana. Su compañero la miró por el rabillo del ojo. No quería que se excediera hablando—. Era uno de los soplones del MI5 y conocía la identidad de la persona que estaba detrás del robo de las SIM.

—Era importante para él, no para ustedes, agente Laine —contestó Navarro con severidad—. Dígame, ¿para qué quieren recibir

órdenes si después las desobedecen? ¿Forma parte de su naturaleza?

—No, señor.

—Pensamos que podría sernos útil, señor —agregó Ponce—. Existían indicios de que alguien intentaba utilizar la tensión para que todo pareciera un ataque terrorista del DAESH. La situación del Brexit ha puesto en el punto de mira a la comunidad musulmana.

—Pues se adelantaron —sentenció el jefe—. El DAESH ha reivindicado el ataque.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Escudero. Laine y Ponce se quedaron sin palabras.

—No puede ser.

—Por desgracia, así es. ¿Qué tiene en la cabeza, agente Ponce?

—Tengo un pálpito sobre lo que ha sucedido en Londres —respondió incrédulo—. Hay algo más grave en todo esto y no lo hemos podido ver.

—¿Y qué me quiere decir con eso, agente? —cuestionó y se acercó a él sin dejarle responder—. ¿Es esto Reino Unido? ¿Se cree que me importa lo que pase allí? Aquí tenemos otro problema. Nuestro Brexit se llama Cataluña y las células que vigilamos son las que están aquí, no a más de mil quinientos kilómetros.

—Entiendo, señor.

—Pues no lo parece —dijo y suspiró—. En fin, señora Escudero, ¿ahora qué hago con su equipo? Los errores así hay que justificarlos de algún modo. El ministro pedirá cabezas y el verdugo seré yo, para variar. Díganme, agentes, ¿qué debo hacer con ustedes? ¿Inhabilitarlos? ¿Qué les voy a decir a las otras agencias cuando

chismorreen sobre lo sucedido? ¿Agachar la mirada como hacen ustedes aquí dentro? No, por Dios, no puedo hacer eso.

—Creo que está creando un drama innecesario —comentó Escudero, harta de tanto teatro por parte del superior.

Navarro la miró furioso.

—¡Señor!

—Perdón, señor.

—¿Sabe, agente? A veces pienso que disfruta cuando me ve en situaciones de esta tinta. Me gustaría verla en mi lugar y observar cómo aguanta a las cabezas de víbora que me citan a menudo por las negligencias que usted y su equipo cometen —respondió con las manos detrás de la cintura—. Pase página, se equivoca de enemigo. Haga bien su trabajo, que para eso está aquí, y olvide el pasado… Y usted lo mismo, Ponce. Cada uno ocupa la posición que se ha ganado.

Ponce carraspeó.

—¿Y bien, señor? —preguntó.

—A diferencia de lo que ustedes tres piensan, me preocupo por mis agentes y soy el primero que da la cara por ellos —respondió relajando el tono de voz—. No les voy a sancionar, ni a inhabilitar. Lo de Londres no se puede repetir, pero debo reconocer que tal pifia no ha sido en vano.

—¿A qué se refiere, señor?

—Quizá hayamos perdido la confianza del MI5 y que el daño entre las relaciones sea irreparable durante algún tiempo —aclaró—, pero nos hemos ganado un nuevo aliado. La CIA quiere estar al

corriente de lo ocurrido, tanto en Barcelona como en Londres. Su lucha es otra, pero el MI5 y Scotland Yard le han dado la espalda.

—¿Y qué espera que le contemos, señor? —preguntó Ponce desconcertado—. Debemos dejar una cosa clara respecto al asunto este de los teléfonos...

—¡Agente, Ponce! ¡Carajo! ¿Es que no lo entiende? —dijo cabreado—. ¿Qué importa eso? Es la CIA, y punto. Han contactado con nosotros porque saben que no estamos en posición de negociar. Así que no hay más que hablar. Vayan, respondan a sus preguntas y arreglen el estropicio que han hecho. La cita será mañana. De nuevo, viajarán en una misión encubierta, por lo que anden con ojo. Un americano siempre es motivo de vigilancia. Después de lo ocurrido en Londres, los agentes del SIRP estarán por todas partes. Si los portugueses les descubren sin haberles avisado previamente, nos habremos quedado sin nuestros aliados vecinos. Por el amor de Dios, no entierren sus carreras antes de hora. En un rato, mis agentes le harán llegar el informe con los detalles de la misión.

—Sí, señor —dijeron Ponce y Laine al unísono. Escudero se limitó a asentir y observar la situación.

—Una cosa más, agentes —añadió y se acercó a ellos. La brisa del movimiento hizo llegar hasta ellos la fuerte colonia que Navarro usaba. Dana pensó que así olerían los años previos a la democracia —. Sean precavidos. No quiero muertos, ni sangre, ni negligencias. Nada de fuego cruzado, ni exposiciones públicas. Profesionalidad, por favor. Entren, cumplan y vuelvan. No es tan complicado… En cualquier caso, porque todo es posible, si tienen algún problema, no

recurran de nuevo a la ayuda de la Embajada. Tendrán que cruzar la frontera por su propio pie. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Eso es todo —concluyó despidiéndose de ellos. Los tres agentes dieron la vuelta y se dirigieron a la puerta del despacho, donde ya les esperaba Ruiz para acompañarlos a la salida—. Suerte y no me fallen, ni a mí, ni al ministro, ni a España.

Las palabras de Navarro se perdían atrás. El ruido de los tacones de los zapatos contra el suelo de mármol retumbaba dejando un eco.

—Les acompaño a la salida —dijo Ruiz.

Escudero levantó la mano a la altura de la cintura.

—No se moleste —le dijo en tono grave—. Conocemos el camino.

Sin palabras, el subordinado de Navarro se apartó y dejó pasar a los tres agentes de campo, que marcharon en silencio hasta abandonar la planta.

* * *

Lisboa. El segundo viaje en menos de tres días. El ajetreo pesaba más que nunca. No podían cometer errores, por lo que Dana no estaba dispuesta a que Ponce tomara las riendas de la pareja.

Los tres regresaron a sus puestos de trabajo sin cruzar una palabra en todo el camino de vuelta. No era necesario. Las asperezas entre Escudero y Ponce eran palpables. Ella había tenido suficiente con el bochorno en público que Navarro le había hecho

pasar delante de sus agentes, mientras ellos continuaban decepcionados con la ausencia de apoyo por parte de su jefa. Todo un ejemplo de unidad, pero Laine no se iba a molestar en dar lecciones de compañerismo a ninguno de los dos. En ocasiones, hay que dejar los sentimientos a un lado y mirar por una misma. Y eso fue lo que hizo. Ella también tenía opiniones cruzadas respecto a la gente de su equipo. Escudero había pasado de juzgarla a ignorarla por completo, dirigiéndose a Ponce cuando deseaba comunicarles algo. Respecto a él, poco tenía que añadir. No era un mal tipo, pero aquel resentimiento, mezclado con el agrio temperamento, lo convertía en un compañero complicado con el que resultaba extenuante trabajar. No se imaginó que, en el poco tiempo que llevaba allí metida, el ambiente sería tan tenso y tan tóxico. En cualquier caso, tenía que lidiar con la situación como fuera. Su carrera acaba de comenzar.

El informe no tardó en llegar a través del correo interno. Esta vez no dispondrían de las comodidades anteriores: nada de aviones, ni de hoteles en el centro de la capital. Un viaje de ida y vuelta en carretera facilitaría la entrada al país vecino sin llamar la atención de la seguridad lusa. Al menos, podrían llevar su arma reglamentaria, pensó la agente, aunque el documento remarcaba que debían evitar cualquier tipo de puesta en escena. Había llegado la hora de que Laine comenzara a decidir por sí misma.

Después de revisar las notas, se calmó al entender que sería una misión más sencilla que la anterior. Portugal estaba en alerta terrorista, aunque era uno de los pocos países que no había sufrido ningún ataque. Eso ayudaba a que los ánimos estuvieran más

calmados. El agente de la CIA contactaría con ellos cuando Navarro le notificara la llegada de los suyos.

El americano, un varón cuyo rostro conocerían allí por medidas de seguridad, se encontraba unos días en la ciudad por otros asuntos burocráticos. El interés del jefe era evidente. Después de la vergüenza mediática, sólo le quedaba agarrarse a un clavo ardiendo, y no dudó en parchear la situación arrodillándose ante una de las agencias más poderosas del mundo.

La agente Laine finalizó su jornada laboral y abandonó el edificio sin despedirse del compañero. Había tenido suficiente en las últimas horas y aún le esperaban otras seis en el mismo coche. Por otro lado, sufría dolores de estómago desde el viaje a Londres. Todo por culpa del estrés y el desajuste alimenticio. Así que no dudó en conducir hasta la calle de Bravo Murillo para golpear el saco en el gimnasio durante hora y media y descargar toda la rabia acumulada.

De regreso a casa, ya de noche en la calle, hizo inventario de los objetos que necesitaba para el día siguiente. Había perdido algunas de sus prendas en Londres, así como el neceser donde guardaba los cosméticos. Se despidió de aquellos objetos sin darle demasiada importancia. No volvería a verlos jamás.

Sentada en el sofá, frente a la mesa del salón, limpió el arma con esmero, la cargó de munición, y la guardó en el cinto que se pondría más tarde. Era autómata con cada movimiento. Lo hacía como el atleta que realiza estiramientos musculares antes de una competición. Mientras, pensaba en lo estúpida que había sido, creyéndose las hipótesis de Ponce y las teorías conspirativas que circulaban por la red. Navarro lo había dicho claro antes de salir de

su despacho, para disipar las dudas. Apartó de su mente los cabos sueltos y se limitó a tomar varias respiraciones profundas, dejando la mente en blanco.

Sobre la mesa estaba el pasaporte italiano, unos vaqueros recién planchados y una camiseta blanca de algodón. Esa sería su vestimenta. Hacía tiempo que había dejado de pensar en cómo vestir, en qué comprar para sentirse bien consigo misma. Ya lo hacía, le gustaba su físico, lo trabajaba siempre que podía y valoraba la autenticidad de las personas por encima de todo. Para ella, cada ser nacía único, aunque no fuese fácil apreciarlo en un primer vistazo. Dana creía en la belleza de lo simple. Su madre, a pesar de la extravagante vida que llevaba, le había enseñado a vivir con lo justo, a cargar con poco y a no tener apego a lo material. Tendemos a complicarnos la existencia, le decía.

La pequeña aprendió pronto la lección y de adulta, a la hora de arreglarse, siempre y cuando no fuera necesario vestir de otra manera, su único conflicto era elegir entre las prendas blancas y las negras. Dos colores que definieron su forma de ser.

Comprobó el pronóstico meteorológico del día siguiente en el teléfono. Sería un día nuboso, pero con mucho calor.

Después se levantó para ir a la cocina, calentar agua y preparar una infusión que le ayudara a conciliar el sueño. No era muy aficionada a los remedios naturales, pero necesitaba dormir como una persona normal, si no quería que su organismo estallara. Cuando regresó con la taza de agua hirviendo, sonó un pitido procedente del ordenador.

Era la notificación de un correo electrónico.

La agente había perdido toda esperanza de tener noticias de la reportera inglesa. Al fin y al cabo, no había vuelto a saber de ella en las últimas horas, pero ya no la necesitaba. El asunto de Wellington quedaba zanjado y su mente estaba puesta en las próximas horas.

En la bandeja de entrada encontró un correo encriptado, procedente de una dirección desconocida. Dudó varios segundos en abrir su contenido. Podía ser una trampa, pero también podía ser esa periodista, pensó con el índice a los labios. Titubeante, se acercó la taza para darle un sorbo a la infusión, pero la apartó tan pronto que el agua le abrasó la lengua.

—Qué diablos —murmuró en voz alta y aplicó la clave para abrir el correo.

"Este es el hombre que buscas. Escríbeme aquí. Es más seguro."

Descargó las tres imágenes adjuntas que acompañaban al mensaje y la clave para enviar una respuesta a la reportera.

Las fotografías eran nuevas hasta ahora, en blanco y negro, y obtenidas de las cámaras de seguridad londinenses. En ellas aparecía Saleem, el tendero de Whitechapel, tras el mostrador. También había un hombre, hasta ahora desconocido para ella, con barba oscura y un chaquetón impermeable. Sobre el mostrador de cristal había tres pequeños objetos que parecían tarjetas SIM de teléfono, tres terminales y un sobre. En una de las imágenes se apreciaba el montón de libras esterlinas que abultaban el interior del paquete. En sólo una de las capturas, el hombre miraba a la cámara con recelo.

Dana se quedó perpleja.

Aquellas fotografías demostraban que Saleem era quien se había encargado de cerrar el trato, pero desconocía que aquel trabajo lo pagaría con la muerte.

La agente se fijó en el rostro borroso, en una mirada oscura que no le era familiar. ¿Quién eres?, se cuestionó, abriendo de nuevo las cavilaciones que había dado por zanjadas. Aumentó la imagen. Los píxeles deformaron la silueta. A pesar de la barba, se podía distinguir por sus facciones que era europeo, aunque la captura no fuese muy nítida.

La agente abrió una nueva ventana para responder al mensaje. Con suerte, Cristine Hendricks seguiría conectada al otro lado de la pantalla.

"¿Por qué me ayudas? DAESH ha reivindicado el atentado."

Pulsó el botón de enviar.

Dio un sorbo a la taza, ahora más templada, y sólo tuvo que esperar unos minutos para recibir una contestación.

"Es mentira. El MI5 sabe la verdad, pero no puedo contártelo por aquí."

Dana respondió rápido.

"Hablemos en persona, mañana en Lisboa".

La notificación tardó treinta minutos en llegar.

"Ok. A las 12 horas. ¿Cómo sé que puedo confiar en ti?"

No puedes, pensó la agente recordando las palabras de su compañero.

Todo o nada, se dijo con el rostro alumbrado por la pantalla. Buscó un lugar público y seguro. A lo largo de la historia, los templos religiosos sirvieron de espacio sagrado y punto de encuentro para el

intercambio de información. Las imágenes del pasado recorrieron su mente a toda velocidad, recordando la primera y única vez que había viajado a Lisboa junto a su madre, subiendo las costosas calles de adoquines para visitar el Panteón Nacional y contemplar la lápida de Vasco da Gama.

"Iré sola, sin trucos. Encuentra al navegante y me encontrarás a mí."

Dana pulsó el botón de enviar y un cosquilleo le recorrió el estómago. Refrescó la aplicación varias veces, pero no obtuvo respuesta. Tan sólo esperó que Hendricks fuera lo suficientemente astuta como para entender el mensaje, de lo contrario no serviría de nada.

Antes de apagar la máquina e irse a dormir, recibió un último correo de confirmación acompañado de seis iniciales y una cifra.

"*Ok. See you then.*"

JB

AS

DS

121916

12

Ponce envió un mensaje de texto informándole que la esperaba en la calle. Cuando llegó al portal, no imaginó que la recibiría montado en su Jaguar XJ de color granate con más de dos décadas en circulación. Un vehículo que hubiera tenido prohibida la entrada a Madrid, si no fuera por el cargo que ejercía el agente. A Dana le gustaba el coche inglés. Era un clásico de la automoción que envejecía con dignidad. Pero tenía sus dudas sobre si aguantaría un viaje tan largo.

—Con esto puedes llegar a Moscú en mitad del invierno —dijo el agente con el motor encendido cuando ella le preguntó si confiaba en su coche—. Estas máquinas han resistido a las guerras.

Salieron de Madrid para tomar la autovía de Badajoz y cruzar Extremadura antes de llegar a la frontera. Ponce conducía relajado, lo cual era un buen síntoma para los dos. En la radio sonaban clásicos de blues por encima del ruido de un motor revolucionado. Dana no sabía si confiar en su compañero y contarle la verdad. Tampoco había planeado cómo deshacerse de él por unas horas y poder reunirse con la periodista.

El trayecto hasta la capital lusa era el margen de tiempo con el que contaba para llegar a una decisión.

—Estás muy callada, Laine. ¿Ocurre algo?

La agente contemplaba la carretera. El paisaje era seco y llano. De vez en cuando, adelantaban a los camiones que ocupaban el carril derecho.

—¿Qué piensas de lo que te dijo ayer Navarro? —preguntó.

Ponce tragó saliva y sopesó la respuesta. Laine lo miró expectante.

—Te refieres a lo de Whitechapel, ¿es eso?

—Sí.

—Pues ya lo oíste, fueron ellos. ¿Qué quieres que piense? Si está confirmado, no hay más que añadir.

—Pero no crees que sea cierto, ¿verdad?

Él se puso nervioso. No podía relajar los músculos de la cara.

—Parece que tengas amnesia. Ya hablamos de ello ayer y te pedí un favor —dijo con voz suave, aunque no ausente de autoridad—. No empieces de nuevo. Nos quedan todavía cinco horas de viaje.

—Te dije que estaba contigo.

—No, no me dijiste nada de eso.

—Bueno, pues ahora te lo digo, ¿vale? —respondió ella elevando la voz—. Tengo evidencias, Ponce. No sólo de la explosión, sino que he descubierto algo más.

—¿Pruebas? —cuestionó levantando una ceja. Su rostro volvía a relajarse—. ¿Qué clase de pruebas?

—Demuestra que puedo confiar en ti.

—No me provoques, Laine. Parece mentira.

—Cuéntame sobre la Operación Doble.

Ponce no supo qué responder a eso. Su voz tomó otro color.

—No sé de qué me hablas.

—Sí que lo sabes y me lo vas a contar —contestó ella, ahora siendo quien tomaba el timón de la conversación—. Encontré un documento clasificado en el registro. Estaba relacionado con Rosales, pero desconozco el porqué. Necesitaba una clave para abrirlo.

—Ya te digo que no sé de qué me hablas. Nunca he escuchado nada acerca de esa operación.

—Contactaste con la viuda después de nuestra conversación, ¿me equivoco?

Dana había lanzado un farol basado en su intuición y en lo predecible que podía ser, en ocasiones, su compañero. La reacción de Ponce llegó al instante.

—¿Quién te ha contado tal embuste?

—Me lo estás diciendo tú, poniéndote como un tomate.

—¿Has infectado mi teléfono?

—Joder, Ponce. ¿Quién confía aquí en quién?

El agente resopló y la miró de reojo.

—Así que sólo me has pillado, ¿no? —dijo y ella asintió—. Sí, le pregunté… Me dejaste con dudas, después de la conversación. Y tenías razón, no llegaron a ver el cuerpo. Regresó repatriado en el ataúd.

—Es extraño.

—Fue una chapuza de todos. Eso es lo que fue. No fue el primero al que le sucedió eso, ni el último.

—Te fiaste de mí —dijo ella y sonrió, regresando con la mirada a la carretera—. Gracias.

—¿Me vas a contar ahora lo que has descubierto o no?

Tras esa muestra de generosidad y empatía por parte de su compañero, Laine depositó su confianza en él.

Cinco horas dieron tiempo suficiente para que pusiera al corriente al agente de su contacto con Hendricks.

En un principio, él rechazó la idea de reunirse con la periodista. Ponce odiaba a ese gremio. Metían las narices donde no debían, provocando daños, obstruyendo las tareas de los agentes y amparándose siempre en la profesión que desenvolvían. De haber vivido en otra época, Laine tenía claro que Ponce habría disparado antes de hablar.

Pararon en una gasolinera de Trujillo, compraron dos latas de café concentrado y unos bocadillos de jamón serrano con queso. Después caminaron hasta el aparcamiento para alejarse de los curiosos y se apoyaron en el coche. La agente le mostró las fotografías y los mensajes que había intercambiado con Hendricks.

—Wellington nos contó lo que sabía —dijo ella mientras Ponce estudiaba las imágenes—, pero desconocía que su soplón estaba involucrado en el hurto de las criptomonedas. El hombre que aparece en las capturas es quien pagó para que el tendero se encargara del resto.

—Intentaba camuflarse con esa barba, pero no es árabe, ni tampoco musulmán —comentó concentrado—. Así que este cabrón fue quien convirtió a ese bangladesí en un sándwich de explosivo.

—Sabía que lo traicionaría.

—No, lo dudo. Podría habérselo limpiado de otra manera, horas antes… y no lo hizo —replicó el agente—. Sabía que Wellington

regresaría a la tienda. Me pregunto si también estaba al corriente de que seríamos sus acompañantes. ¿Qué más te ha contado esa metomentodo?

—Asegura que lo publicado es una mentira. Nadie ha reivindicado el atentado, pero quieren hacer creer que sí —prosiguió—. Afirma que el MI5 conoce la verdad.

—¿Y cuál es?

—No la sé. Por eso voy a reunirme con ella en Lisboa.

La lata de café cayó al suelo, dejando un reguero de líquido oscuro sobre el asfalto.

—¿Qué? ¿Estás loca? Ya oíste lo que dijo Navarro ayer.

—No tiene por qué interferir en nuestro cometido, Ponce. Hablaré con ella y después nos reuniremos con el americano.

—Nos va a costar el cuello. ¿Por qué confías en esa víbora? Es una especialista en sacar trapos sucios de las agencias. ¿Quién te dice que no te clavará un puñal cuando tenga lo que necesita?

—Conoce la Operación Doble —señaló—. Ella nos puede contar qué está pasando. Siento la corazonada de que esto nos ayudará a atar algunos cabos sobre la muerte de tu compañero.

—Te dije ayer que no quería volver a hablar del asunto y aquí estamos. ¿Tan difícil es? —preguntó con la expresión cargada de frustración—. Rosales no resucitará y el resto me importa una mierda. He pasado años destrozado por lo que sucedió, por culpa de la falta de respuestas, pero ya no las necesito y, por tanto, tú tampoco, Laine. Lamento decirte que esa reportera te ha plantado un cebo, siempre lo hacen, y tú lo has mordido. ¿A cambio de qué? Esa es la pregunta.

—No lo sé.

—Pues estupendo. Ahí lo tienes.

—¿Y si realmente tiene las respuestas que has estado buscando todos estos años?

Soltó una risa que sonó a derrota.

—Migajas de pan, Laine. Eso es lo que les dan para que se vayan a picotear a otra parte y tengan algo sobre lo que escribir —explicó con voz apagada—. ¿Crees que somos tan imbéciles como para dejar que una pringada mileurista saque los secretos más turbios del Estado? ¿Desde un escritorio? Reconozco que ha tenido suerte una vez pero, dos, es más complicado. Esto no es cine, ni literatura de aeropuerto. Aquí el mundo no se soluciona en dos horas y media, ni existen los buenos y los malos. Espabila, por Dios, que acabas de empezar.

El agente tiró los restos del bocadillo a una papelera y abrió la puerta del conductor, dispuesto a continuar el viaje. Antes de que subiera en el interior, Dana lo sujetó por el brazo.

—¿Qué quieres ahora?

—Me envió un correo con un extraño mensaje —dijo y le mostró la pantalla del teléfono—. ¿Te dicen algo estas iniciales?

Él las leyó con detenimiento.

—Lo siento, pero no —dijo y giró el rostro—. Venga, vamos. Aún nos queda un buen trecho.

* * *

Llegaron a la capital al mediodía, atravesando el tráfico que se amontonaba a medida que se aproximaban al corazón de la ciudad. Como Barcelona, Lisboa se había convertido en uno de los destinos turísticos extranjeros más populares de los últimos años. Tenía todo los requisitos para serlo: el mar, una ciudad con historia, un clima suave y un hermoso centro histórico.

Los lisboetas, que desde un principio se habían abierto a la llegada de nuevo capital, comenzaban a hartarse de la congestión continua de foráneos que pululaban por sus calles sin rumbo alguno. Era un fenómeno popular. Al principio, se observaba siempre con optimismo. Después, el problema resultaba incontrolable.

Todas las ciudades temían convertirse en la nueva Roma, pero Roma sólo había una, y los romanos eran los únicos capaces de domar aquel circo turístico.

El sol brillaba en la ciudad, a diferencia de las nubes que habían cubierto casi todo el trayecto. La agente agradeció ver el Tajo a lo lejos, sentir el olor fresco de la humedad y recordar que existía vida más allá de Madrid.

Ponce había visitado más de una decena de veces la ciudad, por lo que vaciló al subir la cuesta que le llevaba hasta la praça de

Camões, para girar después en la entrada de un aparcamiento público. Se sentía como en casa.

Cuando se apearon del vehículo, Laine estiró las piernas y miró a su compañero. Se había contenido hasta ese momento. En su interior, algo le decía que debía reunirse con esa mujer, a cualquier precio. Sin embargo, le resultaba difícil ignorar las advertencias del agente. Por algún motivo, no quería fallarle ni tampoco darle la razón más tarde—. ¿Y bien?

—Ya hemos llegado —dijo colocándose la gabardina azul—. ¿Por qué me miras así?

—¿Has pensado algo al respecto?

La observó de refilón. Sabía a lo que se refería.

—Por eso has estado tan callada —dijo incómodo y caminó hacia la salida. Sus pasos retumbaban en el interior del aparcamiento. Dana lo siguió—. No sé, Laine. Ya sabes lo que pienso de esa gente.

—Entonces, iré sola.

—¿Qué? Ni hablar —respondió girándose hacia ella—. No puedo dejarte, no aquí.

—¿Acaso eres mi padre? Eso lo decido yo.

Ponce tragó saliva. Por su forma de guardar silencio, le hubiese gustado soltar alguna grosería en voz alta, pero se contuvo.

—Tengo más experiencia que tú en estos casos. ¿Por qué no encontramos al americano, le decimos lo que sabemos y nos largamos? No me gustaría volver a ese despacho con olor a rancio.

—Dame una razón de peso y lo dejaré pasar.

—¿Qué más quieres que te diga? —preguntó impaciente. Comprobó la pantalla del reloj. Había acordado avisar a Navarro

cuando hubiesen llegado a la ciudad y se estaba retrasando. Eso lo ponía todavía más tenso—. Ya te he contado todo lo que sé.

—No entiendo cómo has cambiado de parecer tan rápido. Hace dos días, estabas convencido de que habíamos caído en una trampa. Ahora, te da igual lo que estuviera sucediendo. Muy bien, Ponce. Eres un tipo con las ideas claras.

Harto, se acercó a ella invadiendo su espacio vital e intimidándola con la cabeza.

—Mis principios son las órdenes que recibo. Ya has visto lo que sucede por hacerse más preguntas de las que corresponden —contestó—. Laine, te lo digo por última vez. Vamos a reunirnos con nuestro contacto y después darnos el piro.

—No, agente —respondió ella distanciándose de él—. Voy a encontrar a esa mujer, contigo o sin ti. Lo siento.

—No me puedes hacer esto —dijo y vio cómo ella tomaba las escaleras que salían al exterior—. Laine, detente, es una orden.

—Tú no me das órdenes —respondió ella a lo lejos.

—¡Laine! —gritó como un general, pero su voz se perdió entre los coches. Aguardó unos segundos parado, esperando a que la agente retrocediera y se uniera a él, pero la impaciencia le superó.

Cuando subió las escaleras, encontró la estatua de Luis de Camões, un grupo de personas rubias y pálidas alrededor de un guía turístico y una muchedumbre que atravesaba el Baixo Chiado.

—¡Joder, Dana! —murmuró en voz baja, tragándose la bilis.

Se arrepintió por no haber tomado en serio su palabra.

Volvió a mirar el teléfono y comprobó que tenía una llamada perdida de un número desconocido. Pensó que sería Navarro, pero

su respuesta tendría que esperar.

Ahora debía hacerse cargo de un asunto más urgente.

La agente Laine había desaparecido.

* * *

La aplicación de mapas le indicó la ruta más corta a pie. Subir hasta el Panteón Nacional, le llevaría treinta minutos. El navegador sugería bordear la costa y después atravesar el barrio de Alfama. Pero a medida que cruzaba la rua Garret, decidió desatender las sugerencias y optar por su instinto.

De pequeña había tenido un buen sentido de la orientación, su madre le enseñó a guiarse en cualquier clase de escenario, ya fuera de noche o de día, al descubierto o en un lugar cerrado. Nunca le preguntó dónde había aprendido aquella habilidad, pero le entusiasmaba la idea de que su madre no era como las madres del resto de sus compañeros del colegio.

Salió del Baixo Chiado y callejeó por las estrechas calles, dejando a un lado la presión profesional que arrastraba desde Londres, y disfrutando, a su manera, de la decadencia que se manifestaba en las fachadas de las pintorescas viviendas amarillas.

A medida que se acercaba al Panteón, un carrusel de imágenes difusas se apoderó de ella, llevándola a un viaje de nostalgia que había guardado, en algún rincón lejano de su memoria.

Puso atención en los olores de las aceras, en los pequeños comercios de puerta y ventana que ocupaban los bajos de algunas

casas. Se fijó en la inclinación de las calles, en la forma de los adoquines, en las banderas descoloridas que colgaban de los balcones y la gran cantidad de antenas de televisión que llenaban los tejados. Era como si hubiese vivido una larga temporada allí antes, mucho tiempo atrás.

Resultaba extraño y perturbador a la vez.

Por suerte, salió del trance en cuanto sus ojos atisbaron el verde de los jardines que rodeaban el panteón. Allí, limitado por una manzana de hierba recién cortada, cercado por las fachadas de colores y los tejados rojizos, bajo el cielo azul y despejado de ese mediodía, el Panteón Nacional se rendía ante ella.

Un escalofrío le erizó el escaso vello de los brazos.

La calma en la plaza sólo se veía perturbada por algún viejo motor de Vespa y el cantar de las gaviotas que sobrevolaban el cielo.

A pesar de su belleza, el Panteón Nacional no era tan atractivo para las visitas como los miradores o la Catedral. Estaba lejos, en lo alto, y aquella zona no era la más segura para perderse en ella.

Una cruz de hierro en lo alto de la cúpula indicaba la señal en el mapa. La aplicación le confirmó que había llegado a su destino.

Dana activó el modo avión en el teléfono, miró a su alrededor y se aseguró de que nadie la estuviera siguiendo. Después subió los peldaños y accedió al interior.

13

El silencio del interior era sepulcral. No era para menos. El Panteón Nacional, de origen barroco, había sido erigido en el solar donde, desde el siglo XVI y hasta 1966, se encontraba la iglesia de Santa Engracia. Tras ser arrasada por un fuerte temporal, los portugueses decidieron levantar las primeras piedras de lo que ahora era el Panteón. Un lugar atípico en el que no sólo se encontraba el cenotafio del descubridor Vasco da Gama, sino también los de muchos portugueses célebres que habían dejado su huella en la historia del país.

El interior tenía una cúpula, tal y como había divisado antes de entrar la agente, revista de mármol blanco y rojo, y con un cimborrio en lo alto que permitía la entrada de la luz que iluminaba la construcción por dentro. Algunos turistas subían hasta la parte superior para llegar al mirador. Desde allí se veía toda la ciudad con una panorámica hermosa.

Dana observó la superficie de piedra, adornada con círculos, figuras geométricas y vistosos colores. Frente a ella, encontró un órgano eclesiástico, ahora sin uso, ya que el edificio tenía carácter laico, y dos espacios abiertos a los lados, donde se encontraban las tumbas de los héroes nacionales. Se fijó en los movimientos de la

gente, asegurándose que nadie estuviera vigilando sus pasos. Caminó con cuidado, sintiendo el arma bajo el cinto, aunque allí no pudiera darle uso alguno, y se acercó por la derecha a dos de los cenotafios que estaban de cara al público.

Se sentía inquieta, sin saber muy bien lo que hacía.

Ponce tenía razón, pero no era momento para dársela. Su instinto la había guiado hasta allí.

Cuando vio la tumba de Vasco da Gama, se quedó quieta frente a esta y, con disimulo, echó un vistazo a su alrededor. La normalidad de un día entre semana daba la impresión de que aquel era un lugar seguro. Quizá demasiado.

Muchos turistas preferían ahorrarse los cuatro euros que costaba entrar, y visitar uno de los muchos miradores gratuitos.

Esperó unos minutos. Tenía la boca seca, por culpa de las horribles cuestas que había subido hasta llegar allí. Se sintió estúpida al ver que no sucedía nada.

Has cometido un error de novata, Laine. Puede que esa mujer ni siquiera esté en Lisboa, pensó.

Dispuesta a marcharse, al no reconocer ningún rostro, dio un paso atrás con afán de abandonar el edificio, cuando notó una presencia femenina acercándose a ella.

Las piernas le temblaron.

Alzó la vista, pero se desilusionó. No era Cristine Hendricks, ni se asemejaba a la mujer inglesa de piel blanca, pelo corto y ojos claros que había encontrado buceando en la red. Al contrario. La muchacha debía de ser portuguesa, pensó. Tenía el cabello oscuro como el carbón, la tez tostada y los ojos de color chocolate. Su mirada

estaba hundida, dejando dos ojeras de nacimiento que le daban cierto halo de misterio a la expresión. Cuando se miraron, el contacto fue breve. Dana se mantuvo seria y volteó la cabeza.

—Esta es la tumba del navegante —comentó la chica en español con un marcado acento portugués—, pero sus restos no están en ella.

—¿Qué sentido tiene, entonces? —preguntó Laine.

—¿Quién sabe? Seguridad, tal vez. Si estuvieran al alcance de todos, cualquiera podría acceder a ellos.

—Comprendo —dijo y volvió a mirar a la chica. La sangre le bombeaba en el cuello. No era ella, estaba convencida pero, ¿y si tampoco lo era la mujer que aparecía en las fotos? A esas alturas, cualquier cosa podía ser cierta. Decidió que no se marcharía sin un último intento—. ¿Eres Cristine?

Los segundos de espera se volvieron eternos.

La mujer negó con la cabeza dos veces, moviéndola de lado a lado, para sentenciar con un suave 'No'.

Las esperanzas de Laine se derramaron por el suelo. La frustración creció en el interior del estómago y notó cómo una patada emocional iba directa a su pecho.

—Perdona, te he confundido con otra persona. Disculpa.

—No. No lo has hecho —dijo y dibujó una sonrisa, dejando a la vista una hermosa dentadura blanca—. Es importante tomar precauciones. No se puede confiar en nadie. Acompáñame, Cristine te espera.

Boquiabierta, Laine aceptó la invitación, abandonaron el monumento del descubridor y se dirigieron, como dos turistas más,

a una puerta que llevaba al mirador. Unas largas escaleras subían hasta el anillo que cubría el panteón. Despacio, recorrieron cada peldaño al ritmo del grupo visitante que escuchaba las explicaciones de un guía local. Allí arriba, el resplandor del exterior alumbraba con fuerza en la cúpula.

—Por aquí —dijo la portuguesa, dando un último vistazo, guiando a la agente al encuentro con la periodista.

La luz del sol irradiaba en la terraza. Dana reconoció la figura de la reportera a lo lejos. Estaba apoyada en la barandilla, esperando, observando la infinidad del río Tajo, los barcos que cruzaban de costa a costa, el bonito lienzo de tejados rojos y viviendas desordenadas, y el baile de las gaviotas que planeaban lejos del puerto.

Dana caminó hacia el frente, pero se dio cuenta de que la muchacha se quedaba atrás.

—¿No vienes?

—No —dijo ella—. Yo vigilo.

—Entiendo —respondió Laine, pensando en Ponce, que no tardaría mucho en dar con su paradero. Era consciente de que, si su compañero aparecía, Hendricks no confiaría más ella. Tan sólo esperó que Ponce fuese algo más torpe de lo habitual, para así ganar tiempo y sonsacarle a la periodista lo que necesitaba saber. Estaba arriesgando demasiado, pero aquel encuentro podía cambiar, tanto para bien, como para el peor de los males: su situación profesional, la relación con su compañero, el silencio que gobernaba las instalaciones del CNI.

Laine volvió a mirar a Cristine Hendricks y se colocó junto a ella.

—Pensé que no vendrías —dijo Laine en inglés, frotándose las manos sin encarar a su interlocutora—. Has arriesgado mucho, pero ya no hay vuelta atrás.

—Más te estás jugando tú, agente Laine —respondió—, y no, no la hay. Cuando las cosas salen mal, nuestro peaje cuesta el doble.

* * *

Cristine Hendricks era una mujer peculiar. Vestía unos pantalones vaqueros desgastados, muy apretados, y unas zapatillas New Balance de color negro. Encima llevaba un suéter de color negro con el cuello vuelto. A lo lejos, Hendricks era hermosa, atractiva, puede que por la discreción que desprendía al hablar o esa mirada feroz y entrometida. No destacaba por sus rasgos físicos y eso la hacía pasar desapercibida. Tenía un acento muy claro, pero también muy británico.

—No poseemos mucho tiempo —dijo Laine—. Tarde o temprano, me localizará mi compañero.

Hendricks la miró en silencio.

—Dijo que nada de trucos.

—Y he cumplido con mi palabra —remarcó dejando claro que no era una embustera—, pero tengo otros asuntos pendientes.

—Ajá.

—Cuéntame lo que sabes sobre la explosión de Whitechapel.

—No fue un atentado, tal y como quiere el MI5 que todos cuenten —respondió mirando al horizonte, con la voz baja, sin

apenas mover los labios—. Ese agente inglés que acompañaba, tenía otra misión.

—¿Wellington?

Hendricks rio.

—Sí, pero ese no era su nombre, ni pertenecía al MI5, sino al MI6.

A Dana le descolocó la respuesta. El MI6 era el Servicio de Inteligencia Exterior. Wellington, o cual fuera su nombre, era un espía internacional.

—No sé por qué, pero no me sorprende.

—El MI6 sabe lo que sucedió. Sospecha de quién puede estar detrás de los robos de las tarjetas —prosiguió—. Han robado millones de libras que se encuentran en paradero desconocido. Intentaron detenerlo, pero no lo lograron.

—Detener, ¿a quién?

—No lo sé, agente Laine. Por eso quería hablar con usted.

—¿Insinúas que nos utilizaron como chivo expiatorio?

—Sería muy atrevido afirmar tal cosa, pero me temo que sí. ¿Ha visto las noticias? No hay rastro de la muerte de ese hombre. Si no hubieran salido con vida, todos los tabloides estarían hablando de ustedes para acrecentar el odio hacia la Unión Europea y acelerar la tensión del Brexit. El mío, el primero.

—Desgraciados.

—Su agencia hace lo mismo, aunque usted no esté al corriente.

—¿Qué es lo que buscan?

—Eliminar evidencias.

—¿Qué tipo de pruebas?

—La Operación Doble —respondió. Laine se quedó sin aliento cuando escuchó esas palabras—. Hay alguien que conoce la verdad y está dispuesto a hacerla pública, por eso le dije que no podíamos seguir comunicándonos por correo, aunque fuese mediante encriptación. El MI6 y la CIA me vigilan desde hace tiempo y, a pesar de lo que digan, entran donde se les antoja. Cualquier día me matarán para que calle, por eso estoy aquí.

—¿Qué ganas contándome todo esto a mí? Podría ser yo la primera en dispararte.

—No, sé que no lo hará. De ser así, no me hubiese escrito desesperada —explicó mirándola a los ojos—. Llevo muchos años haciendo esto. Sé que busca una explicación a lo que le ocurrió a ese compañero suyo en Berlín.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó desconfiada, mientras comprobaba la hora—. Date prisa, se nos acaban los minutos.

—La Operación Doble está relacionada con los sucesos del 19 de diciembre de 2016, pero no puedo contarle más —explicó la reportera—. Varias agencias estuvieron involucradas en la emboscada que tendieron a la célula terrorista. Entre ellas el MI6 y la CIA. Es todo lo que sé. Hace unos meses, me contactó una persona hablándome de esto. Necesitaba ayuda, pero no quería revelarme su identidad para no ponerme en peligro. Decía guardar información oficial de los hechos, en un lugar seguro. De publicarlos, sería un escándalo internacional y el fin de los gobiernos europeos que ahora conocemos.

—¿Le creíste?

—Por supuesto que no —contestó tajante—. ¿Es consciente de la cantidad de lunáticos que me escriben a diario? Todos tienen una historia que contar sobre el gobierno de su país. A raíz del caso de Snowden y el programa de vigilancia americano, se cuadruplicaron los correos diarios que llegaban a mi bandeja. Era una locura. Tuve que tomar medidas de seguridad para que me dejaran trabajar tranquila, pero fue tarde. Me estaban espiando, mis fuentes ya no querían hablar conmigo y mi labor se hacía cada vez más árdua. Ignoré a esa persona y no supe más de ella hasta que vi una de las capturas de la explosión. Reconocí el rostro del agente del MI6 que les acompañó. Por suerte, aún me quedan amigos en este oficio.

—¿Conocías a ese hombre?

—Me resultó familiar hasta que até los cabos —dijo, después sacó su teléfono móvil y le enseñó una foto del agente, unos años más joven y más pelirrojo que cuando Laine lo conoció—. ¿Es él?

—Sí, el mismo.

—Su nombre era Arthur Smith. Una sombra del MI6 y un tipo sin escrúpulos —describió la reportera—. Estuvo destinado en Guerra del Golfo y también en la de los Balcanes. Cuando me enteré de que los servicios secretos querían borrar su historial, indagué lo mejor que pude hasta que me hicieron llegar unas fotografías personales de él.

La mujer pasó las imágenes en la pantalla del dispositivo.

—Es él, el día 16 de diciembre de 2016 en Berlín —dijo señalando al agente inglés, vestido con el abrigo que había visto Laine antes y sonriendo ante la puerta de Brandeburgo—, tres días antes del atentado.

Dana temía tirar más del hilo. A medida que la periodista le revelaba más información, sentía que estaba entrando en un agujero oscuro y profundo. En ocasiones, la verdad era más dura que la mentira.

—Podría ser una casualidad que estuviera allí.

Hendricks negó con la cabeza.

—¿Recibió mi último correo?

—Sí, pero no entendí nada. ¿Qué eran todas esas iniciales? ¿Alguna clase de contraseña?

La periodista se echó la mano a la cara. Hablar de ello le costaba horrores.

—Cuando descubrí que Smith había fallecido en la explosión y que, a su vez, había estado en Berlín, me cuestioné si ese anónimo tendría algo más que contarme. Necesitaba una pista, seguir un hilo conductor. Odio las casualidades, estaba desesperada, así que le escribí. No pensé que fuera a responderme después de ignorarlo durante meses, pero me equivoqué —explicó—. Apenas tardó unas horas en dejarme la lista que le envié. Seis letras y un número. Me dijo que ya no podía ayudarle y que entendía mi desconfianza. Ya no le era útil, me tenían vigilada.

—No lo entiendo. Te deja un acertijo para que te entretengas.

—Difícil de saber —dijo la mujer—. Por eso necesitaba reunirme con usted. La cifra concuerda con la fecha del atentado. Está escrita como lo hacen los americanos, poniendo el mes antes del día. Las letras son iniciales de personas, es probable que de agentes que participaron en la Operación Doble. Si se fija, las dos primeras son a y s.

—Arthur Smith.

—Pero hay dos más.

—¿Y quiénes son?

—No tengo ni la más remota idea —contestó agachando la mirada con aires de impotencia—. Los va a matar para que callen.

—O para que no le maten a él.

—Tiene que evitar esta carnicería. Buscarán culpables que todos conocemos.

—Pero, yo no puedo hacer nada.

—Según mis cálculos, este individuo tiene que ser un agente activo o retirado que participó aquellos días en Berlín y que conoce los hechos —prosiguió—. Si no recuerdo mal, un agente español murió y un alemán salió muy mal parado.

—Así es, pero no existe informe que nombre otras colaboraciones. ¡Lo habríamos sabido!

—Ustedes son víctimas de sus propias tareas, agente Laine —contestó y no le gustó nada a la española cómo sonó aquello—. Buscan venganza y las agencias involucradas están al corriente de la amenaza. Encuentre a los dos que faltan y se anticipará a sus movimientos. Evite el desastre.

Dana esperó unos segundos.

Los comentarios de Ponce se repetían en su cabeza, advirtiéndole de que no debía confiar en Hendricks.

—Lo tendré en cuenta —dijo—. ¿Qué quieres a cambio?

La mujer se acercó y le tocó el brazo.

—La cruda realidad de lo que sucedió —respondió colocándose frente a ella. Después la soltó—, que alguien cuente la verdad algún

día y que los ciudadanos conozcan qué clase de instituciones velan por su seguridad. Eso es todo lo que pido. No busco méritos, ni fama. Alguien lo debe hacer. Quién sabe si, antes o después de que esto termine, seguiré viva.

Unos pasos se acercaron por la espalda de la española. La inglesa hizo un ademán de despedirse.

—¡Espera! ¡Aún tengo otra pregunta!

—Suerte, Laine. La verdad es el único camino hacia la libertad, no lo olvide.

—¡Hendricks!

Una mano agarró por detrás a la agente con fuerza y la zarandeó por unos centímetros.

Laine, confundida se apartó de golpe, con la atención puesta en la presencia de esa mujer, que ahora no lograba encontrar.

Ni a ella, ni a la chica que la había acompañado hasta lo más alto del panteón.

Cuando quiso darse cuenta, estaba sola ante un montón de desconocidos. Cristine Hendricks había desaparecido del mirador.

14

Ponce la sujetaba por el bíceps. Ella buscaba una silueta familiar entre la gente.

—¡Se ha ido!

—Fin del partido, Laine —dijo quitándose las gafas de sol de aviador. La claridad del día había menguado y el cielo se encapotó de nubes bajas. Se avecinaba una tormenta de lluvia—. Te he dado más margen del que disponíamos. Ahora tenemos que regresar.

—¡Mierda! —exclamó la agente en voz alta. ¿Cómo era posible que hubiera desaparecido tan rápido?, se preguntó.

Corrió hacia las escaleras, pero fue en vano. No quedaba señal de Hendricks ni de su cómplice.

Abandonaron el panteón y se montaron en un taxi de color negro y azul turquesa que esperaba a la entrada.

Debido a la insistencia de Navarro, su compañero no tuvo más remedio que responder y confirmar que habían llegado al destino. Después de una merecida reprimenda, se excusó en el tráfico de la entrada de la ciudad y en los problemas que su viejo Jaguar le había dado durante el camino.

Se le daba fatal mentir.

—¿Cómo me has localizado? —preguntó Laine en la parte trasera del taxi, todavía molesta por la impotencia de haberse quedado con ganas de saber más.

El vehículo desprendía un aroma dulzón. Olía a ambientador barato de gasolinera y a tapicería usada. Los adoquines de las estrechas calles hacían vibrar la carrocería.

—¿A estas alturas me lo preguntas?

—Qué estúpida.

—No me ha quedado más remedio que buscarte. Navarro tenía un humor de perros. La impuntualidad es una falta grave de educación.

—¿Es inglés o americano?

—No importa de dónde sea, sino para quién trabaje —dijo y miró hacia el conductor. Un portugués que ponía atención a la carretera, pero que también escuchaba la conversación—. En fin, ¿te ha contado algo?

Laine observó al taxista.

—Presiento que es más grave de lo que pensábamos.

Se guardó el resto para más tarde.

El vehículo los dejó frente a la praça Dom Pedro IV, una enorme explanada con una fuente en el centro y la figura del monarca en lo alto, limitada por la fachada el gran Teatro Nacional a un lado, y los edificios de viviendas en los laterales restantes.

Se apearon del coche y se dirigieron hacia el largo de Sao Domingos, una holgada vía peatonal que los introducía al casco antiguo, no sin antes encontrarse con la iglesia que llevaba el nombre del paseo.

La brisa se transformó en un aire gélido. La ciudad se volvió gris y triste en cuestión de minutos, como todas las que recibían la influencia del Atlántico. El agente de la CIA le había dado un último aviso a Navarro. Esperaría la llegada de sus hombres hasta que terminara el almuerzo, en una conocida marisquería de las saturadas calles del centro.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó Laine frente a la puerta de la iglesia. Los transeúntes se movían con paso ligero, algunos aferrados a sus paraguas, listos para abrirlos en cuanto comenzara a llover—. Hay algo importante que debes saber.

—¿Es sobre lo que te ha contado esa mujer?

—Sí.

—No sé si quiero oírlo. Podría condicionar mi opinión.

—¿De verdad que no conocías a Wellington?

—En absoluto. Era la primera vez que lo veía, como tú.

—Su nombre era Arthur Smith y estuvo destinado en Berlín unos días antes del atentado. Pertenecía al MI6 y no al MI5, como nos dijo.

Él la miró por encima del hombro.

—¿Y? ¿Eres consciente de la de espías que hay repartidos cada día por el mundo?

—Arthur Smith era un agente secreto internacional. Participó en la Operación Doble —respondió. Los párpados de Ponce se entrecerraron—. Sus iniciales coinciden con la lista que te he mostrado esta mañana. Hendricks asegura que una de las partes implicadas contactó con ella para que aireara la información, pero pensó que sería un fraude. Ahora está convencida de que la

explosión de Whitechapel guarda relación con la Operación Doble, y con los agentes que participaron en ella.

—¿Y por qué no lo hace? Si tan segura está.

—No puede. Vigilan sus pasos, las llamadas, los correos…

—Mira, no tengo el cuerpo para acertijos. Me gustaría estar en mi casa tomándome una copa de coñac y viendo el boxeo, pero estoy aquí, contigo y a desgana, a punto de llenarme los zapatos de barro. Ya te dije que nunca había oído hablar de ese tema —contestó con dureza, como si estuviera molesto de tener que repetirse—. Creo que se trata de una coincidencia y nada más. La curiosidad mata al gato y nuestro trabajo es hacer de todo, menos preguntas innecesarias. Olvida el asunto, de verdad, y céntrate en la misión que tenemos. Esa periodista te ha llevado a su terreno.

—Por eso el MI6 no ha abierto la boca, ¿verdad? —cuestionó insistente. No iba dejarse convencer con tanta facilidad—. Según Hendricks, la CIA también participó. Las cuatro iniciales que restan, pertenecen a dos agentes. Quien sea la persona que voló por los aires el locutorio, va a continuar actuando y las agencias lo saben.

Ponce suspiró cansado. No podía más. Su compañera comenzaba a comportarse como una lunática.

—Piensa lo que quieras, Laine, pero no le saques el asunto a la CIA —dijo desinteresado en la conversación—. Además, en caso de que fuera cierto lo que dices, ¿qué importa? Nadie nos ha invitado a esa fiesta.

Ponce sacó un cigarrillo de su chaqueta y lo encendió para poner fin al diálogo.

Antes de que continuara con su discurso de indiferencia, avistaron la presencia de un hombre vestido con un anorak de color crema y deportivas. Tenía la raya del pelo recta como si la hubiera peinado con un cartabón, la barba cerrada de varios días y unas gafas redondas que le daban un aspecto cosmopolita. El desconocido se aproximó a la puerta de la iglesia y se detuvo ante el agente.

—¿Es él? —preguntó Laine por lo bajo.

—Lo dudo. Tiene pinta de ser otro pedigüeño. Abundan por estas calles.

Un fuerte relámpago iluminó el cielo de la capital lusa. Los truenos llegaron más tarde, advirtiendo de que la lluvia, aún lejana, se acercaba a ellos.

—Eso le matará, amigo —dijo el hombre en español con una notable pronunciación americana.

Ponce rio, pero no le ofreció la mano. Dana observaba con atención y se preguntó si sería él.

—No más rápido que una bala —contestó desde lo alto y tiró el humo por la nariz—. ¿Puedo ayudarte en algo?

El americano sonrió.

—Un poco bastardo, ¿no?

—Sigue caminando, *my friend.*

Después miró a la agente.

—¿Es siempre así o tiene un mal día? —preguntó con una sonrisa, expresándose como podía—. Usted debe de ser la agente Laine. Más bonita de lo que esperaba. Entonces qué, ¿hablamos en un lugar más privado?

—Ya estaba tardando en decirlo —gruñó Ponce, tiró la colilla al suelo y la aplastó con la punta del zapato.

Los tres agentes se adentraron en la bulliciosa rua Barros Queirós que, poco a poco, se vaciaba a causa de los truenos.

* * *

Recorrieron unos metros hacia el otro lado del callejón, entorpecidos por el paso lento de la gente que se paraba a echar fotos. Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre sus hombros.

—¿Les han seguido? —preguntó el americano en su lengua materna. Las formalidades habían terminado. Ahora demostraba quién tenía el peso de la diplomacia.

—No —dijo Ponce—. Nadie sabe que estamos aquí. Sólo ustedes.

—Tranquilo. Este es un asunto interno —respondió el americano fijándose en los rótulos de los comercios—. Estoy aquí por otros motivos. Mañana vuelo a Washington.

—Todavía no nos ha dicho su nombre —comentó la agente, interviniendo en la conversación.

El hombre se detuvo y la miró en silencio. La lluvia comenzó a caer con más fuerza. La pregunta pareció molestarle, como si hubiese sido una impertinencia fuera de lugar—. Es por nuestra seguridad.

A las espaldas del americano, Ponce divisó el cartel luminoso de una vieja taberna portuguesa en la que servían Ginja y licores de

frutas. Antes de comenzar con mal pie, y dado que la lluvia no les iba a dar tregua, intervino en la interacción.

—Americano, ¿bebe? —preguntó desviando su atención. El agente se fijó en el cartel y asintió con la cabeza.

—*Ginjinha, I love it*.

—Será mejor que sigamos dentro, a cubierto —contestó y se dirigieron al bar. El desconocido se quedó el último e invitó con educación a que Laine entrara primero.

—Muy amable, pero le pediría que me tratara como a él —dijo ella—. Nuestras vidas valen lo mismo.

—Entendido, agente Laine —contestó con una mueca y le ofreció la mano—. ¿Le puedo preguntar algo?

—Inténtelo.

—¿Qué tiene que hacer un hombre para cenar con usted… a solas?

Laine juntó las cejas. Lástima que no fuera su tipo, pensó.

—Decir su nombre es un buen comienzo.

—Por supuesto —contestó él, jugando a ser un Casanova de tercera división—. Agente Brown. ¿Eso es todo?

—Siento decirle que no —dijo ella, después le soltó la mano, fingió una sonrisa y entró en el local—. También necesita llamar mi atención.

* * *

Olía a destilado, a aceite frito y a pescado a la plancha. La entrada era estrecha, como la de cualquier bar español. Tras la barra había una treintena de botellas sin etiquetar, rellenas de licores oscuros, un grifo de cerveza Sagres y una variedad de botellas de alcoholes conocidos.

Tres hombres rodeados de barriles formaban un dibujo azul y blanco sobre azulejos de porcelana. Ginjinha Rubi era una tasca con más de un siglo de vida, aunque no recibía las desmesuradas visitas que tenían otros puntos más conocidos de la ciudad. Un camarero limpiaba la barra de granito con una bayeta amarilla. Las escaleras del fondo llevaban al bajo del local donde se encontraban los aseos y el almacén.

Ponce pidió dos licores y una cerveza, excusándose en que tendría que conducir más tarde. A medida que la tormenta comenzó a ser más fuerte, la clientela aumentó. Por suerte, los portugueses eran más sosegados que sus vecinos españoles, ayudando a que el ruido no fuera excesivo y aquellos tres pudieran mantener una conversación privada en un rincón de la taberna.

—Esperaremos a que pare la lluvia —dijo Brown—. Será cosa de minutos.

—Sí, claro, ¿por qué no? —contestó Ponce intranquilo—. Perdone, Brown, pero, ¿por qué no liquidamos este asunto lo antes posible?

La respuesta sorprendió al americano, que respondió arqueando las cejas.

—Tenía entendido que a los mediterráneos no les gustan las prisas.

—Mi familia es del norte —apuntó Ponce—, y ella tiene la sangre mezclada.

Brown corroboró la respuesta mirando a Laine.

—Curioso… Como quieran.

—Nos extraña que, después de tantos años de indiferencia, los suyos tengan interés en saber de nuestra existencia.

—No se enfade, Ponce, no he venido aquí a tensar más las relaciones. Ya le he dicho que es un asunto interno muy delicado —explicó y se tomó el licor de un golpe. Después pidió una segunda ronda para él y para Dana—. Su jefe me dijo que me ayudarían a reunir la información que necesito.

—¿Y cuál es? —preguntó ella.

El americano se apoyó en la barra con un codo, dejando a los españoles de espaldas a la puerta. El local comenzó a llenarse, aunque había espacio suficiente para que nadie los escuchara.

—El agente del MI6 que se reunió con ustedes, Arthur Smith, era un buen amigo mío —prosiguió. Dana miró a su compañero, que se rasgaba las vestiduras con disimulo, aceptando que, tal vez, la novata tuviera razón—. La noche anterior a la explosión, me contactó para avisarme de que había dado con la persona que

estaba detrás del robo de los teléfonos. ¿Qué les contó antes de morir?

—¿Qué quiere usted saber, Brown? —preguntó Laine.

Las piezas del rompecabezas se unían.

Brown, Brown, Brown…, repitió en silencio intentando recordar las iniciales que Hendrix le había dado.

Pero no podía comprobarlo delante de él.

—Todo.

—No nos dijo nada que no sepa usted ya —intervino Ponce—. Nos llevó a la tienda del tendero. El resto lo puede leer en los diarios. ¿Pretenden recuperar el dinero? Las criptomonedas no dejan rastro.

—Vaya, veo que no han entendido la historia —aclaró—. Uno de los teléfonos robados pertenecía a un notorio jeque saudí, y creo que no es necesario mencionar el porqué es tan importante para nosotros. Sucedió durante una fiesta privada en nuestra Embajada, cuatro días antes del atentado de Whitechapel. Tanto la seguridad del edificio como la protección del jeque eran de un nivel máximo. Esa persona tuvo que establecer contacto físico con el saudí para hacerse con el móvil. Pero no hay imágenes, ni testigos de cuándo o cómo sucedió… Otro de los terminales era propiedad de un diplomático americano. Él y su chófer sufrieron un asalto, a punta de pistola por tres encapuchados, en la puerta de su residencia de Mayfair. Cuando intentamos rastrear y bloquear los aparatos, ya habían duplicado los datos y cambiado las contraseñas… Hay que ser muy bueno y muy rápido para llevar a cabo un plan así.

—Hay que ser el mejor —dijo Ponce.

—Uno de los mejores —rectificó el americano.

—¿Han analizado las grabaciones de seguridad? ¿Han interrogado a los empleados que trabajaron en esa fiesta? ¿Alguna huella?

—Sólo tenemos la descripción de un hombre moreno, caucásico y con barba, de estatura media y de complexión atlética. Nadie conoce su nombre, ni su país de procedencia, pero estamos seguros de que se trata de la misma persona que aparece en las grabaciones con el dueño de la tienda. Es la única pista que tenemos. No hay rastro de él por ninguna parte.

—¿Y qué hay de toda esa tecnología que posee su país? Es imposible que haya desaparecido. No debe de haber ido muy lejos en 48 horas…

—Créame, no me he reunido con ustedes para comentar lo que se puede o no conseguir… —aclaró—. No existe registro facial de la persona. Es un profesional, sabe lo que hace y, por lo tanto, se convierte en una amenaza para la seguridad de todos.

Porque está muerto, pensó la agente escuchando sus pensamientos.

—Nos confirmaron que había sido un ataque terrorista —apuntó Laine—. ¿En qué quedamos? ¿También nos mienten a nosotros?

El americano la miró con soberbia.

—Pregúntele a su jefe, no a mí —dijo y se bebió el segundo trago. La lluvia cesó, dejando un leve chispeo en la calle—. Será mejor que continuemos la conversación en el hotel donde me hospedo. Este sitio no me gusta.

—Por supuesto —añadió Ponce—. Pediré la cuenta.

—Antes, si me disculpan, tengo que ir al baño…

El americano se pasó la mano por detrás de la cintura y sacó un iPhone negro, dejando a la vista la culata de la Glock. Luego se perdió por las escaleras.

Ponce estaba furioso, colorado, apoyado en la barra con un billete de diez euros en la mano. Un tipo, de espaldas a él, lo empujó sin querer a causa de un tercero que se abrió paso entre la gente. El agente lo advirtió con una mirada y arrugó el billete con el puño.

—No me lo puedo creer, Laine… Dime que esto no es cierto.

—Me temo que sí, pero no lo quieres asimilar.

—Intento no pensar en voz alta.

—Navarro nos usa para su beneficio. Este hombre busca lo mismo que él.

—No me importa —respondió—. Nosotros estamos al margen de lo que pasó con Rosales.

—¿Alguna vez has pensado que podría seguir vivo?

Su rostro empalideció.

—Ni en broma. Eso sí que es irrefutable —respondió convencido —. Puede que estés en lo cierto, que alguien intente irse de la lengua, pero no pretendas reanimar a un fantasma. Eso sí que no…

—Salgamos de dudas, entonces. Le preguntaré su nombre.

—¿Y piensas que te lo va a decir? Ni siquiera se llamará Brown. Estamos jugando al escondite todo el tiempo. Estoy harto de tanta tontería.

—Entonces le preguntaré qué hacía Arthur Smith en Berlín.

Ponce no respondió. Su problema era que no quería aceptar los hechos, pero era obvio que algo olía a podrido en aquel asunto. De pronto, se escuchó un grito procedente de abajo. Era la voz de una mujer. La confusión se apoderó de los clientes del bar.

—¿Qué diablos pasa? —bramó Ponce y se abrió camino a empujones para asomarse a la escalera. La expresión de horror habló por él—. ¡Mierda! ¡Síguelo, Laine! ¡Es él!

15

Ocurrió de nuevo, delante de todos, a ojos de nadie.

No había sospecha de que Hendricks contaba la verdad.

Laine salió disparada de aquel bar hacia la calle. Las personas se convirtieron en un estorbo.

Se abrió paso entre los transeúntes, siguiendo la silueta de un individuo que caminaba más rápido que ella. Llevaba puesta una capucha para protegerse de la lluvia y de las cámaras.

El desconocido alcanzó la praça de Dom Pedro IV y se mezcló entre la gente, aprovechando el tránsito de esas horas, la confusión del tráfico y los grupos de turistas que llegaban desde la rua Augusta, una de las calles peatonales de la ciudad, que conectaba la plaza del monarca con la conocida praça do Comércio.

Una ambulancia derrapó en la esquina y los coches patrulla de policía colapsaron las entradas de la calle donde estaba el bar. No podía pensar en Ponce. Acechó los pasos de aquel hombre con precaución, intentando convencerle de que no le seguía, rogando para que su compañero hubiera desaparecido de la taberna.

Se ocultó en el interior de una conocida confitería de Belém y siguió a aquel punto negro con la mirada, que cada vez se hacía más pequeño. El corazón le bombeaba a toda velocidad. No podía

perderlo, tenía que cazarlo. Por ella, por Ponce y por quienes estaban involucrados. Si lo dejaba marchar, habría fracasado.

Ahora o nunca, se dijo.

Abrió la puerta y abandonó el local.

El hombre alcanzó el comienzo de la rua Augusta, que se distinguía por las numerosas terrazas que ocupaban el centro de la calle, las diferentes tiendas de marcas conocidas y el suelo de mármol pintado con rombos. Luego miró hacia atrás y se relajó.

Entonces Laine emprendió la persecución como un perro tras su presa. La tranquilidad apenas duró unos segundos. El desconocido, con un oído feroz, echó a correr por los laterales, derribando a todo aquel que se cruzaba con él. Una bandeja de cervezas cayó al suelo, provocando el desconcierto en el centro de la calle.

Alguien gritó "policía", pero los agentes portugueses estaban todavía lejos.

Dana galopó todo lo que fueron capaces sus piernas, aprovechando el sendero que había abierto su objetivo, apurando el oxígeno de los pulmones y esquivando los torpes movimientos de quienes intentaban salir de allí.

A lo lejos vio el arco que ponía fin a la calle. Tenía que alcanzarlo antes de que llegara a él. De lo contrario, lo perdería en la plaza.

Los músculos de las piernas se le cargaban. Ese horrible licor ahora le subía por la garganta.

Aguanta, Dana, aguanta, decía su voz interior, puedes alcanzarlo.

Pero eso no era del todo cierto. Aquel tipo era una auténtica gacela con muchas horas de entrenamiento. Se movía rápido, tenía unos reflejos afilados que le permitían reaccionar con rapidez.

Hizo un último esfuerzo, aumentando la intensidad al ver que su objetivo llegaba al final de la calle. Palpó la CZ 75 bajo la chaqueta, pensando en disparar cuando pudiera abatir al objetivo, pero allí era imposible. Demasiada gente en un lugar tan público. No podía permitirse arriesgar tanto. Quizá esa fuera la razón por la que el individuo había tomado esa dirección.

Las zancadas de Dana recortaron distancias. Cada vez estaba más cerca de él, a pesar de que el hombre no se detuviera. Cayeron sillas al suelo, los coches pitaban en los cruces de las perpendiculares que cruzaban la peatonal.

Nada les podía detener. Algunos comerciantes se asomaban a curiosear al exterior, sorprendidos por la velocidad con la que corrían.

Laine sacó fuerzas de donde no las había. Podía sentir que lo tocaba, que olía esa colonia que sudaba con cada metro recorrido. Estaba tan cerca que ya era suyo.

Un salto certero y, ¡pum! Estaría sobre él, pensó.

De pronto, vio a una mujer joven que salía por la puerta corrediza de una tienda de textiles, empujando un carrito. En él, había un bebé que movía las manos. La madre le hacía carantoñas, descuidada de lo que venía contra ella. El encapuchado estaba a punto de llevársela por delante.

Dana frenó en seco.

—*Atençao!* —gritó a pleno pulmón, llamando la atención de la mujer, que no había visto la llegada del hombre. Rápida, tiró del carro con estupor y se echó a un lado, cruzando el umbral del local. El bebé comenzó a llorar, asustado por el pánico del momento. Su

lamento se escuchó por toda la vía y las reprimendas no tardaron en llegar por los viandantes enfurecidos.

En la calle se formó un círculo de personas alrededor de la madre.

Dana recuperó el aliento, pero el objetivo se perdió a lo lejos. No entendía qué había sido eso, por qué su subconsciente la había traicionado de esa manera. Estaba horrorizada. Aquel accidente podría haber determinado su éxito.

El desconocido continuó sin miramientos hacia la praça do Comércio, cruzó entre los tranvías y se dirigió a la costa. La agente no se detuvo y siguió al acecho, pero ya no estaba en las mismas condiciones, ni se sentía tan fuerte. En ocasiones, la diferencia entre las situaciones de dos personas no es más que un golpe de suerte, el uso apropiado de un cruce de coincidencias y la oportunidad o instinto de saber verlo.

Momentos que suceden una vez y que no vuelven a repetirse en toda una vida. Dana estuvo cerca de agarrarlo, pero su instinto decidió por ella antes que lo hiciera la razón y ahora lo había perdido.

Desconsolada, echó un vistazo a su alrededor con los brazos en jarra y sintiendo un fuerte dolor en la sien debido al calor corporal repentino, a la brusca oxigenación y al esfuerzo que había realizado en tan poco tiempo.

Con el río Tajo al frente, el nuboso cielo encima y la inmensa plaza vacía, debido al chaparrón, Laine caminó hacia el centro de la explanada, donde se encontraba la estatua ecuestre del monarca

José I, y se sentó a los pies, en uno de los peldaños, tomando una visión periférica del entorno.

¿Dónde estás, cabrón?, se preguntó en voz alta cuando reconoció una figura en la avenida que bordeaba la costa. El hombre se desprendió del abrigo, tirándolo a un contenedor de basura, y continuó por el muelle del oeste. Parecía tranquilo, también agotado y convencido de haber dado esquinazo a Laine. Ella sintió un alivio interior. Si las coincidencias nunca se repetían, las segundas oportunidades raras veces se daban. Y en ésta, debía ser más precavida.

A lo lejos, agentes de policía comenzaban a llenar la plaza.

La agente retomó la caza, manteniendo la distancia para no llamar la atención del hombre. Bordearon el Palacio de Justicia por los jardines que daban a la parte trasera del edificio y regresaron a una circunvalación por la que entraban los vehículos que llegaban a la ciudad.

Entonces Laine interpretó sus intenciones. Frente a la glorieta se encontraba la estación de ferrocarril que conectaba Cascais con Lisboa.

El objetivo entró en el edificio. Dana lo siguió precavida, decidida a sorprenderlo antes de que subiera al tren.

Sin esperarlo, se vio rodeada de un montón de viajeros portugueses y de otras nacionalidades que entraban y salían de la estación. Por el altavoz, una mujer anunciaba la llegada de los ferrocarriles.

Vigiló sus pasos, cada uno se compró su billete y cruzaron el torno de seguridad. Laine agarró uno de esos diarios gratuitos para

taparse el rostro. La presión arterial aumentaba. Estaba más nerviosa que antes. Lo tenía a escasos metros y el hombre no había percibido su presencia. Un despiste podía arruinarlo todo.

El tren con destino a Cascais abrió las puertas de los vagones. Era un trayecto corto, con varias paradas entre medias.

El hombre actuó tranquilo, como si fuera un viajero más. Entró en uno de los vagones y Laine se subió al contiguo. Todavía no había visto su rostro con claridad. La curiosidad la estaba matando. Conforme montó, el tipo se dirigió hacia el coche contrario. La agente lo observó por la ventana que separaba ambos vagones. Esperó a que cruzara. Vigiló sus pasos, tranquilos, pero calculados. Quería que se relajara.

Cuando lo perdió de vista, contó hasta tres y agarró la manivela para continuar.

Alguien carraspeó a su espalda.

—Buen trabajo, agente —dijo Ponce, a centímetros de ella. Laine jamás creyó que se alegraría tanto al escuchar la voz de su compañero. Era una buena noticia, después de todo—. Estoy orgulloso de ti. Siento haber desconfiado de tu palabra.

—Gracias. No importa ahora —contestó sonrojada y le indicó dónde estaba el individuo—. Cuando esto acabe, me explicarás cuál es el secreto para salir airoso.

—Si te lo contara, dejaría de serlo —respondió, pasando el brazo por delante de ella para empujar la puerta—. Ten mucho cuidado, Laine. No podemos montar un número aquí dentro.

* * *

La pareja del CNI continuó hasta el siguiente compartimento. El objetivo se quedó parado en el pasillo del vagón contiguo y le preguntó algo a otro pasajero. En cuestión de minutos, el tren se detendría en Belém. Desde aquel pueblo, regresar a Lisboa no suponía un problema. Incluso, se podía lograr a pie, ya que la distancia no era excesiva. El sujeto siguió hacia el siguiente coche.

Ponce advirtió de nuevo a Laine.

—Creo que es consciente —dijo el agente—, sabe que lo están siguiendo.

—¿Cómo estás tan seguro? Se muestra muy tranquilo.

—También lo parecemos nosotros, ¿no? —cuestionó—. Lo último que nos interesa es que se altere. Pero me temo que trama algo.

—Aquí dentro las posibilidades son limitadas.

—Cualquier cosa es posible, Laine. Puede escapar del tren o volar por los aires todo el ferrocarril.

—¿Qué propones? —preguntó ella.

El comentario de Ponce le había producido escalofríos, pero debía mantener la templanza.

El agente estudió los horarios del tren en un tarjeta adhesiva que había bajo la ventana. Después comprobó la hora.

—No tenemos demasiado margen, antes de que hagamos otra parada —explicó—. Es una idea poco ortodoxa, pero efectiva. Le presionaremos para que llegue al último vagón. Pase lo que pase, no saques el arma hasta que estemos solos. No le dejaremos salir.

—Poco ortodoxa y poco inteligente. ¿Y si se resiste?

—No lo hará. Al menos, hasta que no le quede opción. Ahora mismo, la CIA ha puesto precio a su cabeza.

—Y Navarro a la nuestra.

Ponce se rio.

—Pero Navarro es una rata que nunca paga.

Se pusieron en pie, anduvieron hacia la puerta y notaron cómo el individuo, sin mirar atrás, se dirigía al siguiente coche.

Cruzaron dos más, cada vez con más rapidez y menos cuidado. Finalmente, el objetivo había llegado al último. El tren se acercaba a Belém. La normalidad no despertó el interés de los pasajeros.

Ponce lanzó una mirada a Laine y asintió con la cabeza.

El último vagón conectaba con la sala del maquinista. Entre ambos, había un espacio para la salida, donde también se encontraba el baño del tren. El individuo siguió hacia la última puerta. A Laine le costaba tragar. Los viajeros del penúltimo vagón se extrañaron con la presencia de los dos agentes, que fueron directos a por el tercer hombre. La manivela metálica se giró.

—Ahora… —dijo Ponce y alcanzaron el último coche.

Cruzaron la entrada y no vieron rastro de él, por lo que sólo podía esconderse en un lugar. Los pasajeros miraron con indiferencia. Algunos dormían, otros escuchaban música o leían el diario. Llegaron a la puerta que conectaba con el conductor.

Ponce la golpeó con los nudillos, pero nadie respondió. Agarró la manivela y tiró hacia él, pero estaba cerrada con llave.

—Maldita sea... —murmuró.

Las hojas de un periódico volaron contra ellos, dificultando la visión del espacio. Una figura se levantó del asiento y se giró hacia los agentes. La pareja se puso de rodillas. Un fuerte disparo impactó contra la chapa superior. Se oyeron gritos de pavor, sollozos y lágrimas de desconcierto. El miedo se apoderó de la situación. Todo el mundo quería huir del vagón y salir del tren. El hombre regresaba al siguiente coche.

—Joder, Laine. ¡Vamos, vamos!

Un pasajero con bigote perdió la cordura, gritando y moviéndose en círculos. Ponce lo agarró y le propinó una bofetada que lo trajo de vuelta.

El altavoz anunció la llegada a Belém. Cruzaron el compartimento, el vagón se encontraba vacío. Los pasajeros habían huido espantados por lo que pasaba. No había rastro del atacante y por la ventana se podía ver el andén de la estación. Aceleraron el paso, pero fue inútil cuando llegaron al siguiente coche. La cola para salir era interminable. La puerta se abrió y no pudieron verlo abandonando el tren.

Como aves en un corral, los pasajeros salían del tren despavoridos. Cinco agentes armados esperaban apuntando a las inmediaciones. Los policías se acercaron a las puertas de los vagones.

—Sal tú por aquí, no te dirán nada —dijo Ponce—, yo continuaré, a ver si lo encuentro.

—¡No! Iremos juntos.

—Ustedes no van a ninguna parte —dijo un oficial, acompañado de otros dos compañeros que les apuntaban al pecho—. Vienen con nosotros.

El sentimiento de derrota fue incontrolable.

A Laine le hubiera gustado destrozar uno de esos asientos, pero tuvo que comportarse ante los lusitanos.

Con la cabeza gacha y la atención puesta en el andén, lo vio saliendo con parsimonia, como si fuera uno más.

La mirada se le iluminó.

Tocó a su compañero, que en ese momento daba explicaciones a los oficiales.

—¡Es él! —gritó—. ¡Se escapa!

Pero las palabras no surtieron efecto.

Nada podía desviar la atención de esos policías. Las manos heladas de uno de los hombres, la agarraron por la muñeca. Después sintió el frío metálico de las esposas. Sonó un chasquido que inmovilizó sus brazos. Las mismas manos le palparon las costillas, retirándole el CZ 75 del interior de la chaqueta.

Ponce guardó silencio ante las preguntas en portugués que hacía el oficial de policía.

Los sacaron de allí ante la mirada de los viajeros, que observaban perplejos. Se habían equivocado de personas, de enemigo, de objetivo. El auténtico peligro seguía fuera, pero sus voces no tenían ningún tipo de influencia. Las condiciones que Ponce exigió, sólo sirvieron para irritar aún más a los policías. Las explicaciones tendrían que dárselas al superior. Los sacaron de la

estación de Belém sin armar más escándalo y los acompañaron a un furgón policial que los llevó a la comisaría.

16

Un café y unas galletas envasadas que sabían a rancio. Eso fue todo lo que recibieron por parte de la gendarmería lusa.

Los españoles tampoco colaboraron para que el almuerzo fuera mucho mejor. Ponce y Laine se mantuvieron callados, evitando el contacto visual cuando les preguntaban, negando las acusaciones que recibían y exigiendo que les dejaran en libertad.

Los policías sabían que, si se pasaban de frenada, esos dos individuos les podrían traer serios problemas, así que los dejaron en paz. Un interrogatorio breve y sin éxito fue suficiente para sacarlos de allí. Dana siguió los actos de su compañero.

Si Ponce decía algo, ella lo corroboraba. Si el agente guardaba silencio, Laine miraba a la pared de cemento con el rostro inexpresivo.

Después de media hora jugando al despiste, la pareja se identificó como agentes del CNI. Los policías se miraron estupefactos. Uno decidió qué hacer con ellos, soplando las instrucciones al oído del compañero.

Más tarde, los trasladaron a una sala aséptica de color gris en la que los encerraron por más de dos horas.

Los minutos pasaban despacio para los dos. Las miradas de complicidad lo decían todo. Nada de comentarios allí dentro. Más tarde vendrían las conversaciones pertinentes. Por el momento, sólo podían esperar a que alguien los sacara de allí. Y el desenlace de aquella historia no iba a tener un final feliz.

La puerta se abrió.

Escucharon hablar portugués al otro lado del tabique. Cuando vieron quién era, se sorprendieron.

La agente Escudero iba acompañada de dos hombres vestidos de paisano, a los que no habían visto antes en aquellas instalaciones.

La jefa tenía una expresión preocupada. Farfulló unas palabras en el idioma local y los dos acompañantes miraron con desprecio a los agentes españoles, que permanecían sentados alrededor de una mesa.

Durante unos segundos, ninguno de los tres se atrevió a hablar. Cuando Ponce quiso romper el hielo, la jefa lo detuvo.

—Ahora no —contestó—. Será mejor que nos marchemos.

Sin más, se pusieron en pie, recorrieron un pasillo diferente al que les había llevado hasta la sala y se pararon ante un mostrador. Allí recuperaron sus objetos personales, los abrigos, los pasaportes falsos y las armas reglamentarias. Se limitaron a obedecer, imaginando los hilos que Escudero habría tenido que mover para marcharse de rositas.

Cuando llegaron a la puerta principal del edificio, uno de los hombres que había acompañado a la jefa, se quedó junto a ella. Entonces Dana lo comprendió todo. La manera en la que el portugués hablaba a Escudero, era la de un hombre que había

dejado marchar al amor de su vida. Conocía esa mirada culpable, ese rostro marcado por lo que pudo ser y nunca fue. Estrecharon las manos y ella le tocó el hombro, como gesto de cariño, sin excederse demasiado.

—*Obrigado…* —dijo la agente en voz baja, con unos ojos que emanaban melancolía. Después se despidió y caminó hacia los subordinados.

—En estos momentos, me debéis la vida.

* * *

Regresaron a Madrid en un vuelo privado de cincuenta minutos. Escudero se mostró distante, pensativa, como si se arrepintiera de lo que había hecho. Ponce, por una vez, se tragó el orgullo y aceptó el favor de su jefa, preguntándose ahora cómo afectaría a su carrera. Dana, por su parte, intentó mostrarse empática con la mujer, pero le faltaban las palabras y los gestos. No sabía cómo expresar su agradecimiento. Su madre nunca le había enseñado a ser una persona complaciente.

Aterrizaron sin problemas en Barajas y un vehículo del Estado los trasladó a «La Casa». En todo el trayecto, Escudero sólo habló para decirles que Navarro no estaba al corriente de lo sucedido y, por ende, tampoco lo estaba nadie. Se limitarían a responder a sus preguntas con la mayor claridad posible cuando éstas llegaran.

—Nunca, bajo ninguna presión —exigió Escudero señalándolos con el dedo acusador y retomando el tono formal y distante—,

cuenten lo que ha sucedido. Eso es cosa de la CIA.

Y la CIA tomaría sus propias medidas sin hacerle preguntas a nadie. Como ellos, el agente Brown tampoco habría estado allí. Los americanos se encargarían de ocultar los hechos.

Con el corazón en un puño y el regusto de las galletas aún en el paladar, Laine se sirvió un vaso de agua en la oficina, antes de entrar en el despacho de Escudero.

Una vez dentro, la superior dio órdenes a su secretaria de que no le pasara llamadas, ni visitas, sin importar quién reclamara su atención. Luego pidió que se sentaran frente a ella.

—Tienen quince minutos para darme una explicación, antes de que cambie de opinión y le entregue sus cabezas a Navarro —dijo con los brazos extendidos sobre el escritorio de madera—. Así que hablen, sin rodeos y contando sólo la verdad.

—Lo primero es que nos gustaría agradecer lo que ha hecho por nosotros —dijo Ponce para aliviar los ánimos—. De verdad, señora.

—Déjese los lloros para más tarde. Quiero mi respuesta.

—Navarro nos ha tendido una trampa —intervino Laine—, desde el principio.

Escudero cerró los ojos y ladeó la cara, como si no quisiera oír más excusas inculpando a terceros.

—No, Laine. Se lo ruego. No me caliente.

El compañero la miró dándole su apoyo. Tenía que intentarlo, aunque Escudero no la creyera.

—La persona que mató a Brown, era la misma que activó la bomba de Whitechapel que terminó con el agente Smith —replicó

Laine titubeante, dejándose guiar por una mezcolanza de instintos, evidencias y hechos vividos en las últimas horas.

—Agente Jack Brown, de la CIA —señaló su compañero antes de que prosiguiera con la explicación—, para ser más precisos.

Dana lo miró sorprendida.

—¿Cómo conoces su identidad?

—Le robé el pasaporte antes de que llegara la policía.

—¿Dónde está?

—Lo tiré a una papelera, para ganar tiempo.

—Estupendo —murmuró Escudero enfadada.

—Señora, si me da una tregua, podría explicarle por qué ese hombre quería que nos reuniésemos con él, igual que lo hizo Smith —continuó insegura de los pasos que daba—. Todo ha sido un invento, una cortina de humo para ocultar información. No existen pruebas que atribuyan estos ataques al DAESH, porque la verdad es muy distinta.

—¿Y cuál es, agente? Llevo un rato escuchándola y aún no me ha dicho nada.

—Arthur Smith, para empezar, no era del MI5, sino del servicio secreto internacional británico. Operó en Berlín, días antes del atentado. Me temo que Brown también estuvo allí, debido al vínculo de amistad que había entre los dos agentes —contestó. Escudero no podía ocultar su reacción. Sabía de lo que hablaba, pero no entendía cómo una novata había llegado tan lejos. Era imposible. El informe era confidencial y estaba protegido bajo una contraseña que sólo Navarro conocía—. Desconozco lo que sucedió durante los días

previos al ataque, si tenía alguna clase de relación con Rosales y con el agente alemán que colaboró con él.

—¡Basta! —exclamó con los ojos cerrados. Oír esa historia la estaba volviendo loca. Después se dirigió a Ponce—. Esto es cosa suya, ¿verdad? No podía quedarse tranquilo hasta que no llegara al final.

—Se equivoca. Ella solita…

—No, señora —intervino Laine, levantándose del asiento y poniéndose entre los dos—. He sido yo quien se hizo las preguntas después de la bomba de Londres.

—Tú no sabes nada, Laine —respondió hostil, rebajando la formalidad—. ¿En qué estabas pensando? ¿En obtener reconocimiento? ¿Aprobación? ¿Qué pretendías? ¿Buscar el cariño que tu madre no te había dado de pequeña? ¡Vaya estupidez! No te haces la idea del embrollo en el que nos has metido a los tres.

Las palabras de Escudero dolieron como puñaladas en el costado.

No podía imaginar que, la única mujer que representaba la fortaleza de aquel lugar, acabara de decirle en alto lo que pensaba de ella.

Tomó una profunda respiración y apretó los puños para contenerse. Su explicación había levantado ampollas, eso era evidente, pero no debía dejarse guiar por las emociones. Tenían que encontrar a ese hombre antes de que siguiera ejecutando a más gente. Averiguar su próximo movimiento.

—Escúcheme, Escudero. Todavía no ha terminado. Hay un tercer nombre en la lista.

—No, no es posible —murmuró preocupada, ajena a lo que la subordinada le decía—. Pagaron por su silencio.

Ponce parecía confundido con la reacción de la jefa. ¿Había llegado Laine tan lejos como pensaba? De pronto, comenzó a unir piezas en su cabeza.

—Señora, ¿de qué está hablando?

—De la Operación Doble —respondió Laine, completando la frase. Ella fue más rápida que su compañero. Escudero conocía lo ocurrido en Berlín y ahora la tenían contra las cuerdas—. Usted lo sabía, ¿verdad?

La mujer se derrumbó.

Podía negarlo, fingir que desconocía el interior de ese informe, pero las mentiras no tendrían recorrido. Se había delatado a sí misma.

—El tercer nombre de esa lista es el de Dieter Schütz —dijo con voz seria y carente de emoción—, el agente del BND que acompañó a Rosales al piso franco de los terroristas.

—Lo que voy a decir es una barbaridad —dijo Ponce—, y espero que me dé la razón.

—No, no lo es. Me temo que tiene razón, agente. Y Laine. Usted conoce al hombre que ha matado a esos agentes.

—No, no le creo. No es posible.

—Y Navarro también —intervino Laine.

Escudero miró a la chica. Su odio se había transformado en una vergüenza que ya no ocultaba en sus ojos.

—Así lo pienso. Dios mío, esto es horrible. Nunca debió suceder. Esta conversación no es real.

—Eso no es lo peor —dijo Laine—. Ha sido una reportera de The Guardian quien me lo ha contado todo. Quiere hacerlo público.

—Hay que detener esto.

—Dígalo —soltó el agente, acalorado y tenso como una viga de acero—. Diga que hay que parar a Rosales.

—Agente Ponce... Me resulta igual de escabroso que a usted.

—Nos dijeron que había muerto.

—Y así fue, aseguraron que lo encontraron sin vida, pero todo se complicó en el último momento y no regresaron a por el cadáver.

—¿Y la policía alemana? ¿Y la científica? Nadie roba un cuerpo…

—No lo sé, Ponce. Eso fue lo que contaron.

—Usted lo sabía y le dijo a su familia que no volvería a verlo.

—Era lo correcto.

—¿También redactó ese informe?

—¡Deténgase! No tolero que me falte al respeto ni una sola vez más —dijo acorralada por la discusión—. Nunca leí ese documento porque no me permitieron saber más de lo necesario. Cumplí con mi deber y me encargué de mi trabajo. ¿Qué habría hecho usted, Ponce?

—Lo mismo, quizá. Obedecer como un sumiso… pero pensé que usted era diferente.

—Rosales es el único que conoce la verdad.

—¿Y qué hay de cierto en lo que nos cuenta, señora? —preguntó Laine poniéndose de parte de su compañero.

—Les he dicho todo lo que sé.

Ponce se levantó, se apretó el cinto y agarró su abrigo. Tenía los ojos encendidos, pero era incapaz de mirar a las mujeres a la cara.

—¿A dónde va? No le he dado permiso para retirarse.

—Demasiado tarde, jefa.

—¡Agente, no salga por esa puerta! Lo lamentará el resto de su vida —amenazó. Dana dio media vuelta y caminó hacia la salida—. Puedo mandarles a la cárcel. ¿Usted también, Laine?

El compañero hizo pausa antes de abandonar el despacho.

—No lo conseguirá sin nuestra ayuda —dijo confiado, aún de espaldas a la supervisora—. Tal vez pierda a sus dos mejores agentes, pero usted irá después, señora. La noticia saldrá, buscarán responsables, Navarro la tirará a los leones y se limpiará las manos manchadas con su sangre. Esta vez no se salvará.

—Vigile sus palabras… Está siendo un impertinente y un bocazas, Ponce. Recuerde que aquí todos somos prescindibles —remarcó—. No les necesito para hacer mi trabajo.

—Como quiera, busque a otros agentes, pida ayuda externa si lo necesita, pero ambos sabemos que nadie conoce mejor a Rosales que yo —dijo él—. Me prepararé para firmar el cese. Suerte con su búsqueda.

—¡Pare! —dijo desesperada—. No se vayan, por favor. Les contaré lo que me dijeron.

—Quiero algo más que su versión de los hechos.

—¿Le parece poco hablar de un tema clasificado?

—Sí. ¿Dónde se encuentra Schütz?

—En Berlín.

Tenía sentido para Laine. Rosales reescribía la historia, regresando al inicio de todo.

—Pues que lo comunique a sus colegas alemanes de la misión. Schütz necesita protección, aunque sólo sirva para entorpecer a Rosales. Eso nos dará algo de ventaja.

—¿Bromea? No puedo hacer eso. Es Navarro quien da las órdenes —contestó la jefa—. Se enteraría y me pediría una explicación.

—Entonces consiga un vuelo directo a Berlín y la dirección del domicilio de ese espía —exigió. Escudero desconfiaba de las intenciones del agente. Rosales había sido su alma gemela, el hermano que nunca había tenido. Darle la dirección de Schütz ponía en riesgo la vida del alemán. El agente Ponce era capaz de matarlo con sus propias manos, antes de que llegara su compañero para evitar que el asunto fuera a mayores. Escudero se encontraba en una situación delicada—. ¿Qué sucede? ¿No se fía de mí?

—Laine irá con usted —apuntó—. Rosales es un agente experimentado.

—Ni hablar. De esto me encargo yo.

—Eso no lo decides tú —dijo Laine, de nuevo molesta por la falta de empatía que solía demostrar el espía en los momentos más tensos.

—Haré que lo que me pide, pero bajo una condición.

—Usted dirá.

—Si viaja a Alemania, tendrá que matar a su excompañero —replicó tajante—. Los muertos no pueden revivir.

—¿Y si me niego?

—Cometerá un error y lo pagarán los dos —respondió convencida de sus palabras—. Por eso quiero asegurarme de que Laine

terminará el trabajo, en caso de que no se vea capaz.

—Matar o morir, Escudero. Lo tengo muy claro.

—Todos lo tienen, hasta que llega la hora —dijo poniendo fin a la conversación. Para su sorpresa, Ponce regresó a las sillas que había frente al escritorio y se apoyó en una de ellas. Después miró de arriba a abajo a su jefa e invitó a Laine a que se sentara—. Le diré a Marta que comience los preparativos y organice el viaje.

17

El cielo presentaba un color gris extraño, debido a las nubes que cubrían la noche de Madrid. Desde la ventanilla de su asiento, la ciudad se veía como un hormiguero de pequeñas luces que se movían despacio.

Volar de noche era diferente a hacerlo de día.

La oscuridad evocaba el regreso, la vuelta a casa, al trabajo terminado. Sin embargo, en esa ocasión, ninguno de ellos había logrado finalizar nada. Cada paso adelante que habían dado, les había obligado a retroceder dos. Serían los últimos, se prometió mirando al agente. Él intentaba conciliar el suelo, con la cabeza apoyada en el asiento y los dedos entrecruzados sobre la rodilla.

Escudero les había contado su versión de lo sucedido durante aquellos días en Berlín. Regresar al lugar de los hechos, no era lo más agradable para la agente.

La Operación Doble había sido un éxito, aunque se hubiese intentado demostrar lo contrario.

Por primera vez, después de muchos años, España volvía a significar algo para los servicios secretos.

Debido a una mala gestión por parte de los ministerios, y las decisiones erróneas que algunos representantes políticos habían

tomado en el pasado, el CNI se quedó solo.

Durante años, sólo tuvo el apoyo de los italianos y de los portugueses, con los que siempre había mantenido una buena relación.

Y, a pesar de lo que se dijera en Bruselas, en Europa existían prioridades.

Alemania era el epicentro de las comunicaciones. Berlín seguía siendo la capital del centro del continente por donde pasaban todos los mensajes. Aunque el muro ya había sido derribado, Alemania seguía informando a los americanos de lo que sucedía en el este, así como en el norte.

Después iban los franceses.

Francia era el segundo país más influyente, la cuna del islamismo fundamentalista y el campo de experimentación para los americanos. El DGSE no tuvo reparos en ofrecerle a la CIA su colaboración.

Por último, quedaba el MI6 británico. Una agencia que operaba de manera independiente, con la altivez que les caracterizaba, moviéndose por todo el continente con libertad y actuando por y para sus propios intereses.

La ola de sucesivos ataques en Europa y la amenaza Rusia en Ucrania, provocaron que los países más fuertes de la OTAN pidieran ayuda a sus colegas más olvidados.

La Operación Doble fue un experimento colaborativo, a espaldas de la INTERPOL y de los organismos oficiales, orquestado desde el primer día por los norteamericanos.

Tenían gran interés por combatir el terrorismo desde dentro, aplicando sus programas de entrenamiento sobre los radicales detenidos. Un proyecto secreto del que sólo los países implicados tendrían conocimiento. No era el único que se estaba realizando en Europa, aunque sí el primero que incluía al CNI como parte de él. A raíz de los atentados del 11 de marzo, dada la situación geográfica y el éxito de las misiones que el CNI y el CNP habían llevado a cabo a posteriori, España cobró notoriedad y despertó el interés de la CIA.

La Operación Doble reunió a cuatro espías extranjeros en Berlín: Arthur Smith del MI6 inglés, Jack Brown de la CIA, Dieter Schütz del BND alemán y Francisco Rosales del CNI español. Tres días, durante las navidades de 2016. Su misión: capturar a Anis Amri, un tunecino radicalizado con intenciones de atentar en Berlín, para someterlo al programa de adiestramiento.

Amri sería el primer sujeto entrenado para infiltrarse en el corazón del DAESH.

El BND informó a los cuatro miembros del plan: dos hombres de nacionalidad turca y el tunecino atentarían días más tarde con un explosivo móvil. La razón: el bombardeo alemán, junto a los Estados Unidos, contra tropas fundamentalistas en Irak y Siria.

Los cuatro espías localizaron el minúsculo apartamento de cuarenta metros cuadrados, donde el tunecino Amri y sus dos amigos vivían y planeaban la masacre.

Amri había llegado un año antes a la capital alemana en busca de trabajo. Había salido de Italia, tras pasar unos años en prisión por lesionar a un guardia y provocar altercados. Llegó hasta la ciudad de Kleve, al norte del país, donde intentó pasar por egipcio para

conseguir el asilo político. Para entonces, Anis ya formaba parte de los círculos yihadistas que captaban a los más jóvenes para enrolarlos en la guerra.

Con la colaboración de la policía alemana, el 8 de noviembre cayó la primera célula de la que formó parte. Él se libró del arresto.

Anis tuvo una vigilancia exhaustiva durante un año por el BND durante su estancia en Dortmund, pero la investigación cambió de manos cuando se trasladó a Berlín.

Allí la CIA supervisó el resto. La Operación Doble daba comienzo.

El tunecino era un joven con carácter, muy emocional, pero idóneo para someterlo al programa y convertirlo en un agente doble. Conocían cada movimiento que hacía. Con quién hablaba, qué leía, qué música escuchaba y hasta cuál era su plato preferido. La CIA era consciente de que recibía financiación con criptomonedas. La única manera de seguirle el rastro, era a través de su cuenta personal. Utilizó el dinero para comprar explosivo plástico en la Dark Web y preparar un ataque bomba en el centro de la ciudad, pero no podían detenerlo. No tenían pruebas útiles.

Pasaron dos meses, la nieve pintó las calles de blanco. El mercado de Navidad atraía a miles de alemanes de todo el país y Anis estaba listo para su misión.

El éxito de la Operación Doble era prevenir el desastre, neutralizar a los testigos, hacerse con las cuentas que empleaba y, como máxima prioridad, detener a Anis.

Estaban a punto de salvar miles de vidas.

Según la versión de Escudero, todo pareció marchar bajo control hasta el 19 de diciembre de 2016, el último día de la operación.

Algo salió mal cuando irrumpieron en el apartamento.

Hubo una refriega, Rosales recibió un tiro en la cabeza, el objetivo escapó y Schüzt quedó gravemente herido.

Como estaba previsto, Smith y Brown no figuraron en el informe porque lograron sobrevivir.

Horas más tarde y sin carga explosiva, Anis improvisó su plan dejando un reguero de víctimas en la capital, para después huir en tren hacia el sur de Europa. Primero Francia, después Italia. En Milán, de madrugada, dos policías le pidieron la documentación. Anis respondió a tiros y los gendarmes abrieron fuego. Ese fue su final. La Operación Doble había sido un fracaso.

Esa era la verdad que conocía Escudero.

Esa era la historia cronológica que habían memorizado.

Pero, ¿qué sucedió realmente?, se preguntó Dana mientras su cuerpo se relajaba con el zumbido del motor.

—¿Puedes dormir? —preguntó Ponce, harto de buscar una posición cómoda.

—No. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Te entiendo.

Ella giró el rostro y lo miró.

—No crees a Escudero, ¿verdad?

Ponce negó.

—Creo que ella tampoco es consciente de lo que pasó —dijo formando una arruga en la frente—. Conocía bien a Rosales. Era preciso, experimentado y, a diferencia de nosotros, tenía la sangre más helada que un fiordo. Algo debió ir mal.

—Una traición.

—Una puñalada trapera —dijo y suspiró—. Ahora que conocemos la verdad, es duro aceptar que lleva casi tres años oficialmente muerto… No sé lo que se siente al vivir de esa manera, pero ha de ser muy jodido. Es probable que haya visto cómo su familia lloraba por él.

—¿Consideras que es un plan de venganza?

—No lo pienso, lo creo —respondió—. Los está matando a todos, sin importarle las consecuencias. En este oficio debes entender que las relaciones se rigen por los intereses de los países y no de las personas.

—¿Las nuestras también? —preguntó ella desconcertada.

—De momento, trabajamos para el mismo organismo —contestó quitándole seriedad—. Rosales se ha tomado lo que le hicieron como algo personal… y ha perdido la cabeza.

—Esta vez te matará si intentas detenerlo.

—Lo sé —dijo él sin inmutarse—. Te diré una cosa.

—Dime.

—Después de saber esto, ya no me siento culpable por lo que le sucedió.

—Me alegro por ti, aunque dudo que eso varíe algo.

—No, Laine. Eso lo cambia todo.

* * *

Los relojes de la histórica Alexanderplatz marcaban las doce y media de la madrugada. La enorme plaza brillaba, rodeada de edificios

funcionalistas que recordaban el periodo soviético.

Una vez que aterrizaron en el aeropuerto internacional de la capital, los agentes subieron a un taxi que los llevó hasta la famosa plaza.

Ponce y Laine se fijaron en una comisaría que había junto a las vías del tranvía. Los rótulos de neón de los carteles publicitarios iluminaban el cielo con colores fluorescentes.

—Según las indicaciones del mapa —dijo él mirando a la pantalla del terminal—, no estamos muy lejos.

Cruzaron una gran avenida de doble sentido que separaba la estación de trenes y de la plaza, y tomaron Rosa-Luxemburg, una calle residencial tranquila y oscura, plagada de tiendas, pequeños restaurantes y algún que otro hotel de pocas estrellas.

A diferencia de Alexanderplatz, y pese a no haber recorrido gran distancia, percibieron que la actividad era escasa por aquella zona. Apenas había coches y transeúntes nocturnos de vuelta a casa. Algunos ciclistas pasaban a toda velocidad. Dana miró hacia atrás y contempló por encima de sus hombros la gran antena de comunicaciones.

El agente vivía en una zona residencial acomodada, aunque la calle tuviera el aspecto de cualquier vía del Berlín Oriental. Después de pasar por delante de varias fachadas de colores, se encontraron con la tienda de buzones de la que Escudero les había hablado.

Estaban frente a la puerta del número 15 de Rosa-Luxemburg.

—Es aquí —dijo Ponce en voz baja. En la acera sólo se escuchó su voz.

Miró hacia la entrada, una puerta de hierro que pretendía parecer de madera. La cerradura era pequeña, así que pensó que el bombín no sería muy resistente. A la derecha, pegados a la pared, se encontraban los timbres—. Déjame un pasador del pelo.

—Claro —dijo ella y sacó uno del bolsillo.

Después Ponce agarró una ganzúa que llevaba en el abrigo y, en cuestión de segundos, forzó el pasador de la puerta.

Empujó hacia dentro, con el brazo extendido y comprobó la entrada.

—Adelante —dijo asegurándose de que nadie los había visto.

* * *

Tomaron las escaleras para subir hasta la tercera planta. Estaba oscuro, pero prefirieron no utilizar la luz. En los viejos bloques del Este, cuando se pulsaba el interruptor del edificio, se podía escuchar en el resto de viviendas.

Schulzt estaba divorciado, como muchos otros agentes. Trabajar para la Inteligencia destruía las relaciones familiares. No sólo se trataba de mentir a los demás con el fin de protegerlos, haciéndoles creer que el trabajo era mera burocracia de oficina, sino que tampoco se les podía dar demasiados detalles sobre quiénes eran en realidad. Tarde o temprano, sin importar el sexo de la persona afectada, la parte más perjudicada pedía el divorcio. Una vida feliz no se conseguía con una convivencia carente de compromiso.

Amar a la otra persona, no era suficiente.

Los agentes llegaron a la puerta. Todo parecía tranquilo. Oyeron el ruido de una televisión que procedía de más arriba.

Siendo la hora que era y en la situación en la que se encontraban, lo más probable era que el alemán fingiera no estar allí o tratara de huir por alguna ventana. No esperaban colaboración por su parte. Nadie sonríe cuando dos desconocidos tocan a la puerta de madrugada.

Así que debían ser rápidos, hacerle entrar en razón y sacarlo de allí lo antes posible.

Laine fue a empuñar la pistola, cuando Ponce le dijo que la guardara.

—Ahora, no.

Obedeció y se echó a un lado.

El agente tocó a la puerta, pero nadie respondió.

Volvió a insistir y acercó la oreja a la madera. Logró oír unos pasos que se aproximaron a la entrada. Se echó hacia un lado y clavó los ojos en la mirilla.

—Who are you? —preguntó una voz masculina y ronca, en un inglés marcado por el fuerte acento germano.

—Abra, Schütz. Somos del CNI. Su vida corre peligro en estos momentos —dijo Ponce en el mismo idioma. Los dos mostraron su tarjeta de identificación—. No tenemos tiempo para presentaciones. Déjenos entrar y se lo explicaremos.

—¿Españoles? No pienso abrir. Pasen los carnés por debajo de la puerta.

Laine se negó, pero Ponce sugirió que lo hiciera.

Schütz no dijo nada durante segundos. Después abrió con el cerrojo de seguridad puesto, mostrando su mirada azul por el hueco que quedaba entre la puerta y el marco. Estaba despeinado. Se habría quedado dormido. Levantó una ceja, miró de reojo a los agentes y se aplastó el mechón rubio que le caía a un lado de la cabeza.

—¿Qué quieren? No he sido informado de su visita —dijo devolviéndoles los documentos—. No debería hablar con ustedes.

—Arthur Smith y Jack Brown, ¿le suenan esos nombres? —disparó Laine—. Los dos están muertos y el siguiente es usted.

—No sé de qué me habla. Lárguense —dijo con ademán de cerrar. Ponce empujó con fuerza para que no lo hiciera—. ¿Quiere que llame a la policía?

—Rosales viene a por usted.

Sus ojos se iluminaron como dos luciérnagas. Pegó un repaso a ambos lados de la entrada de la escalera y cambió de opinión.

—Está bien, pasen —dijo, después cerró, liberó el cerrojo de la cadena y volvió a abrir la puerta—. Vayan al salón. Será mejor que prepare un poco de té.

* * *

Olía a cerveza de trigo y a humo de tabaco. El apartamento de Schütz no había sido renovado desde la caída del Muro: se veían

muebles baratos de madera, un sofá cama en el que dormía y una pequeña cocina de butano.

Estaba limpio y ordenado, como si apenas diera uso a los treinta metros cuadrados que componían la vivienda.

El agente Schütz vestía vaqueros, una camisa azul marino que dejaba ver el cuello de la camiseta interior blanca, y unas zapatillas de estar por casa para caminar cómodo. Laine calculó su edad y sospechó que aparentaba más años de los que tenía. Tal vez, unos cuarenta y cinco, pensó, pero muy mal llevados. Optó por no hacer preguntas.

—Siéntense —dijo señalando al sofá.

—No, gracias —contestó Ponce.

—Es mi casa y he dicho que se sienten —ordenó con voz seria. Los agentes obedecieron y Schütz respondió con una sonrisa—. Estaba bromeando.

Llenó una tetera de agua, la puso en el fuego y regresó al salón.

Desde la ventana de la habitación se observaba la antena de comunicaciones de Berlín. Laine se quedó pensativa junto al cristal.

Las luces de colores, en la distancia, formaban un bello mosaico de pequeñas bombillas, tan diferentes a las que estaba acostumbrada a ver en Madrid.

—¿De qué va todo esto, agentes? —preguntó apoyado en la mesa del salón con desconfianza—. Su compañero murió hace tres años. Yo estuve presente en el atentado. Desde entonces, mi vida se ha ido a la mierda. No hay noche que no sueñe con ello. Las pastillas no consiguen hacer efecto.

—Según el informe, usted salió muy mal parado —comentó Laine —. Llegó a estar en coma y perdió la movilidad de un brazo a causa de un disparo.

—Así es —dijo con seriedad, mirándola a los ojos—. ¿Quiere que le enseñe la cicatriz que me dejaron?

—No es necesario. Sólo me sorprende que se haya recuperado tan rápido.

—Por fuera lo disimulo más. Lamento decirles que se han equivocado de persona. No sé qué quieren, si han reabierto el caso… pero el hombre al que buscan no vendrá aquí esta noche, porque está muerto. ¿Han mirado en el cementerio? Quizá tengan más suerte.

—¿De verdad lo vio?

—Ya le he dicho que sí. Vi cómo caía al suelo abatido.

—¿Por qué nos miente? —preguntó Laine.

—¿Por qué razón les mentiría?

—La Operación Doble —dijo Ponce. La piel arrugada del alemán se alisó. Su tono cambió, así como la fisionomía—. Usted fue uno de los cuatro. Contando con nuestro compañero, sólo quedarían dos.

—No sé de qué habla, agente. El CNI nos envió a uno de sus hombres para colaborar en la redada. No sé a quién diablos se refiere con los cuatro. Sé lo que vi y cómo casi salgo vivo de aquello, pero empiezan a ser una molestia con tanta impertinencia. Creo que les he ayudado bastante.

—Tres días antes del ataque, se reunieron aquí, en Berlín —continuó Ponce, ignorando el reproche—. Su misión era la de

capturar vivo al tunecino, antes de que volara el mercado navideño con un camión polaco.

El alemán escuchó el silbido de la tetera. Meneó la cabeza como si Ponce blasfemara y fue hasta la cocina.

—Serviré el té y zanjaremos esta conversación… Les interesará lo que les voy a decir.

Laine y Ponce se miraron.

Cuando regresó Schütz, empuñaba una pistola que apuntaba hacia la cabeza de la agente.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Ponce—. Se equivoca de enemigo.

—Las armas, a mis pies, ahora.

Los dos españoles obedecieron.

Dejaron las CZ 75 en el suelo y las apartaron. Éste las retiró con un puntapié.

—No dispare. Hemos venido a advertirle —rogó Laine con las manos en alto—. Aquí no está seguro. Rosales le encontrará, como ha hecho con el resto.

—Cállese. No vendrá nadie —dijo mirándolos—. Despídanse el uno del otro, porque será la última vez que se vean.

—Nos buscarán y nuestra jefa confesará dónde estuvimos.

—No, no lo harán —dijo Schütz—. Se olvidarán de ustedes, como de mí cuando muera. Por eso no tengo miedo. Esto se podría haber evitado, si no hubiesen aparecido con sus estúpidas preguntas. ¿Tanto les costaba mirar hacia otro lado? El ser humano es curioso por naturaleza. Un defecto que nos vuelve imperfectos y frágiles, fáciles de distraer. Con poco, nos convencemos de que existe otra

realidad diferente a la que vemos, aunque estemos equivocados desde el principio… Yo vi cómo se llevaron el cadáver de Rosales en una camilla. También vi a ese joven marchándose. Cumplí órdenes y no volví a preguntar, ninguno de los tres lo hicimos. Era un asunto delicado.

Dana recordó el informe y la versión que Escudero les había dado. En ambos casos, el cuerpo de Rosales no había sido encontrado.

—Dijeron que le dispararon en la cabeza.

—La cabeza, el estómago —comentó el alemán—. ¿Qué importa? Estaba desangrado, sin vida. Cuando terminamos la misión, una mañana, un hombre de la CIA vino a visitarme al hospital. Fue breve, pero muy claro. Me dijo que un día, en el futuro, dos agentes españoles tocarían a mi puerta en busca de respuestas sobre lo sucedido. Primero, tendría que mentirles, pero si notaba que sabían algo al respecto, no me quedaría más remedio que ejecutar el plan B. Ustedes saben demasiado.

—¿Qué era…?

—Matarlos. Lo siento, agentes —dijo Schütz—. Lo he intentado todo, pero no puedo dejarles salir por esa puerta.

Rápida, Laine se agachó y le propinó una patada en la rodilla que desestabilizó al alemán. Ponce se movió hacia las armas, pero Schütz reaccionó y disparó contra el sofá. Antes de que el proyectil rozara el abrigo del español, una ráfaga de balas perforó la pared contigua, dibujando una serpiente de agujeros. La madera voló por los aires, los españoles se echaron al suelo y el cuerpo de Schütz

bailó poseído hasta que cayó como un bloque de cemento. Los disparos le habían acribillado la cara.

—¿Laine? —preguntó Ponce, limpiándose las astillas y poniéndose en pie. Un fuerte pitido lo había dejado sordo por un oído. Olía a pólvora quemada y a tierra—. ¡Laine!

La vio tras el sofá, tirada en el suelo y cubierta por los pedazos de espuma que habían volado con la ráfaga. Se acercó a ella, que estaba inmóvil.

—Laine, ¿estás viva?

Abrió los ojos y encontró a su compañero. Éste la ayudó a levantarse.

—Eso creo. ¿Y Schütz? —preguntó y avistó el cadáver manchado de sangre, entre los escombros—. Mierda. Larguémonos.

—¡Espera! —dijo Ponce, que le entregó su arma y señaló a la entrada—. ¡Huye por las escaleras!

18

Los efectivos de la policía alemana bordearon el edificio. El ruido de sirenas era ensordecedor. Ponce no lo dudó y fue el primero en salir, sin esperar a su compañera.

¿Era cierto lo que Schütz les había contado?, se cuestionó Laine.

No era momento de acertijos.

Guardó el arma en el cinto y siguió los pasos del compañero.

Los agentes corrieron por las escaleras tras la sombra del tirador hasta que llegaron al exterior. La calle había dejado de ser un lugar silencioso para convertirse en un corro de vecinos y curiosos. El sospechoso huía a lo lejos hacia el puente de las vías del tren. Los agentes lo siguieron, haciendo un último esfuerzo por acercarse a él, aunque fuera para tenerlo a tiro. Pero el objetivo no se cansaba. Llegó hasta la Bundesstraße, una gran avenida de cuatro carriles que atravesaba parte del lado este de la ciudad y que pasaba en paralelo por el Fernsheturm de Berlín, la famosa antena de televisión que alumbraba la fuente de Neptuno y parte de Alexanderplatz. Sin mirar atrás, cruzó decidido esquivando los coches que circulaban a esas horas y se dirigió hacia la fuente que había en el otro extremo del parque. Laine y Ponce siguieron el rastro a paso ligero, fatigados, dejando atrás una confusión policial de la que habían salido airosos

por el momento. El sujeto llevaba un abrigo con capucha, como el de Lisboa. Aminoró el paso, a medida que se acercó a la fuente y cruzó, por última vez, hasta el parque Marx y Engels, situado al otro lado de la carretera.

—Intenta escapar por el puente —dijo Ponce, señalando la construcción que pasaba por encima del caudal del río Esprea. Cuando los agentes alcanzaron el cruce, la silueta desapareció en la oscuridad.

En la madrugada helada de una noche cerrada, la escasa iluminación del parque convertía el terreno en un juego de sombras indefinibles formadas por los árboles y los monumentos del recinto.

—Intenta darnos esquinazo —dijo Laine—, será mejor que nos separemos.

—No, no es una buena idea.

—Entonces se nos escapará.

Ponce gruñó, pero aceptó la decisión.

Sacaron las pistolas y se movieron con sigilo. El parque estaba desierto, a excepción de los vagabundos que dormían sobre los bancos de madera.

Laine tomó un lateral y Ponce se fue por el otro. Lo único que oía era la suela de sus botas al pisar la hierba. Notó una brisa ligera y apuntó a su espalda, pero no vio a nadie. Siguió atenta a las cuatro direcciones, con los sentidos a pleno rendimiento. A unos metros, vislumbró un busto de hierro con las figuras de los dos pensadores que daban nombre al parque. Miró hacia la carreta y no percibió ningún movimiento.

Será mejor que regrese con Ponce, se dijo y cambió de rumbo. Por sorpresa, una estaca de madera le golpeó la nuca desde atrás.

La agente cayó al suelo aturdida por el impacto.

Un milagro. Estaba consciente, aunque la cabeza le daba vueltas.

Sacó fuerzas, levantó el brazo y se giró con rapidez para disparar, pero una patada hizo volar el arma unos metros, y le provocó un fuerte dolor en la mano.

Laine respiraba con dificultad sobre el césped frío y seco. El encapuchado se acercó a ella, oculto bajo el abrigo y la sombra que producía la farola.

—Tú debes ser Laine —dijo y se descubrió la cara.

Reconoció esa mirada en un rostro cambiado.

Se había dejado crecer la barba y el pelo, pero sus ojos eran los mismos que aparecían en la fotografía de su expediente. El agente Gerardo Rosales la contempló con desprecio y sin pena. Después escupió sobre la hierba y apuntó con el arma hacia el pecho de Dana.

—¿Dónde quieres la bala? —preguntó.

Laine tenía sangre bajo el labio. Se arrastró hacia atrás con el trasero, pero nada evitaría que el disparo la alcanzara. No respondió, lo miró con asco y con miedo, mientras buscaba una forma de salir airosa—. No debiste meter las narices en esto, muchacha. Te lo advirtieron ellos y ahora te lo advierto yo, aunque un poco tarde.

—Estás loco, has perdido el juicio.

—¿Loco yo? ¿Cómo puede estar loco alguien que está muerto? —preguntó recortando distancias y se rio—. En fin, todo es una falacia. Me quitaron lo que tenía por no obedecer.

Laine vio una piedra en el suelo.

—Dijeron que habías muerto… —comentó la agente arrastrándose hacia la roca—. Lo confirmaron.

—Y así fue. Se llevaron mi identidad, pero también mis principios. Ya no creo ni tengo miedo a nada —contestó con desdén. Dana recordó que el alemán les había dicho lo mismo—. Te contaré algo antes de deshacerme de ti. La Operación Doble fue un complot, y yo un conejo de indias. Querían adiestrar a ese chico, torturarlo hasta convertirlo en un soldado. No lo lograrían. Están mejor entrenados que nosotros. Cuando supe lo que pretendían, me negué a dejarlo con vida.

—Sabías a lo que ibas.

—¡Y un cuerno! —respondió ofendido—. Nuestra misión era evitar un desastre, no provocarlo.

—Entonces, nunca hubo una refriega… —dijo ella y se desplazó unos centímetros más.

—Esa es la única verdad escrita —explicó sin desviar el cañón—. Sí que la hubo, pero no como os la han contado… Asaltamos el piso, capturamos al chico y nos cargamos a uno de los cómplices. Antes de abandonar y regresar al furgón, tuvimos una fuerte discusión en la cocina. Las cosas no estaban saliendo como habíamos planeado y yo dije que abortaba. Ninguno entró en razón y yo no iba a dejarme pisotear por la CIA… así que, cuando intenté disparar al tunecino, me frenaron… Dos balas me alcanzaron en el torso, me escondí en el dormitorio… Estaba desangrándome, pero logré aguantar. Escuché cómo Smith le pegaba un tiro en el brazo a Schütz, con el fin de tener una coartada. Fingí estar muerto a escasos metros de él

durante media hora. Los cretinos ni siquiera se molestaron en comprobar si seguía con vida… Me dejaron allí tirado, como a una colilla aplastada, hasta que llegaron los efectivos. Después me escapé del hospital y corrieron una cortina de humo para que nunca se supiera lo ocurrido…

—Todavía puedes arreglarlo —dijo Laine. Casi podía sentir el frío del acero de su arma. Tenía que distraerle unos segundos más y podría dispararle antes de que reaccionara—. Quizá no lleves una vida fácil, pero podrás recuperar a los tuyos.

—Lo dudo mucho… —replicó—. Regresé a España para contárselo a mi familia, descubrí que me habían enterrado. Fue entonces cuando contacté con esa periodista.

La agente estiró el brazo, pero Rosales disparó contra el suelo para que no lo intentara.

Ese fue su gran error.

Cuando Laine lo vio, el exagente apuntó, de nuevo, hacia ella.

Ese sería su fin.

Los brazos de Ponce aparecieron por detrás y bloquearon a Rosales para evitar el disparo. Forcejearon. Laine se levantó y agarró la pistola. Se escuchó un estruendo. Los coches de policía ahora se dirigían hacia el parque. Ponce abrazó a Rosales y éste lo miró decepcionado. El agente retrocedió unos pasos, sin fuerzas, soltó a su antiguo compañero y se puso de rodillas.

Rosales cayó al suelo de un golpe seco.

Aún dolorida, la agente se acercó a los dos hombres y comprobó que el disparo había herido a Rosales y no a Ponce. Sintió un fuerte alivio por él.

El compañero estaba conmocionado. Nunca antes se había mostrado así, tan afectado por otra persona. Ella intentó calmarlo, pero él la detuvo con la mano.

—Yo me encargo de terminarlo —dijo y se puso en pie.

Dio un paso al frente y apuntó desde lo alto a Rosales, que ahora estaba moribundo y regurgitando sobre la hierba.

Laine pensó en la familia de Rosales, en Ponce, en que algunos asuntos no siempre tenían por qué acabar como se esperaba.

Pensó en tantas cosas que decidió mantenerse al margen y cumplir con la única y última orden que Escudero les había dado: asegurarse de que Rosales moría esa noche.

Con su pérdida, también se cerraba un episodio que los arrastraba como una fuerte marea.

Se escucharon dos disparos, dos fogonazos que surgieron de la nada.

Con la sangre fría y sin temblarle el pulso, Ponce le asestó a Rosales dos balas a quemarropa en el cuerpo: una en el corazón y otra entre las cejas. Para él, su compañero ya no existía.

Cuando la policía alemana rodeó el parque, la pareja de agentes había desaparecido por el otro lado del puente.

19

Nada volvería a ser igual.

La Operación Doble, al fin, había terminado.

Regresaron a Madrid sin complicaciones, a pesar del caos que se había formado en la zona este de la ciudad y en el propio aeropuerto. Confirmaron el estado de la misión. Un éxito sufrido, pero un éxito.

De nuevo, podían ver por la ventanilla del avión, la salida del sol. Era esperanzador contemplar el nuevo amanecer.

Estaban agotados. Tenían un aspecto miserable y la esclerótica enrojecida. Demasiadas horas seguidas dando caza al lobo que se había escapado de su propia manada. Ponce cerró los ojos, sumido en sus pensamientos, dejando claro que no quería hablar de lo ocurrido por el momento. Dana se relajó en el asiento y apoyó la frente en la ventana que tenía a su lado. No podía quitarse de la cabeza la forma en la que su compañero había disparado a Rosales y se cuestionó si haría lo mismo con ella, en caso de que se lo ordenaran.

Con las imágenes frescas, aún podía oler la pólvora chamuscada de los disparos, oír el sonido de los dos casquillos al caer y ver la expresión de su compañero al tirar del percutor.

Poco a poco, un sueño ligero se apoderó de ella sin que se diera cuenta. Cuando abrió los ojos, el avión había iniciado el descenso.

Una vez en tierra, el coche oficial los esperaba en la pista de aterrizaje. Ponce miró a la agente antes de salir. Mantuvieron el contacto visual durante unos segundos sin mentar palabra. Después él metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó dos objetos.

—No me lo has pedido hasta el momento, pero esto es para ti —dijo entregándole un terminal móvil y una pequeña ranura con dos tarjetas SIM de teléfono. Dana los guardó en su chaqueta de cuero —. Haz lo que consideres.

—Gracias… —dijo ella—. ¿Qué vas a hacer con el resto? ¿Piensas contárselo a su familia?

—No lo sé. Lo pensaré con calma.

—¿Y a Escudero?

—A Escudero le diremos que hemos cumplido con nuestro deber. Yo me encargaré de redactar el informe.

—Está bien —dijo ella. La puerta del avión se abrió y bajaron por las escaleras.

* * *

Dana regresó a casa, dejó la chaqueta en el perchero de la entrada, el cinto en la cómoda, volvió al salón, puso el teléfono y las tarjetas sobre la mesa, y se acostó en el sofá. La mente le daba vueltas, los

ojos le escocían y un nudo en el estómago le impedía pensar con claridad.

Se quitó las botas, dolorida por la sacudida recibida. Tenía los dedos hinchados y no era capaz de mover la mano con agilidad.

Ese cretino le había golpeado con saña.

Mirando al techo, dio varias respiraciones profundas y se relajó en el silencio de un apartamento sin vida. Podía ver el teléfono sobre la mesa, clamando su atención. Las preguntas y la curiosidad se apoderaron de ella. Sentía que quedaban flecos en esa historia, que nunca llegarían a conocer toda la verdad. Con la idea en mente, se acercó al mueble, agarró el aparato y lo encendió. Tenía instalada una versión adulterada del sistema Android, con los parches necesarios para evitar que lo rastrearan.

Abrió la carpeta de imágenes y encontró un centenar de capturas de los agentes que había asesinado. También halló fotos de ella, de cerca y de lejos, junto a Ponce y a solas, en Londres, en Lisboa y en Madrid. Los había vigilado a todos.

En otra carpeta descubrió más de una decena de documentos clasificados, relacionados con la Operación Doble y marcados con el sello de la CIA. También dio con contratos de empresas petroleras, firmados por el jeque saudí y la Embajada Americana, y con informes del MI6 que afirmaban haber liberado al tunecino en el ataque de Berlín. Dana sospechó que algún criminal informático a sueldo se habría encargado de conseguirle toda la documentación. Se sintió responsable. Rosales tenía razón. Esa bomba informativa podía cambiar la democracia que conocían.

Cerró la carpeta y ejecutó Coinbase, la aplicación que gestionaba las criptomonedas. En su cuenta figuraban más de 8000 bitcoins, que eran el equivalente a setenta millones de euros. Para Dana, no tenía ningún sentido guardar tanto dinero sabiendo que iba a morir, pero pronto entendió el porqué. Bastó con abrir la aplicación de correo para dar con una explicación a su pregunta.

En la bandeja de entrada encontró cinco correos electrónicos abiertos. Era la cuenta que había utilizado para comunicarse con Hendricks. De los cuatro, uno pertenecía a otra mujer: su esposa.

Intrigada, pulsó con el dedo sobre la pantalla y el mensaje se desplegó.

En él, Rosales le contaba, de una manera resumida y concisa, que seguía con vida, tres años después del ataque de Berlín, pero que, antes de reaparecer en público, tenía que terminar un asunto pendiente.

Le explicaba a su esposa que sus vidas no serían fáciles de llevar, una vez volvieran juntos; que les tocaría cambiar de país, de residencia, de identidad… y empezar una nueva vida en un destino lejano. Tendrían que olvidarse de quienes habían sido hasta el momento, como si nunca hubieran existido.

Rosales estaba convencido de que el pequeño se alegraría del cambio, de que serían felices allá donde fueran, mientras permanecieran unidos, y le aseguraba que no tendría que preocuparse por el dinero, ni por el trabajo. Comenzarían de nuevo, sí, pero con todas las comodidades que necesitaran. En la carta propuso algunos destinos como los Emiratos Árabes, la India o

Vietnam, hasta que la situación se normalizara e idearan un nuevo plan.

«Siempre te gustaron las películas de espías, ¿verdad, cariño?», bromeaba el exagente entre líneas, con la inseguridad de alguien que está pidiendo algo imposible a otra persona. La misiva concluía con una escueta despedida, en la que enviaba besos a ella y a su hijo.

Laine desplazó la pantalla con el dedo, abrió la contestación de la esposa y temió lo peor al leer las primeras líneas.

La ausencia de calidez en aquel simple y cordial hola, después de tanto tiempo sin respuestas, lo transmitía todo. La mujer no hizo preguntas, ni contestó a las que su marido había planteado. En efecto, no podía creerlo, pero hacía el esfuerzo por entender que así era. Lamentándolo, reconoció que Rosales le exigía demasiado a ella y a su hijo, siendo inconsciente del impacto que un cambio así tendría en sus vidas y cómo éste impactaría en ellas de forma irreversible. Había llorado por él lo suficiente durante esos años, hasta aceptar que no volvería a verlo nunca. Había rehecho su vida, sin él, y no estaba preparada para mirar atrás y rescatar a los fantasmas del pasado.

El amor no era suficiente, afirmaba en la carta.

No podía vivir el resto de sus días como una fugitiva.

Antes de despedirse, le pidió que no se acercara a ellos, por el bien del pequeño. Era mejor que creyera que su padre seguía muerto.

Dana dejó el teléfono en el asiento del sofá y apoyó los codos sobre las rodillas. Puede que aquel mensaje fuera determinante para

Rosales. Para su familia, él sólo existiría en el recuerdo.

Una dura respuesta, reflexionó Laine, sobrecogida por las palabras de esa mujer. Desde su punto de vista, había hecho lo correcto, a pesar de que no fuera lo ideal, porque la realidad, en ocasiones, no entendía de sueños ni de imposibles. La vida no era benevolente y cada acto tenía sus consecuencias. Rosales escondía demasiados secretos.

De haber elegido marchar con él, tarde o temprano los habrían matado a todos.

20

Normalidad era una palabra inexistente en el vocabulario de un agente del CNI. Su vida nunca había sido como la del resto de sus amistades, que solían hacer planes de futuro, casarse con quienes amaban y reunirse junto a la familia en los días más especiales del año.

Dana había renunciado a esas asignaturas.

La relación con su madre era atípica, diferente y para nada convencional. Con el tiempo, las personas se acostumbran a lo que tienen, sea más o sea manos. Ella aprendió desde bien pequeña a cuidar de sí misma, por lo que nunca creyó echar en falta la presencia de una madre. Pero estaba equivocada. Todos los problemas apuntaban siempre en la misma dirección. Tras leer la correspondencia que Rosales había intercambiado con su mujer, reflexionó sobre si su madre habría hecho lo mismo con ella. Protegerla en el pasado, para acercarse ahora, con tímidos intentos, a una hija que la había dado por perdida años atrás.

A la mañana siguiente, notó que su mano apenas le dolía. Por suerte, la patada de Rosales sólo le había provocado una hinchazón que ya se había ido con los anti inflamatorios.

Cruzó la ciudad en su Ducati hasta el Gimnasio Kali de Bravo Murillo. Era su segunda casa. Los que frecuentaban el gimnasio la conocían, eran conscientes de su temperamento y se habían acostumbrado a sus horarios, a su extraña presencia y a no provocarla para que subiera al cuadrilátero. Dana había construido su propia épica, ganándose la reputación de todos.

Con Raining Blood de Slayer a todo volumen en sus auriculares, descargó en el saco la rabia acumulada. No sentía nada, ni en los huesos de la mano, ni tampoco en su interior. Golpear era como una forma de meditación que le ayudaba a mantener la mente en blanco, concentrada en aquel saco duro e inamovible. Dana repartía puñetazos sin un rostro delante, sin un adversario imaginario. Buscaba agotarse, deshacerse de la ansiedad que se había apoderado de ella durante los días anteriores. Intentaba borrar de su memoria lo sucedido, aunque fuera por un rato.

Cuarenta minutos más tarde, empapada de sudor, buscó una bancada y se sentó en ella, mientras se secaba con una toalla.

Oyó el taconeo de unos zapatos que entraron en el local. Alzó la vista, apagó la música y desconectó los auriculares. Supo que era él, nada más vislumbrar la punta de los mocasines.

—¿Quién desaparece ahora, Laine? —preguntó Ponce, trajeado, limpio y desprendiendo un fresco aroma a crema para el afeitado—. Sabía que te encontraría aquí.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada, recuperando el aliento —. Pareces molesto.

—Navarro nos quiere en su despacho, en una hora.

—¿Otra vez? Maldita sea… No me da tiempo a pasar por casa.

—¿Qué importa eso ya?

La agente se duchó en los vestuarios, agarró su bolsa de deporte y abandonó el local. El compañero la esperaba fumando en la calle.

—¿Cómo es posible? —preguntó al ver el viejo Jaguar de Ponce —. ¿No habrás pasado la noche...?

—No, no soy tan inconsciente, Laine —dijo sonriendo, dio una calada y aplastó el cigarro contra el cenicero de la papelera—. Pero tampoco pienses que Escudero es la única que tiene contactos en esta vida. ¿Estás lista?

—Te lo agradezco, pero iré en mi moto.

—Como quieras —dijo él sacando las gafas de sol del bolsillo interior de la gabardina—. ¿Le has echado un vistazo a lo que ti?

—Sí, de eso quería hablarte.

—No. No lo hagas —contestó—. Es para ti, tú decides qué es lo correcto. Es preferible que yo no sepa nada al respecto.

No le gustó su respuesta, pero la respetó. No entendía por qué, en ocasiones, se desentendía de una manera tan drástica de lo que más le afectaba.

—Como quieras. ¿Qué le vamos a decir a Navarro?

Ponce rio en voz alta.

—La verdad… Te veo allí, Laine.

El agente no se anduvo con rodeos a la hora de contestar. El superior era un hombre inteligente, uno de los más retorcidos con los que se había cruzado en su existencia. Las mentiras, con él, salían caras.

Ponce entró en el vehículo, puso en marcha el motor y se metió en el tráfico de Bravo Murillo, conduciendo hacia la plaza de Castilla

para tomar rumbo a «La Casa». Laine se puso el casco, subió en la moto y siguió a su compañero.

* * *

De pie frente al escritorio y con una expresión neutra, los agentes esperaban a que Navarro diera comienzo al examen. A su lado, como un gato de porcelana, se encontraba Escudero, atenta y fría, expectante a la respuesta de sus subordinados.

Dana intentó leer sus pensamientos, pero la mirada de la jefa era impasible, como si tuviera delante a una desconocida.

Desde la partida a Berlín, no habían establecido más contacto que el comunicado del avión para confirmar su regreso. Así lo habían pactado.

—Agentes, supongo que son conscientes de por qué están aquí —arrancó el mandamás con esa voz sorda, castigada por la edad—. La señora Escudero me ha puesto al corriente de la operación que han llevado a cabo... con éxito. ¿Saben? Cuando un agente visita este despacho con frecuencia, la situación es preocupante. Empiezo a sentirme familiar con su presencia y admito que es algo que me irrita.

—No estaba en nuestros planes, señor —dijo Ponce.

—Guárdese los comentarios. No le he pedido que hable —corrigió con severidad—. Les daría la enhorabuena por haber puesto fin a un incómodo problema, pero estoy decepcionado y muy cabreado por la

actitud que han demostrado ante Escudero y ante el centro. ¿Qué se creen que son?

Dana volteó la mirada hacia su jefa. Les había traicionado, contándole todo a Navarro. Prefirió ser verdugo a terminar pagando las consecuencias.

—Tal vez, si nos hubieran informado mejor —comentó el agente.

La mandíbula de Navarro se tensó.

—No se lo diré otra vez —dijo clavando sus pupilas en la sien de Ponce—. Como entenderán, cuando se hace una chapuza para solucionar un problema, suelen aparecer otros inconvenientes. Así que evitemos extender esto demasiado y entréguenme las tarjetas que guardaba Rosales.

Fue un momento crítico. Dana se quedó quieta. Si miraba a su compañero, delataría a los dos. Así que fingió desconocer de qué hablaba Navarro y esperó que Ponce hiciera lo mismo. ¿Les descubriría si mentían? ¿O tan sólo les estaba poniendo a prueba?, se cuestionó.

El pulso se le aceleró en un instante. Guardó la calma como pudo. Cuanto más pensara en ocultarlo, antes la descubrirían. Vaciló, reflexionó y puso su mente a trabajar. Pasaron unos segundos hasta que ella se dignó a hablar. Como en un combate de boxeo, esperó al último momento para encontrar la debilidad de su oponente y arremeter con fuerza. Un puñetazo bien dado, dejaría inconsciente al contrincante.

Era la hora de devolver el golpe.

—La agente Escudero no nos ordenó recuperar la información —dijo Laine, casi sintiendo cómo la bilis de la otra mujer subía

incandescente por la garganta—. La misión era neutralizar al objetivo, y así lo hicimos, señor.

Navarro estrechó las cejas y se rascó el mentón. Dio un respingo y se giró hacia el compañero.

—¿Es así, agente Ponce?

—En efecto, señor.

Hizo un esfuerzo por contener la impotencia. Los problemas de Navarro eran otros, diferentes a los suyos. Con la información en paradero desconocido, las relaciones con los americanos pendían de un hilo.

—¿Escudero, tiene algo que objetar?

La mujer estaba tensa y recta como un poste de luz. Negó con la cabeza, sin pronunciarse en voz alta. La respuesta sorprendió a Navarro, que esperaba oír algo diferente. Estaba cabreado, pero ya no se podía averiguar con quién.

—En ese caso —dijo guardando la compostura para no dejarse llevar por la rabia—, pueden retirarse. Tómense un par de días de asuntos propios y reflexiones sobre lo que ha ocurrido en estas setenta y dos horas. Les vendrá bien a ustedes y, por mi parte, agradeceré perderlos de vista un tiempo. Ahora, váyanse.

—Sí, señor —dijeron los dos al unísono y procedieron a abandonar el despacho.

—Escudero, usted no. No se marche…

La mujer, que se había dispuesto a salir de allí la primera, se quedó petrificada.

Ponce y Laine se fueron sin dirigirse una mirada, hasta que se aproximaron al ascensor de la planta. Esperaron unos segundos a

que llegara, pulsaron el botón de la planta principal y las puertas se cerraron.

Una fuerte bajada de tensión alivió sus cuerpos.

—No esperaba eso de ti —comentó Ponce, sin demasiada alegría.

—Olvídame, Ponce. Lo último que quiero escuchar es tu sermón sobre el error que he cometido.

—En absoluto, Laine… —dijo evitando que la risa contagiara su respuesta—. Lo has hecho bien, pero que muy bien.

21

Que el mundo era un lugar hostil y que los medios servían para distraer a la población de los verdaderos peligros, no era nada nuevo para la agente. Como sucedería tres años antes, los tabloides alemanes no se pronunciaron sobre la muerte de Rosales, ni la de Schütz. Tampoco sobre el desafortunado final de los otros dos implicados en la Operación Doble.

Los tentáculos del poder no lo permitirían.

Los altercados en Berlín se justificaron con una redada policial en plena noche y la detención de varios criminales de origen serbio. Eso era todo lo que el periodismo estaba dispuesto a contar.

Era una mañana soleada en Madrid, primaveral aunque todavía fresca. Despertó aliviada, después de dormir más de diez horas de un tirón. Preparó una cafetera, seleccionó una lista de canciones en Spotify, formada por clásicos de blues y rock de los cincuenta, y llegó a la conclusión de que tenía que hacer la colada y poner su vida en orden. No le quedaba ropa limpia.

Todavía adormilada, esperó atenta a que el café saliera, como quien aguarda con impaciencia en las puertas de las tiendas de ropa, el primer día de las rebajas de enero. Entonces, escuchó una notificación que procedía del ordenador. Conocía ese sonido. Un

correo electrónico había llegado a la bandeja de entrada. Esperó, sirvió el café en una taza roja y se acercó al ordenador.

De nuevo, rompía su silencio.

—Hendricks —murmuró en voz alta al leer su nombre en la pantalla. Recordó su rostro, la mirada de valentía al poner en riesgo su vida.

La periodista había leído las noticias alemanas y después había contactado a sus colegas berlineses sobre lo sucedido. Debido a las reticencias que le habían manifestado, no le cupo la menor duda de que la agente Laine tendría algo que contarle. En efecto, el olfato de aquella mujer para seguir los rastros era único.

Dana giró la cabeza y miró hacia la estantería del salón. Sobre una balda, una matrioska soportaba el peso de un libro de recetas de cocina. Caminó hacia el salón, sujetó el recetario y cogió la muñeca de madera. Después la abrió y sacó las miniaturas hasta que llegó a la última. Allí guardaba las tarjetas de teléfono de Rosales.

Suspiró abrumada.

Debatió qué hacer con ellas. Era cuestión de tiempo que dos hombres con traje se presentaran en su casa para volarle los sesos. La responsabilidad de algo tan grave, consumía su paciencia. Necesitaba hablar con alguien, pedir consejo, explicar que aquello era superior a ella.

Agarró el teléfono y buscó en la agenda el número de su madre, en un acto inconsciente. Antes de marcar, reculó y negó que sería una buena idea. Su madre le diría que pensara por ella misma, que fuera consecuente con las decisiones que tomaba, porque sólo así

podría ser libre. Y no le faltaba razón, pero había ocasiones en las que necesitaba endurecer una opinión ya formada.

Tecleó la letra P y pulsó su nombre.

El altavoz dio tres tonos.

—Vamos, cógelo.

La llamada se cortó.

Volvió a insistir y saltó el contestador automático.

—Ponce, llámame. Necesito hablar contigo. Es importante —dijo tras oír la señal y colgó—. ¡Será cabrón!

Antes de lanzar el aparato contra el sofá, notó una vibración en la mano.

—¿No ha pasado ni un día y ya me echas de menos, Laine?

—¿Dónde estás?

—Te mando mi ubicación.

—No te muevas de ahí.

* * *

Lo encontró al fondo del sendero, plantado como un árbol, sin sus gafas de sol, con la gabardina encima y la mirada puesta en una lápida de granito. Laine recorrió el cementerio hasta acercarse a él. El silencio que reinaba allí dentro era tranquilizador. Ponce estaba delante de la tumba de Rosales, el lugar donde habían enterrado un ataúd vacío, pero lleno de recuerdos para él y para su familia.

—Hola, Laine —dijo Ponce meditabundo. Ella se ahorró las preguntas innecesarias—. Tenía que hacerlo. Necesitaba

reconciliarme con el pasado… y aquí estoy. Era la única manera de cerrar este capítulo.

—Debes ayudarme.

—No, no voy a hacerlo —dijo él, antes de que se adelantara la agente—. Cuando nos separamos, supe que primero iría a por ti. Rosales me hubiese perdonado la vida, pero tuve que decidir... Dejarlo marchar o perderte a ti. Teníamos una misión y cumplí con ella. Ahora eres tú quien debe dar el siguiente paso.

Las palabras emocionaron a la compañera. Sacó la muñeca rusa de la chaqueta y se la mostró.

—Es complicado.

—La vida lo es, pero siempre hay una manera de seguir adelante. Algunos caminos son más cortos que otros —dijo él. Dana abrió la muñeca y sacó las tarjetas del interior—. Escucha a tu instinto. Pregúntate por qué decidiste comenzar la vida que llevas, por qué entregaste tu persona a una causa. La única manera de sobrevivir a tus inseguridades es poniendo fin a lo que empiezas.

La contestación resonó en su interior.

Volvió a pensar en esa reportera, en su compromiso con la sociedad, en el pacto que habían hecho en el mirador del panteón. Hendricks había arriesgado su vida por unos ideales, y ahora Laine tenía que decidir por cuáles luchaba ella.

—Cuando dices que no se puede confiar en nadie, ¿realmente lo piensas?

—Así es —afirmó—. Me gustaría contarte otra cosa, pero no lo haré. La experiencia te demuestra que todo perece, hasta la lealtad. En este mundo nos limitamos a sobrevivir, cada cual a su manera,

eligiendo entre las opciones que tiene… porque siempre habrá alguien más fuerte y con más poder que nosotros. No es nada personal, Laine. Cuanto antes lo aceptes, antes comenzarás a ser libre.

Dana reflexionó sobre sus palabras y recordó la carta que la viuda de Rosales le había escrito.

—¿Tienes un mechero?

Él lo sacó del bolsillo y se lo prestó.

Dana se arrodilló, colocó las pequeñas tarjetas sobre la lápida y las prendió. El plástico tardó unos segundos en arrugarse por el calor, hasta que formó una llama que consumió el resto del chip.

El humo tenía un olor denso y desagradable. Dana se puso en pie y juntos esperaron hasta que las tarjetas se calcinaron. Después apagó los restos con la punta de la bota.

—No quiero la vida que le tocó sufrir a él.

—Entonces, no tienes por qué elegirla —contestó Ponce, se puso las gafas y miró hacia el cielo. Hacía un día fabuloso—. Es momento de irnos.

En silencio, hicieron un pacto que perduraría en la eternidad. Dana tenía todas las respuestas que necesitaba. En el futuro, no volverían a hablar de lo sucedido.

Caminaron con paso lento hacia la salida, como si nada hubiera ocurrido, sellando un episodio que los uniría para el resto de sus vidas.

Cristine Hendricks tenía razón. La verdad era el único camino hacia la libertad, pero olvidó decir que no siempre podía ser compartida.

Sobre el autor

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 con la novela El Doble.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Ha escrito otras obras como:

Serie Gabriel Caballero

Caballero
La Isla del Silencio
La Maldición del Cangrejo
La Noche del Fuego
Los Crímenes del Misteri

Medianoche en Lisboa
El Doble
La Idea del Millón
La Dama del Museo

Todos los libros...

Serie Don

Odio
Don
Miedo
Furia
Silencio
Rescate
Invisible
Origen

Serie Dana Laine

Falsa Identidad
Asalto Internacional

Serie Rojo

Rojo
Traición
Venganza

Trilogía El Profesor

El Profesor

El Aprendiz

El Maestro

Otros:

Motel Malibu

Sangre de Pepperoni

La Chica de las canciones

El Círculo

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com

Elescritorfantasma.com